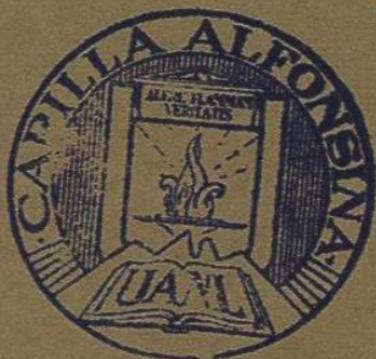




1020025880



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



RICHARD COVARRUBIAS
F. 100.0

LOS CRUZADOS

Núm. Clas. 8572c
Núm. Autor 34972
Núm. Edg. 18-
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 66
Catalogó _____

OBRAS DE ENRIQUE SIENKIEWICZ

de venta en esta Casa Editorial

QUO VADIS? (4.^a edición, completa é ilustrada) 2 tomos.

A SANGRE Y FUEGO. 2 tomos.

EL DILUVIO. 2 tomos.

PAN MIGUEL VOLODYOVSKI. 2 tomos.

MAS ALLÁ DEL MISTERIO (Sin dogma) 1 tomo.

LUCHAR EN VANO (La Viuda)—En la costa azul. 1 tomo.

¡SIGÁMOSLE!—Bartek el Vencedor.—Diario de un Preceptor.—El Angel.—La misma dicha.—La cordura de los locos.—Oso. 1 tomo.

EN BUSCA DE FELICIDAD. (Por el pan.)—Vida rústica.
1 tomo.

HANIA.—El Juicio de Júpiter. (1 tomo).

LILIANA.—El organista de Ponikla.—Janco el músico.—El
Torrero.—Una corrida de toros.—Un sueño.—Sachem.
1 tomo.

LA FAMILIA POLANIECKI. 2 tomos.

LOS CRUZADOS. 2 tomos.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

LOS
CRUZADOS

VERSIÓN ESPAÑOLA

de

AUGUSTO RIERA

100454

TOMO SEGUNDO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI
BUENOS AYRES
Maucci Hermanos
Cuyo, 1070

1901

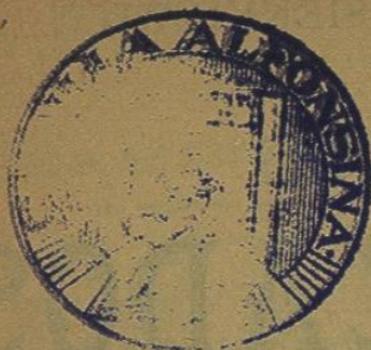


34972

891.85
S.

PG7158

S4
C78
V.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS CRUZADOS

V

El príncipe no se opuso al duelo, pero insistió en que Rotgher escribiera al gran Maestre diciéndoles que voluntariamente había aceptado el duelo con el marido de Danusia.

La carta fué enviada por un paje, á fin de que la llevarse á la frontera, donde la echaría al correo, porque los templarios habían introducido en su país tan importante servicio, desconocido en las regiones vecinas.

La nieve del patio del castillo se apisonó y recubrió de ceniza, á fin de que los caballeros no resbalaran sobre la helada superficie.

La agitación general era palmaria. Durante la noche, pocos caballeros pudieron conciliar el sueño; pensaban que los duelos á caballo con lanza y espada, terminan siempre con heridas graves, ó con la muerte de uno de los adversarios.

Temían por Zbishko, y algunas damas pasaron la noche

en oración. Zbishko confesó y comulgó con devoción suma.

Algunas señoras, mirando el rostro casi infantil del gallardo mancebo, exclamaban:

—¿Es posible que un niño resista los golpes de la espada alemana?

Todos rogaban con fervor por la victoria de Sbishko, quien, si tenía el rostro delicado de una niña, poseía en cambio hombros y pecho de un Hércules.

El duelo debía verificarse en el patio, al que daban muchos balcones y tejados.

Al ser de día, el príncipe y la princesa ocuparon, con sus pajes, el mejor sitio, de donde se dominaba todo el patio. Al redor de éste sentáronse caballeros y señoras, y se dejó un gran espacio para que el pueblo pudiera presenciar la lucha.

Amaneció el día frío y espléndido. La espectación era grande; cuando la trompa anunció la presencia de los combatientes, todos se pusieron en pie.

Los dos guerreros comparecieron por los opuestos lados de la liza.

Los espectadores les miraron con religiosa atención; todos pensaban que al cabo de un instante, un alma, ó quizá dos, volarían al cielo dejando el cuerpo inanimado sobre el frío suelo.

Las señoras estaban pálidas; los caballeros examinaban el continente de los adversarios, tratando de adivinar cual obtendría la victoria.

El templario llevaba una coraza maciza, cubría su cabeza un reluciente casco, con la visera levantada y con plumas en la cimera.

Zbishko llevaba la armadura milanese; su casco no tenía plumas, y calzaba botas de cuero.

En el siniestro brazo ostentaban ambos el escudo; el del templario tenía tres leones rapantes y el de Zbishko llevaba en su centro una herradura.

Con la diestra empuñaban largas y pesadas hachas; les seguían Glava y Fan-Krist entrambos con corazas de hierro, hachas y escudos.

La divisa de Fran-Krist era una mata de ojiacanto; la de Glava era una cabeza de buey con una espada hundida en un ojo.

Sonó la trompa por segunda vez; al tercer toque debía empezar la lucha entre los dos adversarios; entre uno y otro mediaba cortísima distancia; la muerte parecía alestar en la brisa que ondeaba el penacho del alemán.

Antes que empezara el duelo, Rotgher se acercó al balcón de los príncipes, y levantando la cabeza, dijo en alta voz, para que lo oyera el pueblo:

—Pongo por testigo á Dios, ilustre príncipe y caballeros de esta comarca, de que no soy culpable de la sangre que se verterá.

Esparciose un murmullo de mal agüero. La tranquilidad del templario intimidaba á los más esperanzados.

Zbishko, volviéndose hacia el teheque, exclamó:

—Debería alabarse después de mi muerte, y no ahora. Este bellaco tiene un penacho en la cabeza y yo he jurado arrancar tres: ¡Dios me envía uno!

—Señor,—contestó el teheque, inclinándose para coger un poco de ceniza á fin de que el hacha no se escapase de sus manos,—quiera Dios concedernos pronto la victoria á fin de que pueda poner el hacha entre las piernas del templario y echarle la zancadilla.

—No,—exclamó Zbishko,—nos deshonraríamos ambos.

Sonó la trompeta; los escuderos empezaron en seguida la lucha. Rotgher y Zbishko se acercaron con paso lento y grave como exigía su condición y su dignidad de caballeros.

Pocos eran los caballeros que prestaban atención á la lucha de los escuderos, pero los criados y el populacho,

que seguían con avidez aquel combate, advirtieron bien pronto la superioridad de Glava.

El alemán manejaba el hacha con poca soltura y los movimientos de su escudo no eran rápidos, ni sus piernas tenían aquella rigidez muscular que indica la fuerza.

Glava acometía con tanto empuje, que Fan-Krist hubo de retroceder desde el primer instante. Los espectadores comprendieron que uno de ambos luchaba ya, no para vencer, sino para retardar su muerte.

Fan-Krist comprendió muy tarde que su enemigo tenía una fuerza extraordinaria y que había sido un fanfarrón al desafiarle; los golpes de Glava hubiesen derribado, no sólo á los mejores guerreros, sino al más robusto toro.

El alemán parecía haber olvidado que no sólo tenía que defenderse, sino también herir; el hacha de Glava levantábase y bajaba hiriendo y destrozando.

Fan-Krist, á cada golpe creía caer muerto, y cerraba los ojos como para encomendar su alma á Dios. Pronto se agotaron sus fuerzas; las piezas de la coraza empezaban á caer; el escudo había perdido su forma, y tenía la correa cortada y sangrienta.

El alemán, con el cabello suelto y bañado en sudor frío, trató de derribar á su adversario agarrándose fuertemente á sus piernas; ambos cayeron rodando sobre la nieve. El techeque, con un esfuerzo supremo, se puso sobre el alemán, y apretándole contra el suelo, sacó de su cintura un largo puñal, llamado comunmente de misericordia.

—¡Piedad!—murmuró Fan-Krist mirándole con ojos suplicantes; pero Glava, por toda contestación, hundió el puñal en el cuello del alemán, y luego, poniendo un pié sobre el cuerpo de su enemigo, contempló la lucha ruda y difícil de su dueño con el templario.

Los caballeros de occidente acostumbrados al lujo y á la molicie de una vida descompasada eran menos fuertes que los nobles de Polonia y de Masovia, los cuales, com-

batiendo desde su niñez, realizaban proezas que admiraban hasta á sus enemigos.

No es de extrañar, por lo tanto, que Zbishko superase en fuerzas al templario, como Glava al alemán Fan-Krist, pero advertía el más lerdo que el joven no era tan práctico en el manejo de las armas, como el experto Rotgher.

La elección de armas, había sido favorable para Zbishko, ya que el hacha, requiere menos habilidad que la espada larga ó corta, que debe manejarse por quien conozca la táctica de la esgrima.

El alemán, con tal arma, de fijo que hubiera salido vencedor.

Los espectadores seguían la lucha con gran interés. Rotgher, aparecía como un luchador consumado; á cada golpe de Zbishko, oponía el escudo, sin estender el brazo, y así, los golpes más fuertes, hallando poca resistencia, no destrozaban la convexa superficie; otras veces, retrocedía y otras atacaba, siempre con calma más tan rápidamente que apenas se advertían sus movimientos. El príncipe temía por Zbishko y los rostros de los caballeros aparecían todos cegijuntos.

El alemán, que casi jugaba con su enemigo, inspiraba gran terror. A veces, paraba los golpes con solo hurtar el cuerpo á derecha é izquierda, sin alzar siquiera el escudo, y con tal destreza que los golpes de Zbishko se perdían en el vacío, lo cual era muy peligroso, porque con facilidad podría el joven perder el equilibrio y caer, y entonces la muerte hubiese sido inevitable.

El tcheque miraba atentamente la lucha y murmuraba entre sí: «Juro á Dios que si cae mi amo, doy al alemán tal hachazo en la espalda que le reviento también.»

Zbishko no caía, firme y erguido sobre sus robustos jarretes y sobre sus ligeros piés.

Rotgher al sentir la fuerza de su enemigo, no trataba como parecía, de burlarse de su contrario, sino que cuando empezó á sentir su brazo fatigado, pensó que el duelo

tomaba mal cariz y sino conseguía derribar al gallardo mozo con alguna estratagemá, la lucha duraría largo rato y acabaría por serle funesta.

Zbishko no caía y el alemán empezó á inquietarse. Zbishko no sabía saltar como él, á derecha é izquierda, más guardábase con el escudo, dejando únicamente descubierto el espacio necesario para mover con desembarazo el hacha.

Rotgher, había viajado mucho y en lejanos países, supo que había en el mundo hombres creados á imagen y semejanza de las aves de rapiña, las cuales sin estudio ni preparación, hallan en sí mismas la facultad de luchar con fortuna y guiadas por su instinto.

Desde los primeros golpes comprendió que se hallaba frente á frente de uno de ellos; Zbishko era el haleón que veía en su adversario una presa y solo piensa en hacerla suya.

Reconociéndole más fuerte, el alemán pensaba que si se le agotaban las fuerzas, antes de intentar un golpe decisivo, la lucha con aquel muchacho acabaría mal para él.

El templario aún cuando estuviera persuadido de que el tcheque no le asaltaría por la espalda, no estaba muy tranquilo al verle cerca; sentía ese malestar que experimentamos cuando vemos que un oso, un búfalo ó un lobo se nos acerca. No podía librarse de este temor porque el tcheque, atento á la lucha, cambiaba á menudo de sitio, moviendo el hacha á compás de los combatientes.

El templario estaba rendido, dos fuertes golpes dirigidos á Zbishko le fallaron, porque fueron tan bien parados, que el alemán á poco deja caer el hacha y se rinde á su adversario.

Desde aquel instante, no hizo más que retroceder, y no solo las esfuerzos sino la sangre fría le faltaban.

Viendo el cansancio de Rotgher, los espectadores lanzaron un grito de alegría que exasperó al tudesco; los hachazos redoblaron. La frente de ambos guerreros estaba cu-

bierta de sudor; un anhelar cansado escapábase de sus apretados dientes.

Los espectadores no conseguían contener el júbilo y oíanse gritos y aclamaciones.

— ¡Véncelo!

— Es el castigo de Dios.

— ¡Duro!

El príncipe hizo señal de silencio, pero en vano, los comentarios y la gritería aumentaron.

Una voz de mujer exclamó:

— ¡Acuérdate de Danusia!

El joven no se había olvidado de ella; pensaba que el templario tomó parte en el rapto, y estaba sediento de venganza, pero al oír el nombre de Danusia, el amor, la ira, el odio, lo encendieron de tal modo, que el templario no alcanzaba á parar los golpes que llovían sobre él, rápidos, potentes. La mano entumecida apretaba mal la correa del escudo, que al chocar con el de Zbishko, cayó con estrépito.

Rotgher retrocedió pero el hacha del joven cayó sobre su hombro derecho; oyóse un grito, y el alemán se desplomó sobre la nieve.

Los espectadores parecían enloquecidos, hablaban, reían, batían palmas en señal de júbilo; las damas, los caballeros todos, se empujaban por las escaleras, pues todos querían ver de cerca los cadáveres de los alemanes.

De cuando en cuando oíanse exclamaciones, plácemes.

— Buen heredero tiene Jurand...

— ¡Bravo muchacho!

— Mirad, golpe tan magnífico, ese no le diera ni el terrible señor de Spichov!

Una multitud de curiosos rodeó el cadáver de Rotgher, que yacía pálido, abierta la boca, y el hombro hendido.

Algunos se maravillaban de su estatura; muerto y tendido sobre la nieve, el alemán parecía aún más alto de lo

que era. Otros admiraban el casco empenachado, algunos tocaban su coraza que valía un patrimonio.

El teheque Glava, con dos servidores, se acercó á Rotgher para quitarle las armas. Mrokota de Motzogioy, quitó el casco á Zbishko, y cubrióle la cabeza con un birrete de paño rojo, porque el joven respiraba anhelosamente, y su rostro denotaba cansancio.

Rodeado de los caballeros, entró en una habitación y se arrodilló ante los príncipes.

Janush, estrechando entre sus brazos al joven le dijo:

—El Señor ha juzgado y dirigido tu mano, bendito sea su Santo nombre.

Luego devolviéndose hacia De-Lorsh, añadió:

—Te tomo por testigo á tí, caballero extranjero, y á todos vosotros de que Zbishko combatió según costumbre y que la justicia de Dios se cumplió como se cumple en todas partes.

Los caballeros aclamaron las palabras del príncipe, y De-Lorsh dijo que no solo atestiguaba que todo había pasado según las leyes caballerescas, sino que si alguien en Malborg ó en otra parte lo negase, él, De-Lorsh, le retaría á singular combate, así fuese un caballero ó un gigante más fuerte que el mismo Merlin.

La princesa dijo á Zbishko:

—¿No está contento? Alégrate y da gracias á Dios por haberte salvado del peligro, y que no te abandonará en lo porvenir.

Zbishko replicó:

—¿Cómo puedo estar contento, señora?—Dios me ha concedido la victoria, pero mi Danusia está lejos como antes.

—Tus enemigos más temibles han muerto. De-Lorsh ha dicho que irá á Malborg para hablar al gran Maestre de Danusia y los cruzados no desoirán su voz.

—Que Dios proteja á De-Lorsh; también le acompañaré.

La princesa interrogó intranquila:

— ¿Por qué? ¿para hallar una muerte cierta?

Zbishko, cruzando las manos repuso:

— Juro á Dios que iré á Malborg; mas me gusta batirme con los alemanes que saben que mi Danusia gime en prisiones.

Hablaba con tanta pasión que la princesa comprendió la inutilidad de disuadirle de su intento.

Zbishko debía permanecer, según costumbre de aquel tiempo, veinticuatro horas en el lugar de la lucha; para patentizar que quedó dueño del campo y por si alguno de los parientes ó amigos del vencido quería desafiarle.

Zbishko, después de descansar, vistió de nuevo sus armas y se sentó en el patio del castillo esperando al enemigo que naturalmente no llegó.

A media noche, cuando los heraldos anunciaron por última vez su victoria, Dlugoliass le invitó á cenar en compañía de los príncipes.

VI

Janush, después de celebrar una especie de consejo con sus cortesanos, dijo:

—Siento verdaderamente que no tengamos ninguna prueba de la culpabilidad del difunto Rotgher. Los templarios niegan, y negarán eternamente, toda participación en el rapto de Danusia. ¿Y qué podremos responderles? La carta de Jurand es un testimonio en contra nuestra.

Después, dirigiéndose á Zbishko, añadió:

—Dices que la carta fué escrita bajo la influencia de amenazas y quizá es así; pero los templarios tienen pruebas en contra y pueden acusarnos.

—Han confesado que tienen á Danusia prisionera.

—Es verdad, pero ahora dicen que se engañaron.

—Sus mentiras,—observó Dlugoliass,—son como las selvas... al principio se advierte algo, después no hay quien pueda adivinar nada.

De-Lorsh añadió:

—El gran Maestre es más honrado que los demás templarios.

—Así es; el Maestre es bueno por naturaleza; pero no tiene autoridad para hacer obedecer á sus súbditos. Habladle, caballero De-Lorsh, y decidle lo que ha ocurrido.

Añadid que lo que se ha dicho de haber arrancado a la muchacha de manos de unos bandoleros, es falso.

—Ciertamente,—dijo De-Lorsh.

—No hay bandoleros capaces de atreverse con la hija de Jurand.

—Así lo creo.

Zbishko abrazó a De-Lorsh y éste se sintió sofocado.

El príncipe preguntó:

—¿Marcháis?

—Sí, ilustre señor.

—Rotgher ha dicho,—dijo el príncipe,—que únicamente vive Sigfrido, y que los demás fueron heridos por la mano de Dios. En cuanto a él, es el menos terrible de los templarios, pero de todos modos, es preciso arrancar a Jurand y a Danusia de sus manos, y para ello escribiré al gran Maestre,

Zbishko abrazó al príncipe y después despidióse de él y de los demás caballeros, pues pensaba partir pronto.

Zbishko y De-Lorsh partieron al día siguiente con Glava, que quiso seguirles a pesar de que su amo temía por él, yendo a Malborg, donde los templarios eran dueños absolutos.

—Vamos a Malborg,—exclamó Zbishko;—Dios sabe cuando volveremos...

—El señor quiere luchar con los templarios,—observó Glava;—deseo, pues, acompañarle.

—No,—contestó Zbishko,—no quiero retar a nadie, a no ser que me obligaran las circunstancias, y tú, Glava, quedarás en Spichov.

—He jurado seguiros siempre; ¿y si os sucediese alguna desgracia, qué diría a mi señora al volver a Zgogelitz?

—¿No has jurado obedecerme?

—Sí, pero también no abandonaros nunca; os seguiré de lejos de todos modos.

—No, no te arrojo de mi lado, ni lo haré jamás, pero

comprende que, viniendo ahora conmigo á Malborg, no puedes ayudarme en nada.

Y le explicó las causas que le movían á ir acompañado únicamente de De-Lorsh,

Llegados á Spichov, los dos caballeros fueron recibidos por el sacerdote Kaleb, quien, después de cenar, les enseñó el testamento de Jurand, sellado cuidadosamente.

—Lo ha dictado la noche que precedió á su marcha para Tzeitna,—dijo el sacerdote.—Evidentemente creía no volver.

—¿Por qué no me avisasteis?

—No podía, pues su última voluntad me la comunicó bajo secreto de confesión.

—No ha muerto aún.

—Esperemos en la clemencia de Dios.

—Voy con este caballero para rescatar á Jurand de manos de los templarios.

—Si creéis eso, es que no les conocéis; únicamente Dios puede salvarle.

Kaleb leyó el testamento. Jurand dejaba su fortuna á Danusia y á sus hijos, y caso de no tenerlos á Zbishko.

Cuando Kaleb hubo acabado de leer el testamento, hizo prestar juramento á los criados, los cuales creyeron que debían partir al punto para libertar á su amo, pero con gran sentimiento supieron que debían permanecer en Spichov.

Zbishko recomendó á Glava que fuera á ver á su tío Matzko y le diera noticias suyas.

Entonces Glava le dijo después de dudar un momento:

—Quisiera... quisiera... preguntaros lo que debo decir allá abajo.

—¿A quién?

—A los de Zgogelitz.

—¿A Jaghenka?

—Sí.

—Quizá se ha casado ya con alguno de sus adoradores.

—Es imposible.

—¿Por qué?

—El respeto me veda contestar.

El escudero, que amaba ya á Zbishko, experimentaba compasión por Danusia, pero no la quería como á Jaghenka; pensó que ésta tendría gran disgusto al saber el casamiento de Zbishko.

Por la noche, Zbishko oyó llamar á la puerta y apareció Zanderus que dijo:

—Señor, me habéis salvado la vida, y ahora que soy libre, os ruego que me déis dinero para ir á Germania, y allí, quizá os pueda servir de algo.

Zbishko iba á echar al importuno, pero reflexionándolo mejor, le arrojó una bolsa y dijo:

—Toma, y vete; creo que te vas á reir de mí; pero si no eres un pícaro redomado, y te sirve de algo este socorro, sírveme cuando llegue la ocasión.

—Me reiré, señor, pero no de vos, que sois un verdadero hidalgo á quien serviré lo mejor que sepa y pueda.

VII

Sigfrido, estaba á punto de partir para Malborg, cuando recibió la carta que Rotgher había escrito antes del duelo; en ella esplicaba cuanto había ocurrido, y decia que no estrañase su tardanza, porque teniendo pendiente un desafio, quizá la suerte de las armas le impidiera su pronto regreso.

Añadía en la carta: «El adversario es un niño y su sangre será como un homenaje hecho á la orden.»

Sigfrido quedó sorprendido al saber que la hija de Jurand estaba casada, y comprendió que la Orden tenía un nuevo y temible enemigo.

El anciano templario comprendió que el gran Maestre dispondría que se hicieran pesquisas en Tzcitna, aunque no fuera más que para justificarse ante el príncipe Janush.

En Malborg, amenudo acerca de la guerra que se pensaba declarar al rey de Polonia y se deseaba que el príncipe de Masovia se declarase neutral al estallar tal guerra.

Sigfrido, que en todas ocasiones pensaba en la prosperidad de la Orden, meditó acerca del partido que le convenía tomar.

No sabía si poner en libertad á Jurand y á su hija y atraérselos á su causa por medio de promesas y satisfacciones, ó hacerlos desaparecer del mundo de los vivos.

—¡Aconsejame, Señor! no sé lo que más me conviene hacer; ilumíneme tu soberana inteligencia; lo que me aconsejes para bien de la Orden, lo ejecutaré aunque debiera recoger como premio la esclavitud ó la muerte.

Sigfrido apoyó la frente contra los pies de un crucifijo y le pareció que los labios sacrosantos murmuraban:

—Levántate y espera, la vuelta de Rotgher.

Obedeció el celeste mandato y pensó:

—Rotgher matará al muchacho y yo ocultaré ó mataré á Jurand y á su hija, ó les pondré en libertad, según aconsejen las circunstancias.

Aquel pensamiento confortó el atribulado ánimo de Sigfrido, quien pensó que verdaderamente Dios estaba de su parte en tan nefasta empresa.

Recordando luego el afecto que sentía hacia Rotgher, tembló un momento por su vida, pero luego pensó que sabría vencer á su enemigo.

Pensando que Rotgher vertería sangre polaca se alegraba íntimamente pensando:

—El juicio de Dios honrará la acusación formulada contra la Orden, y la justicia triunfará.

El viejo komptur, que había dicho estas palabras en alta voz, quedó como impresionado al oír sus conceptos.

—Rotgher lucha por defender la inocencia de los templarios, que en realidad son culpables. ¿Y si ocurriera una desgracia? ¡Oh! es imposible, porque Rotgher dice que Dios protege á los guerreros de la Cruz, y pronto volverá vencedor.

Así tranquilizado, el anciano se preguntó si sería conveniente alejar á Danusia, pero se resolvió por la negativa pensando que un ataque no era de temer por parte de Zbishko, á quien Rotgher debía ya haber muerto.

El templario ordenó que el castillo se pusiera en pie de guerra esperando la vuelta de Rotgher,

Pero éste no volvía; y una tarde oyóse el toque de una trompa que indicó al castellano de Tzitna que algo extraordinario ocurría.

Ordenó á un criado que se enterara, y volvió al poco rato con rostro contristado.

Como estaba ya algo obscuro, Sigfrido no vió aquella espresión y preguntó:

—¿Han llegado?

—Sí,—contestó el criado.

Su voz tembló y el templario, al oír aquel extraño acento, preguntó:

—¿Y Rotgher?

—También lo han traído.

Sigfrido se puso en pie, y apoyándose en la poltrona, dijo con voz sofocada:

—Dadme la capa.

Obedeció el criado; Sigfrido se caló la capucha y salió al patio donde algunos soldanos formaban un grupo.

El resplandor de las antorchas iluminaba el obscuro ámbito y de repente se oyó una voz que decía: ¡Rotgher ha muerto!

Sigfrido se acercó al carro en el que se hallaba el cadáver del templario y levantando un extremo de la manta gritó:

—¡Traedlo! ¡Traed luz!

Uno de los soldados acercó una antorcha. El rostro de Rotgher estaba pálido y envuelto én un pañuelo negro para impedir que se le abriera la boca.

El komtur miraba el cadáver sin hablar; los soldados callaban al ver dolor tan grande, pues sabían que Sigfrido amaba al joven templario como si fuera su hijo. Una lágrima saltó de los ojos del viejo; un sollozo conmovió su pecho; su rostro estaba tétrico.

—¿Así me lo traéis?—dijo á los soldados.

Luego, dirigiéndose á los criados, ordenó.

—A medio día quiero un ataúd aquí.

—Ha quedado uno de los que preparamos para la gente que mató Jurand.

—¿Dónde está Fan-Krist?

—También le mataron, —contestó un soldado.

—Bien.

Sigfrido se alejó á pasos lentos, se sentó en un sillón de la gran sala del castillo y permaneció inmóvil durante horas y horas. Los criados temían por su vida, cuando de repente el anciano se estremeció y gritó:

—¿Dónde está Rotgher?

El siervo, que por el cansancio estaba medio adormilado, se levantó de improviso y aún adormecido contestó:

—No lo sé.

El viejo sonrió.

—Te pregunto si ya está en la capilla.

—Sí, señor.

—Dí á Diderich que venga con una linterna y que espere mi vuelta; dile también que traiga carbones encendidos. ¿Está alumbrada la capilla?

—Alrededor del ataúd arden cirios.

Sigfrido, cubriéndose con la capa, salió de la estancia y entró en la capilla, donde después de ver si alguien espía, cayó de rodillas junto al ataúd.

Sus labios no se movían; no oraba; tenía los ojos fijos en el rostro querido de Rotgher, como si quisieran buscar en él un hálito de vida. De repente abrazó el cadáver gritando:

—¡Hijo mío! ¡hijo mío!

Con su mano amarilla y seca tocó los miembros de Rotgher buscando la herida, hasta que halló el tremendo tajo en el hombro, y palpando toda su extensión, murmuró con voz doliente:

—¡Oh! ¡qué terrible golpe! ¿Y tú, infeliz, decías que tu adversario era un niño? Toda la espalda está destrozada,

esta espalda que tantas veces ha cubierto las armas de la Orden; ¡maldita sea el hacha polaca! ¡hijo mío! el Señor no te ayudó porque defendías lo injusto y has muerto con la mentira en los labios, sin confesión... y quizá tu alma...

Sus labios temblaban; y luego repuso con voz agitada y triste:

—Sea Jesús clemente, y si tú, Rotgher, no estás en el infierno, muevete, abre los ojos hazme oír tu voz que tan grata me ha sido.

Diciendo esto acercó el rostro al cadáver, pero al punto se retiró disgustado.

—Te corrompes ya, y no puedes oírme, hablaré por tí y tu alma me oirá, ¿te acuerdas de lo que juramos hacer cuando el sacerdote nos prohibió matar á Jurand? Mantendré mi juramento aún cuando deba condenarme.

El viejo se levantó, cubrió el cadáver con un amplio manto, y se fué á la sala donde dormía el siervo, donde Diderich aguardaba sus órdenes.

Diderich era de baja estatura, patizambo, de rostro cuadrado; vestía un kattun de pieles atado con un cinto del que colgaba un manojó de llaves, y un corto puñal. En la diestra, llevaba una linterna, y en la izquierda una antorcha.

—¿Estás listo? - preguntó Sigfrido.

Diderich se inclinó.

—Te ordené poner carbón en el recipiente.

El eriado sin decir palabra, se acercó al hogar y tomó unas ascuas.

—Oyéme, ahora, una vez, dijiste lo que te había ordenado De-Danfald y te hizo arrancar la lengua; ahora podrías explicarte por medio de la mímica, pero te advierto, que si haces un solo signo, te mato.

Diderich, se estremeció.

—Conduceme á donde está Jurand.

El mudo se dirigió por un corredor obscuro y largo que

rodeaba el palacio y entrando por una puerta oculta entraron en un patinillo rodeado de altísimas murallas.

—Espera,—dijo Sigfrido, respirando anhelosamente.

La luna enviaba su pálida luz y Sigfrido pensaba que en una noche parecida, Rotgher partió para la corte de Janusk, donde halló la muerte.

—Ahora yaces en la capilla, pobre hijo mío,—murmuró Sigfrido.

Entraron, después, por una portezuela á otro corredor estrecho y sombrío que daba á un calabozo, donde estaba el temido guerrero de Spichov, tendido sobre un montón de paja. Tenía aprisionados pies y manos; vestía una mala túnica manchada de sangre.

La estatura de Jurand era tan imponente, que al entrar en el calabozo hubiera dicho cualquier que no era un hombre sino una roca esculpida en formas humanas.

Sigfrido ordenó que acercara la antorcha y durante unos momentos gozó al contemplar el rostro demacrado del prisionero. Después con satánica voz,—dijo á Diderich.

—¿Tiene un solo ojo, quémalo?

Había hablado acentuando las palabras con feroz complacencia para hacer aquella espantosa, más feroz todavía. La mano del verdugo tembló; la antorcha se bajó y abrasadas gotas de resina, cayeron sobre el ojo del desdichado.

Jurand se retorció, erizáronse sus cabellos, crugieron sus dientes, pero no lanzó ni un gemido ni un lamento.

Sigfrido que miraba con horrible complacencia el tormento, murmuró:

—Te han prometido la libertad y la tendrás, pero cuando no te será posible acusar á la orden porque la lengua que pronunciaría calumniosas palabras, te será arrancada.

El verdugo comprendió, y apoyando una rodilla sobre el pecho de Jurand cumplió la inhumana orden. Durante

unos momentos, solo se oyó en el calabozo ruido de lucha y de cadenas, y luego un gemido sordo, desgarrador.

Sigfrido, cuando Diderich se levantó, dijo:

—He prometido á Rotgher á quien mató el marido de tu hija, tu mano.

El mudo sacó el cuchillo, y satisfizo el deseo del viejo.

Después de aquella tremenda ejecución, los dos hombres se alejaron. Al estar en el patio, Sigfrido pensó:

—Diderich está mudo, y no hablará por señas porque tiene miedo. ¿Quién podrá afirmar que Jurand no quedó mutilado en la lucha?

Al pensar en Jurand, el terrible viejo sonrió ferozmente.

Quedará libre, — dijo con mofa, — porque los templarios cumplen sus promesas.

Luego sintiendo que le faltaba el ánimo después de emociones tan tremendas, murmuró:

—También mi fin se acerca, porque sino pondría sobre tu tumba la mano que te ha matado.

Crugieron sus dientes, un estremecimiento invadió su cuerpo.

—Tu matador vive aún, y le encontraré, pero antes de herirle en el cuerpo, le heriré en el alma.

El anciano se acercó luego al cadáver de Rotgher que empezaba á corromperse.

Sigfrido, horrorizado, abandonó la capilla. En su cuarto se echó sobre la cama con la esperanza de dormir, pero un sentimiento de pavor se apoderó de él y le pareció que la muerte le llamaba, é instintivamente saltó de la cama, diciendo:

—Espera hasta mañana.

Un espíritu infernal le aconsejó el complemento de su venganza; pensó en Danusia.

—¿Esta noche misma?—se preguntó.—Sí... todos duermen hasta quizá Jurand; no puedo tranquilizarme ni estar en mi cuarto, porque la muerte me espera; tú, Rotgher;

ries en tu ataúd, y yo, tiemblo. La monja me ayudará.

Diciendo esto; se encaminó hacia la torre y empezó á subir la escalera á obscuras, porque se había olvidado de tomar una linterna. De repente se detuvo; pareciale oír la respiración de un hombre ó de un animal.

—¿Quién está ahí?

Nadie contestó.

Sigfrido era valiente y no temía la muerte pero ante lo desconocido, temblaba.

—¿Si fuera el diablo? pensó

Sus cabellos se erizaron.

—¿Quién hay?—preguntó nuevamente con voz sofocada.

Entonces un cuerpo pesado chocó contra el viejo violentamente.

Cayó sin lanzar un solo gemido, y de la torre salió una sombra negra que se dirigió hacia el establo. Un perro siguió á la sombra, y otro, topó con el cuerpo de Sigfrido. El perro ladró furiosamente, y en el silencio de la noche el ahullido del can resonaba de un modo lastimero. El guardián de la torre abrió una puerta, y hacha en mano, persiguió al animal.

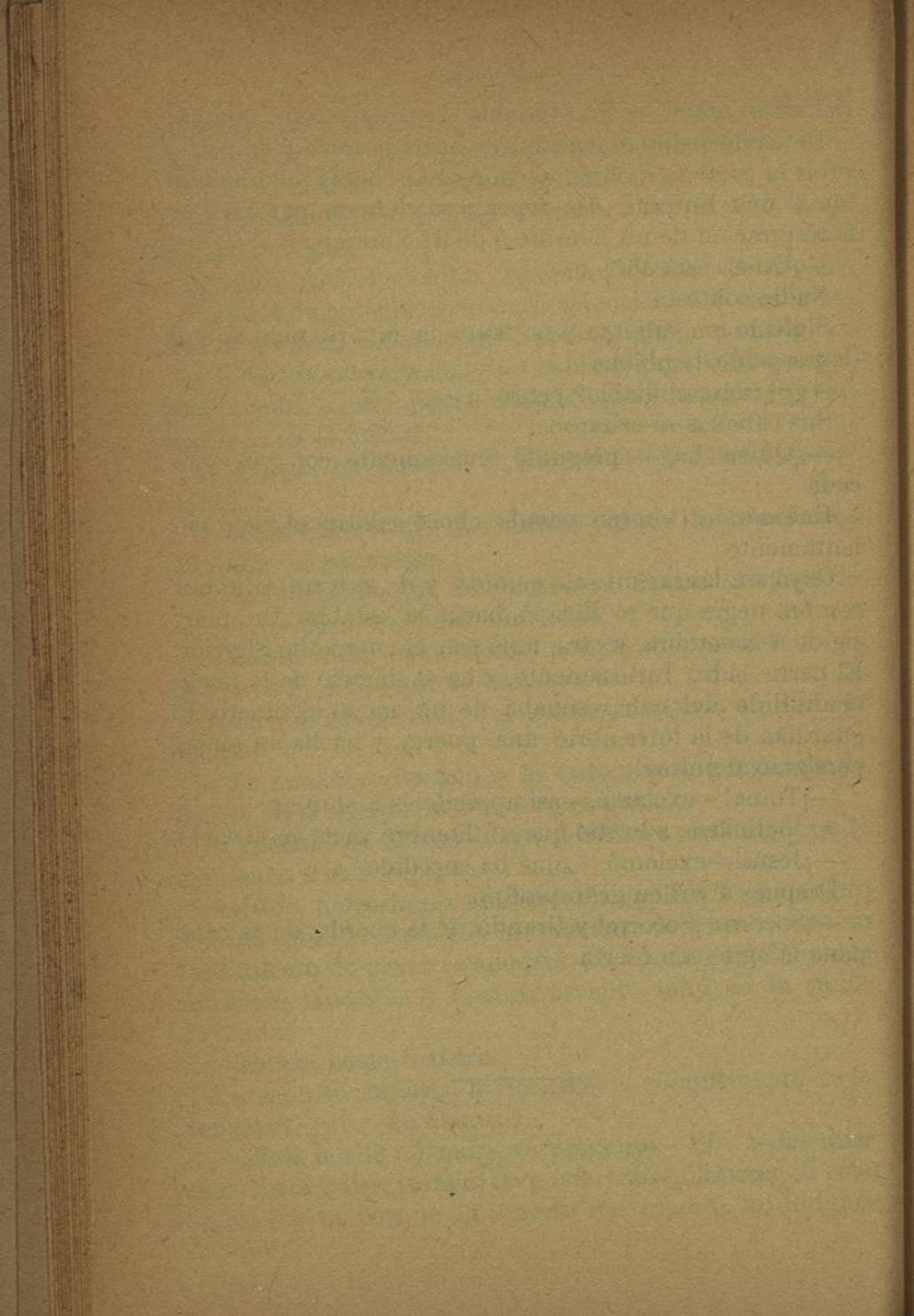
—¡Toma!—exclamó,—así aprenderás á ahullar.

Al inclinarse, advirtió que un hombre yacía en el suelo.

—¡Jesús!—exclamó,—¿qué ha sucedido?

Después á voz en grito profirió:

—¡Socorro! ¡Socorro! y tirando de la cuerda de la campana la agitó con fuerza.



SEXTA PARTE

I

Glava apresurábase á llegar al término de su viaje, pero los caminos estaban tan malos, que apenas se podía adelantar; á los fríos intensos y á los abundantes nevascos, sucedieron las nieblas y la lluvia que derretía la nieve acumulada en montañas y valles.

Los bosques no parecían ya, como un fantástico laberinto blanco, y el agua bañaba de tal modo los caminos que era preciso seguirlos con gran cuidado.

Glava veíase obligado á pedir á menudo hospitalidad en los castillos de los nobles que según la antigua costumbre, hospedaban á los escuderos de los grandes señores.

Marzo tocaba á su término, cuando el tcheque llegó cerca de Bogdanetz y de Zgogelitz. Ansiaba ver á su querida dueña, pero se decidió á ver primero á Matzko, porque así se lo había ordenado Sbishko.

Llegó á Bogdanetz por la tarde; Matzko estaba en el bosque, y cuando llegó á su casa, quedó sorprendido al

ver á mucha gente rodeando á un hombre que á primera vista no conoció.

Glava se nombró, y el anciano exclamó:

— ¡Dios mío! le han matado. Habla, dímelo todo.

— Zbishko está bien, — se apresuró á decir el tcheque.

Matzko sonrió, y lanzando un profundo suspiro, murmuró:

— Bendito sea el Señor, ¿dónde está?

— Ha salido para Malborg y me ha enviado para traeros buenas noticias.

— ¿Por qué ha ido á Malborg?

— Fué á buscar á su mujer.

— ¿A su mujer

— Sí, á la hija de Jurand. Tengo mucho que hablar, pero permitidme antes que descanse, porque estoy rendido.

Matzko, que había palidecido, ordenó al siervo que añadiera leña al hogar, y que preparara comida para el tcheque. Después, paseando por la estancia, dijo:

— No doy crédito á lo que escucho. La hija de Jurand... Zbishko casado...

— Sí y no, — observó Glava, que empezó á narrar cuanto había ocurrido.

Al llegar al punto en que Rotgher desafió á Zbishko:

— ¿Se ha batido? — preguntó Matzko con curiosidad.

— Ha partido al alemán en dos, y yo he matado al escudero.

— Valiente Zbishko, — exclamó, — es el último de la familia, pero es un bravo; también con los frisios combatió heroicamente.

Después de un silencio, añadió:

— También tú eres valiente, y creo que no te alabas ni echas bravatas. ¿Es grande el botín?

— Hemos conquistado armas, caballos y diez esclavos, de los cuales os envía ocho mi amo.

— ¿Y los otros dos?

—Han llevado el cadáver á su país.

—No creo que fuera necesario.

El tcheque sonrió al ver la codicia de Matzko, repitiendo:

—Mi amo es ahora tan rico que no se para en pequeñeces. Spichov es una gran posesión.

—Lo importante es que sea suya.

—Vaya si lo es.

Matzko se levantó y dijo con mal reprimida agitación:

—No digas tonterías; ¿y Jurand?

—Está en manos de los templarios, que no le dejarán huir; su capellán Kaleb ha leído el testamento, por el cual reconoce á Zbishko como propietario de Spichov.

Aquellas noticias habían impresionado singularmente al señor de Bogdanetz; eran tan hermosas y desagradables al mismo tiempo, que no sabía darse cuenta exacta de los sucesos y calmar su inquietud.

El saber que Zbishko se había casado, no le satisfacía, porque amaba á Jaghenka como un padre; había tratado de persuadirse de la imposibilidad de que la hija de Zgogelitz llegase á ser su nuera, y consolábase pensando que la hija de Jurand, además de ser protegida del príncipe, tenía gran dote. Matzko se imaginaba á Zbishko hecho conde, como dueño de Bogdanetz y de Spichov y tal vez castellano; su ida á Malborg no le complacía, porque acordándose del trozo de lanza que tanto tiempo había tenido alojado entre sus costillas, temió que á su sobrino pudiese ocurrirle una desgracia.

—No será bien acogido,—pensaba Matzko,—porque ha matado á un caballero de valía y al mismo tiempo ha asaltado á Lichtenstein; aquellos malditos perros son vengativos en extremo.

Temía el viejo que Zbishko estuviese preso.

—Han detenido á Jurand y á su hija, se atrevieron una vez á detener al príncipe... ¿Y quién me asegura que no

harán otro tanto con él. ¿Y si Zbishko escapa de los cruzados, pero no encuentra á su mujer, qué ocurrirá?

Este pensamiento consolóle de pronto, pero en seguida advirtió la necesidad de que su familia no se extinguiese:

—Si Danusia no parece, Zbishko no podrá tomar otra mujer hasta persuadirse de que la primera ha muerto, y los descendientes de Bogdanetz sólo existen en mi mente. ¡Oh! si se hubiese casado con Jaghenka, cada año daría á luz un niño.

Después, dirigiéndose á Glava, pidióle explicaciones referentes al matrimonio de su sobrino.

—Ya os he dicho, señor, que no sé lo que ha ocurrido, pero creo...

—Habla.

—Oidme, no me he separado de mi amo durante su enfermedad un punto; una noche me ordenó salir y ví entrar á la princesa, á Danusia, al señor De-Lorsh y al sacerdote Viscianok. Me admiró la corona que la joven llevaba en la cabeza y creí que mi amo tomaba la comunión; y lo cierto es... Me acuerdo también de que me mandó vestirle como para una boda, pero entonces no sospeché que fuera la suya.

—¿Y permanecieron solos?

—No, mi amo estaba muy débil, y al día siguiente partió la señora.

—¿Zbishko no la ha visto más?

—Nadie la ha vuelto á ver.

Después de algunos momentos, preguntó Matzko:

—¿Piensas que los cruzados la dejarán en libertad?

—Creo que está perdida para siempre.

—Por qué?

—Si los cruzados confesaran que la tienen en su poder podría haber esperanza, pues por medio de un rescate quedaría libre, mas ahora, afirmando como afirman que unos bandoleros la cogieron, no hay medio de demostrar que se halla en su poder.

—¿Y qué harán los templarios con Jurand?

—Quieren vengarse del que llaman el «azote de la Orden».

—Eres un bravo escudero; ¿qué te parece que harán con Danusia?

—El príncipe Vitoldo es muy poderoso, y á pesar de ello, ya sabéis la suerte que cupo á sus hijos.

—¡Santo Dios! ¿es verdad?—exclamó Matzko.

—Roguemos al Señor que nuestro amo vuelva sano y salvo; aunque es de esperar, porque va con el caballero De-Lorsh, que es muy poderoso, y de familia de principes. Antes de marchar mi amo, dijo: «Daría mi fortuna porque estuviera á mi lado mi tío Matzko».

Matzko quedó pensativo; luego dijo:

—No hay remedio; creo que la muchacha ha muerto; Spichov pertenece á Zbishko, que puede casarse con otra mujer.

—Hasta con la señora de Zgogelitz,—murmuró el tcheche.

—Ya lo creo, con tanto más motivo que Chtan de Rogor y Vilko de Bgiosov aburren de continuo á la huérfana.

El tcheque se puso en pié.

—¿La señora ha quedado huérfana? ¿Y el caballero Zich?

—¿No sabes nada?

—Por favor, decidme lo ocurrido.

—Es verdad que no puedes saber nada, porque llegas ahora y sólo hemos hablado de mi sobrino. Debes saber, pues, que el abad escribió á Zich, diciéndole que tenía que hacer una visita y le deseaba por compañero. Zich me dijo: «Marcho á Osvetzim; iré también á Gchlevtzi; cuidad de Zgogelitz.» Yo, que tenía tristes presentimientos, le aconsejé que no marchara, porque Chtan y Vilko, que estaban furiosos porque les habían echado de Zgogelitz, le odiaban y podían jugarle alguna mala pasada por

el camino. Así sucedió. Unos bandoleros enviados por ellos, hirieron en el pecho á Zich, y el abad, herido de un mazazo, ha quedado imbécil y no puede hablar. Hace seis meses que Zich fué enterrado.

—¡Pobrecillo!—murmuró Glava,—es verdad que me hizo esclavo en Boleslavetz; pero mi esclavitud era mejor que la misma libertad á causa de la bondad nativa de mi amo. Dios le conceda la gloria y á su hija la resignación necesaria.

—La desdichada, ha tenido ya que rechazar á Chtan y Vilko que asaltaron su casa. Yo llegué con mi gente y puse en fuga á los malvados. Jaghenka me ha dicho: «Si no me caso con Zbishko, permaneceré soltera.»

Glava, al oír aquella relación rechinaba los dientes. De repente exclamó:

—¡Malditos sean!

La puerta se abrió con violencia; Jaghenka se precipitó en la estancia acompañada del mayor de sus hermanos, Jasko, que tenía catorce años, y se parecía mucho á ella. La joven sabiendo que había llegado Glava con gente armada, acudía para saber noticias.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada malo,—contestó Matzko,—Zbishko está bien.

El techeque arrodillándose besó el extremo de la túnica de Jaghenka que exclamó:

—Alabado sea el nombre de Jesús.

—¡Amén!

—Estoy muy contenta de verte, pero ¿por qué dejaste á tu amo?

—Lo ha querido él.

—¿Qué te ha dicho?

—Que venga aquí.

—¿Y qué más?

—Que pida consejo á su tío.

—¿Dónde está?

—Ha ido á Malborg.

Jaghenka se turbó.

—¿Ya no aprecia la vida? ¿Por qué ha ido allí?

—Para buscar... no que no hallará jamás.

—¡Nunca!—repitió Matzko.

—¿Qué decís?—preguntó Jaghenka.

Matzko no contestó y preguntó:

—¿Zbishko no te ha hablado nunca de la hija de Jurand?

—Sí, ¿por qué?

—Porque así me será más fácil contestar á tu pregunta.

Contóle entonces cuanto oyera de labios del tcheque, insistiendo en que Zbishko no conoció nunca íntimamente á Danusia.

Jaghenka no contestó.

—¿Qué te parece?—preguntó Matzko.

Una lágrima asomó á los negros ojos de la niña, que besando la mano del viejo exclamó:

—¡Bendito sea tu nombre!

—Amén,—dijo Matzko.—Permanece á mi lado.

Jaghenka no quiso, diciendo que no había preparado nada en Spichov.

Matzko acarició á la joven y dirigióse con ella hacia el patio. Glava siguió á su señora.

Matzko volvió á entrar en la casa murmurando:

—Qué torpe es Zbisko.

El anciano estaba conmovido; pensaba que Zbishko arriesgaba su vida, y que mucho más le valiera estar en Zgogelitz, siendo marido de Jaghenka.

Matzko se conmovía pensando que su sobrino se había portado como un héroe, pues pocos en edad tan tierna obtenían las espuelas de oro, lo cual demostraba que pocos le igualaban en valor. Miró las corazas, las espadas y las hachas colgadas en la pared pensando cuáles debía escoger para ir á reunirse con su sobrino.

Sin embargo, le costaba decidirse á ello, porque pensaba que de marchar él, Jaghenka quedaba sin protección.

*
* *

La joven y Jasko, atravesaron el bosque. El tcheque les seguía con el corazón dolorido. Había visto correr las lágrimas de su ama y adivinaba sus dolores.

—Señora,—dijo aproximándose á ella.

—¿Nos has seguido,—preguntó la joven como despertando de un profundo sueño; ¿qué quieres?

—Deciros que mi amo me ha ordenado estar con vos; antes de partir me ha dicho: «habla de mí á Jaghenka y dile que le doy las gracias por cuanto ha hecho por mí, y que de continuo ruego á Dios para que la recompense y le envíe toda la felicidad que merece.»

—Ojalá el señor le ampare,—contestó Jaghenka,—y también á tí te proteja.

Cesó el coloquio. El tcheque sintióse más aliviado y contento de sí mismo. «Por lo menos, no le acusará de ingratitude» pensó; y quiso añadir algunas palabras.

—¡Señora!

—¿Qué deseas?

—Nada... quería deciros que Matzko me ha afirmado que Danusia no parecerá más.

—Es su mujer,—repuso Jaghenka.

—De nombre.

La muchacha calló.

Después de cenar, cuando Jasko y sus hermanillos se alejaron, ordenó que trajeran un jarro de miel y llamó al tcheque.

—Quizá tienes sueño, pero desearía hablar contigo.

Verdad es que Glava estaba rendido, pero quiso satisfacer el deseo de su ama, y contó cuanto sabía de lo ocurrido á Zbishko, á Jurand y á Danusia.

II

Matzko vigilaba los preparativos de viaje y un día encontró á Jaghenka cuando ésta iba á la iglesia de Kcesno.

—Quería ir á Bogdanetz,—dijo saludándole,—porque he de hablaros,

Y acercándose á él, de manera que sus criados no lo oyeran, díjole al oído:

—¿Partís?

—Mañana.

—¿Para Valborg?

—Sí.

—He pensado mucho en lo que debo hacer y deseo tomar consejo de vos. Cuando mi padre vivía, y el abad podía protegerme, no temía á Chtan ni á Vilko; pero ahora quedo sin defensa. ¿No es verdad?

—Sí.

—¿Qué me aconsejáis?

—No lo sé; pero te recuerdo que estamos en Polonia y que las leyes polacas castigan severamente al que violenta á una muchacha.

—Ya lo sé, pero las leyes se respetan muy poco. Creo que lo más prudente sería alejarme de Zgogelitz, porque así mis pretendientes me dejarían en paz, temo también por mi hermanillo.

—Chtan y Vilko, son dos canallas, pero no se atreverán á levantar la mano á un muchacho.

Matzko miróla fijamente y luego preguntó:

—¿Qué quieres hacer?

—Llebadme con vos,—contestó ella con voz débil.

Matzko exclamó:

—Es una locura.

La joven murmuró á su oído dulcemente:

—No digáis eso, tanto vos como Glava, me decís que Zbishko no hablará jamás á su mujer; Dios es testigo de que no la deseo ningún mal, pero si Zbishko no debe verla más... entonces acordaos de que yo no quiero ni á Chtan, ni á Vilko, y á nadie.

El anciano lanzó un suspiro de satisfacción.

—Creía que sentías simpatía por alguno de ellos.

—¡Oh! no.

—¿Y cómo llevarte conmigo?

—Quisiera ir á Seradz donde está el abad, quien en estos momentos no tiene nadie que le quiera á su lado, estando enfermo como está.

—No puedo oponerme á tu deseo, pero acuérdate que el viaje es penosísimo para una joven.

—Quizá para otra, pero no para mí, que soy capaz de manejar el arco, y que no temo los combates; me pondré los pantalones de Jasko y ocultos los cabellos con una red pareceré un caballero y no una mujer.

Matzko exclamó sonriendo:

—Vilko y Chtan van á quedarse con un palmo de narices.

—Es de desear que no nos sigan.

—Soy viejo, pero sabré defenderte.

Matzko pensaba que los dos novios desairados tratarían de oponerse á la partida de la joven, y que por tanto era preciso inventar alguna treta. Después de pensarlo mucho, después de cenar fué á Bgiosov donde el viejo Vilko esta-

ba ante una gran taza de miel, y el joven, herido por Chtan, yacía sobre un banco cubierto de pieles.

Matzko se detuvo en el umbral de la puerta; alto, huesudo, con el rostro seco y cegijunto parecía un fantasma armado.

Los dos Vilko, reconociéndole se pusieron en pie empuñando las espadas. El castellano de Bogdanetz, no tocó el puñal de su cinto, y en tono tranquilo é irónico preguntó:

—¿Así es como en Bgiosav se recibe á los príncipes?

—Los Vilko dejaron las armas.

Matzko añadió:

—Bendito sea el nombre de Jesús.

—Amén.

—He venido como un vecino lleno de buenas intenciones.

—Si es así, sed bien venido.

El anciano Vilko le estrechó la mano, y el joven hizo lo propio. Añadióse leña al hogar, pusiéronse los manteles que pronto se cubrieron con fuentes llenas de carne y miel y grandes jarros de vino.

Los Vilko esperaban que Matzko hablase.

El soldado que era hombre bien educado, alababa las viandas y la bebida, y cuando se vió satisfecho exclamó:

—Los hombres siempre están en lucha entre sí, y á mi me parece que la paz es gran cosa.

—Lo mejor del mundo,—afirmó Vilko *senior*.

—Sucede á veces que cuando un hombre se prepara para un largo viaje, siente haber ofendido á sus vecinos y quiere borrar el agravio con una despedida cordial.

—Gracias,—murmuraron padre é hijo.

—He venido para saludaros.

—Nos alegramos veros.

—Quisiera que viniérais á Bogdanetz, pero debo partir.

—¿A la guerra?

—No, voy á Alemania.

—¿A ver á los templarios?

—Sí; y quien va á verlos y no es muy amigo suyo, debe despedirse de la gente y del mundo.

—Extraño caso,—contestó el viejo Vilko. Luego añadió:

—No sé de ningún hombre que no haya sido ofendido por los templarios.

—Han cometido verdaderas infamias.

—Es verdad; y me parece que se debe acabar con ellos; murmuró escupiéndose en la palma de las manos.

—Se preparan grandes sucesos, pero entre tanto yo debo ir á verles.

—¿Vais á rescatar á Zbishko?

—Llevo un rescate, pero no para Zbishko.

Estas palabras excitaron más la curiosidad de los Vilko. El viejo no pudo contenerse, y preguntó:

—¿Se puede saber para qué vais á Alemania?

—No debo ocultaros nada, pero antes os haré observar que en cuanto yo me marche, Bogdanetz quedará indefenso, y había pensado en que vosotros lo protegerais.

Al oír aquellas palabras, ambos sintieron aumentar su sorpresa y bebieron unos sorbos de miel.

Matzko les imitó y añadió luego:

—Desconfío de Chtan porque es capaz de cualquiera acción contra mis tierras, pensando que he querido alejarle de Jaghenka.

—¿La guardáis para vuestro sobrino?—preguntó el joven Vilko.

Matzko dirigiéndose al joven contestó:

—Mi sobrino se ha casado con una heredera de Masovetz que lleva una gran dote.

Padre é hijo quedaron con la boca abierta, y luego el viejo balbuceó:

—¿De veras?... decían... ¡Ea, contádnoslo todo!

—Por tal causa debo partir, y os ruego que cuidéis de Bogdanetz.

El joven Vilko, pensó que casado Zbishko le convenía la amistad de Matzko que tenía gran influencia sobre Jaghenka; por lo tanto contestó:

—No temáis, ningún peligro amenazará á Bogdanetz, puesto que nosotros lo defenderemos.

—¿Lo juráis?

—¡Lo juramos!

—¿Por vuestro honor de caballeros?

—¡Por él y por la cruz!

Matzko sonrió.

—Zich me ha confiado á sus hijos y ahora que marchó, siento tener que dejarles desamparados. Prometedme cuidar de ellos.

—Lo juramos.

—¿Por vuestro honor?

—Sí.

—¿Sobre la Santa Cruz?

—Sí.

—¡Amén! — exclamó Matzko, lanzando un profundo suspiro.

Sabía que los dos caballeros no quebrantarían aquel juramento que les había arrancado y se preparó á marchar, pero los Vilko no le dejaron, rogándole que bebiera antes en su compañía.

A media noche durmiéronse con el sueño de la embriaguez padre é hijo, y Matzko al regresar á su casa pensaba:

—Bogdanetz y Zgogelitz, quedan fuera de peligro, porque esos la defenderán después de jurado. Hasta la misma Jaghenka podría permanecer sin peligro alguno, pero vale más que trate de acercarla hacia donde está Zbishko porque si Danusia muere, deseo que se case con Jaghenka.

Al llegar cerca de su casa observó que las ventanas estaban iluminadas.

Matzko se asombró pe ello, y preguntó lo que ocurría al primer siervo que encontró.

—Ha llegado el hijo de Zich con el tcheque.

El anciano temió una desgracia y apresurando el paso, llegó á la sala principal, donde junto al fuego estaban sentados Jasko y un jovencito.

—¿Cómo estáis, Jasko?—preguntó Matzko al entrar. ¿Y Jaghenka?

—Jaghenka me envía á decirnos que ha cambiado de parecer y que permanecerá en Zgogelitz,—contestó el jovencito.

—¿Es posible?

El tcheque y el jovencito se echaron á reír.

—Si no me habéis reconocido vos ¿quién podrá reconocerme?—preguntó Jaghenka irónicamente á quien el anciano había confundido con Jasko.

Matzko mirándole preguntó:

—¿Por qué has venido?

—Para emprender la marcha.

—Pero si habíamos decidido no marchar hasta mañana...

—Todos nos verían y así, partiendo de noche, nadie pensará que voy con vos y estaremos más seguros.

—Deja que te contemple; eres un guapo mozo, y si no fuera tan viejo... pero procura no estar muy cerca de mí, porque las tentaciones...

Diciendo esto, sonrió con complacencia.

Los cabellos de la joven estaban recogidos en una redcilla de seda de color de rosa. Llevaba un kaftán verde que modelaba sus acusadas formas y le daba un aspecto adorable.

—¡Pareces una flor!—exclamó Matzko que no se cansaba de mirarle.

Luego volviéndose hacia un joven que estaba en el umbral de la puerta le preguntó;

—¿Y tú quién eres? que esta noche no conozco á nadie.

—Es la hija de Setzechova, —respondió Jaghenka,—la

llevo conmigo, porque no me ha parecido conveniente ir sola entre tantos hombres.

—¡Dos mujeres!

—Ea, no murmuréis.

—No murmuro, pero os advierto que os reconocerán.

—¿Por qué?

—Porque... porque vuestro modo de andar os delata.

—¡Bah!

—Vilko y Chtan, ya no son de temer, ahora vuelvo de Bgiosov.

—¿De veras?

—Ya lo creo.

—Me alegro mucho.

Matzko, contó lo ocurrido. Después moviendo tristemente la cabeza murmuró:

—¡Hija mía! si todo hubiese sucedido según mi voluntad, hace tiempo que serías la dueña de Bogdanetz.

Jaghenka le besó la mano.

—¿Por qué me besas?

—Porque os deseo feliz noche.

La muchacha se alejó con su camarera y Glava y Matzko se fueron también á descansar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

34972

III

Después de sufrir en 1331 el asalto de los templarios, Serads fué reconstruída por Casimiro el Grande; la ciudad aunque populosa y rica no podía rivalizar con otra del reino, porque carecía de monumentos y edificios de importancia.

Jaghenka que jamás había visto otras casas que las de Zgogelitz, de Kscesno y de Bogdanetz, quedó asombrada al ver las altas murallas de la torre del Municipio y de la Catedral.

Durante los primeros momentos, no se atrevía á hablar alto, y en voz baja preguntaba á Matzko quién le decía que aquello era bien poca cosa comparado con Cracovia.

Jaghenka no daba crédito á sus oídos y de cuando en cuando lanzaba exclamaciones de asombro.

En el convento, Matzko fué recibido por el prior, quien le dijo que la salud del abad mejoraba, pues todas las mañanas hablaba razonablemente, mas luego pedía delirando su coraza y su caballo para combatir con los templariós á los que calificaba de herejes.

Añadía el prior que hacía dos días que acompañado de sus familiares y soldados había marchado á Plotzk junto

al obispo, á quien quería consultar acerca de su salvación espiritual.

—Traté de disuadirle de tal viaje; porque estaba muy débil, pero se empeñó en emprenderlo, los criados pusieron almohadas en el carro y marcharon con el enfermo. Esperemos que haya llegado con salud.

—Si le hubieran matado cerca de Serads ya lo sabriais...

—Así lo creo,—contestó el prior.

Matzko sentía la marcha del abad, y preguntó á Jaghenka:

—Vos, vais á Plotzk.

—Y yo, os seguiré,—contestó la muchacha.

—Sí, á Plotzk—repitió la hija de Tschova.

—Muy pronto lo decís,—contestó Matzko.—¿Imagináis que Plotzk está á dos pasos?

—No podemos volver á casa. Chtan, estará furioso.

—Los dos Vilko te defenderán.

—Tanto temo á uno como á otros.

—¿Has dejado las sayas, y quieres ahora dar prueba de buen juicio?

—Ya lo tengo.

—No conviene ir á Plotzk.

—El tcheque, asegura que para ir á Malborg, conviene pasar por allí.

—Ya le has comprado, picarona.

—No lo creáis. Glava me ha dicho: «la princesa Alejandra es muy poderosa y dicta leyes hasta á los templarios.»

—Sí, y si quisiera darme una carta para el gran Maestro atravesaríamos con seguridad todo el territorio de la Orden. El tcheque tiene buen consejo y no es nada lerdo.

—¡Oh! no,—exclamó con pasión la hija de Setzechova, la de los celestes ojos.

Matzko preguntó:

—¿Qué haces tú aquí?

Ruborizóse la muchacha.

Al día siguiente, se emprendió de nuevo el viaje, y á lo largo del camino, Matzko, pidió noticias del abad.

Los aldeanos y mesoneros recordaban su paso porque les había hecho grandes limosnas.

La gente pobre, rogaba por su salud porque hallábase muy enfermo.

Matzko esperaba poder atraparle, pero dos ríos, que venían muy crecidos, detuvieron á los expedicionarios.

Tuvieron que detenerse en una hostería cuyo aspecto no gustó á Matzko, porque por la noche oíanse rumores extraños, y abrir y cerrar de puertas.

Jaghenka y su camarera, que dormían en una habitación vecina á la de Matzko, habían sentido también por la noche aquellos ruidos; mas, acostumbradas como estaban á la idea del diablo, para el que en Zgogelitz guardaban siempre un poco de comida, no estrañaban que también se alojase allí.

Una noche se armó un cisco de mil demonios y nadie sabía la causa.

Decían que había llegado Bolut, el más temible de todos los diablos, y Matzko habló con Jaghenka para saber si era un pecado ofrecer algo á Pateta.

— Quisiera poner un jarro con vino y miel en el corredor; y si al día siguiente hallase el jarro vacío, ya no tendríamos duda de que se trataba del diablo.

— Debemos procurar que Dios no se ofenda, — replicó la joven, — pues tenemos gran necesidad de su protección.

— También yo temo irritar al Señor, pero de todos modos el vino y la miel, y no son el alma, y creo, que poco le puede importar á Dios que almuerce el diablo. Este, dicen que es noble, y á los nobles no se les debe rehusar comida.

— ¿Quién es noble?

— El diablo.

Por la tarde, Matzko llenó una taza de miel y la puso

junto á la puerta. Al día siguiente, la miel había desaparecido.

Las otras personas de la comitiva, no hicieron caso de aquel acontecimiento, y el tcheque sonrió, pero Matzko, opinaba que el paso á través de la selva, se realizaría sin peligro alguno.

Varios criados á quienes Matzko propuso que fueran á explorar el bosque, negáronse á ello, por temor á toparse con el enemigo malo; pero el tcheque, siempre arrojado y queriendo complacer á su amo, brindóse á explorar la selva tomando la precaución de llevar consigo sus armas.

El sol resplandecía con toda su fuerza meridiana y Glava no volvía, á pesar de que partió al apuntar la aurora.

Uno de los criados, que era muy supersticioso, afirmaba que no volvería más, y que los diablos le habrían hecho ya picadillo.

Terminaba ya el día cuando el tcheque volvió, pero no solo, sino llevando por delante á un hombre vestido de piel de lobo, y atado codo con codo, al que obligaba á andar.

Todo el mundo celebró el regreso de Glava, que fué acogido con gritos de júbilo y no hubo quien no mirase con curiosidad al desconocido.

—En nombae de Dios,—preguntó Matzko—¿qué es lo que traes aquí?

—¡Es un hombre!

Matzko ordena al prisionero:

—¡Persígnate!

—¡Bendito sea el nombre de Jesús!—contestó el hombrecillo persignándose y mirando atentamente á todos.

Luego añadió:

—Temía que fuerais vosotros diablos.

—Somos cristianos, y tú, ¿quién eres?

—Recojo resina, y vivo con mi mujer y mis hijos en una cabaña dentro del bosque.

—¿Cómo te las compones para ir á la ciudad?

- Atravesando pinares y vadeando el río del Diablo.
— ¿Del diablo? ¡persígnate otra vez!
— ¡En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santol
— ¿Puede pasar un carro por el camino del bosque?
— Ahora el camino está malo, pero conociendo bien el terreno, es posible pasar.
— ¿Estás dispuesto á servirnos de guía? Te daremos dinero.

El hombrecillo aceptó y dispúsose la marcha para el día siguiente.

El guía afirmaba que los demonios de la selva eran relativamente pacíficos y que no había temor estando sereno, pues tan solo atacan á los que están bebidos.

— Tú has tenido miedo de Glava, — exclamó Matzko.

— Sí, caballero, pero es que me cogió con tanta fuerza que yo me figuré que no era un hombre.

Jaghenka, y los presentes rieron aquella salida del hombrecillo, al que aseguraron que no había de temer nada, si se portaba bien, pero que si trataba de extraviarlos, se esponía á serios peligros.

Rió también Anulia la camarera, y Matzko mofándose la dijo:

— ¡Ya puedes reir ahora, picarilla, y aún tienes los ojos húmedos por el llanto que has derramado por Glava!

El tcheque observó el rostro sonrojado de la joven preguntando:

— ¿Has llorado por mí?

— No, — contestó la joven, — pero he sentido un poco de miedo.

— Eres una buena chica, y no debes temer...

— Temía por vos.

— Pues si acabas de decir que no llorabas por mí.

— Es claro que no.

— Pues entonces...

— Lloraba de miedo.

— ¿Y ahora no lo tienes?

—No, porque ya habéis vuelto.

El tcheque mirándola expresivamente dijo:

—¡Que tontuela!

—No os burléis de mí,—murmuró en voz baja Anulia.

Y la verdad es, que nadie hubiera 'dicho que la camarrera fuera torpe, ni que Glava la juzgara así. Había advertido la simpatía con que ella le miraba, y como el tcheque era buen mozo y fogoso, miraba con pasión el blondo cabello de Anulia y su figura esbelta y de opulentas formas, preguntándose á veces, si no sería el diablo en persona quien tomó el aspecto de aquella niña, que se mostraba obediente y dócil y cantaba y reía como los pajarillos entre la verde fronda.

Un día, hallándose lejos del resto de la comitiva, Glava la dijo:

—A vuestro lado, parezco un lobo junto al cordero.

Anulia sonrió, mostrando con coquetería sus menudos dientes, preguntándole:

—¿Os apetezco?

La mirada de ambos jóvenes se encontró.

La muchacha ruborizóse, su corazón estaba conmovido y el de Glava latía con pasión vehemente.

Las lágrimas de Anulia, impresionaron al tcheque que la juzgaba buena y afectuosa y sintióse cortado junto á ella aun cuando deseara estar siempre á su lado.

Durante la cena, habló del miedo de Anulia con gran benevolencia y la sirvió como un noble caballero á la dama de sus pensamientos.

El anciano Matzko, aunque preocupado por más graves asuntos, observó lo que ocurría entre el tcheque y la camarera.

Después de cenar Glava besó la mano á Jaghenka y á Anulia.

—No temáis por mí ni tampoco por vos, pues yo os defenderé,—dijo Glava.

Ambas jóvenes retiráronse á su alcoba, y por la noche

Jaghenka que advirtió que su camarera no dormía, la dijo:

—Anulia.

—¿Qué quieres?

—Creo que no duermes. Me parece que quieres al tcheque. ¿Lo adivino?

Aquella pregunta no obtuvo respuesta y Jaghenka la repitió:

Entonces levantándose Anulia de su lecho, fué al de Jaghenka y le abrazó estrechamente, besándose ambas jóvenes con efusión.

La dueña de Zgogelitz repetía:

—¡También yo comprendo el amor!

IV

Húmeda y nebulosa fué la noche, por la mañana el viento disipó los vapores que densos y oscuros elevábanse pesadamente del húmedo suelo.

Matzko dió la señal de partir. El guía aseguró que hasta Budí los carros podrían pasar, pero que después quizá sería preciso desmontarlos. El viento que reinaba en el bosque zumbaba misteriosamente. Algunas veces, grandes ramas y troncos de árboles se rompían con gran ruido y el crugido continuo del bosque parecía el gemido lastimero de una multitud doliente.

En el cielo, las nubes se amontonaban corrían volaban, ora ocultando la luz del sol, ora dejando que luciera con toda su gloria.

De cuando en cuando uno de los criados lanzaba tristes profecías, pero nadie le escuchaba, ni aun la asustadiza Anulia, que de soslayo miraba continuamente á su hermoso caballero, que tenía ojos de fuego y talla de gigante.

Al terminar el bosque se llegaba á una estepa donde crecía altísima yerba, entonces fué preciso desmontar los

carros y unos siervos llevaron las ruedas y otros los ejes y tablones.

Por la noche la caravana llegó á Cudí donde los resineros les acogieron cordialmente.

Aquellas buenas gentes que apenas comían nunca pan, no por eso sufrían hambre, porque la caza y la pesca abundaban en su país.

Las mujeres y niños parecían negros por el humo de la resina, y entre los hombres distinguíase un viejo de cien años qun tomó parte en la batalla de Lencistz en 1331, cuando los templarios arrasaron la ciudad.

—Si,—decía el viejo,—sí, en Lencistz y en Zerads corrió á ríos la sangre y no perdonaron los inicuos asaltantes á viejos ni á niños, ni á sacerdotes ni á mujeres; los templarios son siempre los templarios.

Matzko y Jaghenka al oír aquellas palabras pensaron sin querer en él pobre Zbishko que estaba en poder de aquellos, ¿podrían salvarle?

El anciano habló de la batalla de Plotski que puso freno á los asaltos de los caballeros de la Orden, y en la cual peleó él juntamente con los demás aldeanos.

—Recuerdo que los caballeros de la Orden quemaron cuanto pudieron sin respetar nada. Hubo entonces por parte nuestra un ímpetu tal de que hizo huir á aquellos malvados y ser tratados como se merecían. Aún veo con mis ojos el campo de batalla sembrado de muertos y heridos.

Calló el viejo enjugándose una lágrima y Jaghenka que se entusiasmaba al oír aquellos relatos le preguntó si los templarios eran tan tremendos como se propalaba.

—Creed, señora, que no se exagera nada. Nunca he visto tantos muertos. Al acabar la batalla hasta los fugitivos destruían á su paso cuanto veían.

—Sin embargo,—dijo Matzko,—como nuestro país es muy fuerte y nuestra raza muy enérgica, ha sabido repopularse de aquellas catástrofes, las ciudades fueron recons-

truidas y los cadáveres de los cruzados que murieron bajo sus muros se han podrido sin sepultura.

—No,—interrumpió el viejo,—porque el rey ordeno que se abrieran grandes fosas y allí arrojaron á los alemanes y les cubrieron piadosamente. Pero no permanecieron allí.

—¿Cómo no?

—Afirman los ancianos que durante doce noches sopló un viento huracanado y los restos surcando los aires cayeron en los profundos infiernos.

Después de escuchar aquel interesante relato, Matzko y sus acompañantes tendiéronse sobre montones de liquen y arrojados con pieles de oso esperaron el alba.

Amaneció y continuaron el viaje. El viento había casi secado todo el barro del camino, y aunque quedaban muchos baches, después de algunas horas de marcha se pudieron montar de nuevo los carros, lo que fué de gran alivio para todos los siervos de Matzko y de Jaghenka.

Llegaron por la tarde á Lentzits; la ciudad tenía bonitas casas y sus murallas eran altas y adornadas de vistosas torres, más importantes que las de Serads.

Matzko supó allí que el abad había pasado por la ciudad, y que estaba algo mejor de salud.

El camino, como hemos dicho, era malo; los ríos todavía no decrecían y los campos estaban inundados aún.

Unos frailes, sabiendo que Matzko se dirigía á ver al príncipe, se mostraron muy amables con él, y le regalaron un ramo de olivo del huerto de Jetsemani con una oración á San Rafael, patrón de los viajeros.

A consecuencia del mal tiempo tuvieron que permanecer en Serads durante dos semanas, y en este tiempo uno de los escuderos del gobernador se enamoró como un loco de Jaghenka,

El tcheque quería desafiarle, pero el viejo Matzko se lo prohibió.

Al cabo pudieron partir y después de diez y seis días de viaje, Matzko, con toda su comitiva, llegó á Plotzk.

Las puertas de la ciudad, como era de noche, estaban cerradas y los viajeros tuvieron que comer en casa de un tejedor.

Las muchachas, rendidas, se durmieron en seguida, pero Matzko no cedió al sueño y apenas alboró se dirigió á la catedral para entregarse á la oración.

Allí supo que el abad había fallecido hacía una semana y que aquel día precisamente se celebraban sus funerales.

Matzko experimentó una gran contrariedad al saber la noticia y salió á recorrer las calles de la ciudad.

—Está muerto,—pensaba el viejo;—¿qué voy á hacer de la muchacha? ¿Llevarla á Spichov?

Había pensado muchas veces que si Danusia hubiese muerto convenía que Jaghenka estuviese al lado del joven porque, aun cuando éste amaba mucho á la hija de Jurand, no podía serle indiferente Jaghenka, por la cual tenía muchas simpatías.

Pensaba además Matzko que la hija de Zich era un gran partido, porque no solamente tenía la herencia de su padre sino también la del abad.

Matzko hubiese querido permanecer en Plotzk, pero pensando en Zbishko se decidió á marchar dejando á Jaghenka bajo la protección de la princesa.

Pero esto le dolía, porque pensaba que rica y bella como era la muchacha, pronto tendría una numerosa corte de adoradores.

—Voy á perderla,—pensaba.

Al llegar á su casa pensó que tenía que dar la noticia de la muerte del abad á Jaghenka y decidió hacerlo con cuidado para no trastornarla.

Se hizo servir un buen jarro de cerveza y después de beber unos tragos, dijo:

—¿Oyes como doblan las campanas? ¿Te gustaría ver al abad?

—Sí.

—Pues no lo verás.

—¿Ha marchado?

—Sí, y por eso doblan las campanas.

—¡Ha muerto!—exclamó Jaghenka, y rompió en amargo llanto.

Amaba al abad porque era cariñoso y caritativo aun cuando tuviera el carácter muy impetuoso.

Matzko y Jaghenka fueron á la iglesia que estaba enlutada.

Celebráronse los divinos oficios, doblaron lúgubremen- te las campanas, un predicador pronunció en latin una oración en la que se alababa las grandes cualidades del difunto, y luego todos, clérigos y seglares, se dirigieron á casa del obispo, donde se les había preparado un espléndido almuerzo.

Matzko fué cordialmente recibido por el obispo, quien le dijo:

—A vos, señor de Bogdanetz, os lega el abad los bosques y lo restante de su hacienda lo lega á Jaghenka de Zgogelitz.

Matzko se regocijó de la buena noticia; pero uno de los paje murmuró:

—¡Dios te bendiga; pero ojalá estuvieras vivo!

Matzko se estremeció de pronto. Por la puerta, que se abría en aquel momento, entró la princesa y detrás de ella Kuno de Lichtenstein, aquel templario que tanto había trabajado contra Zbishko.

A punto estaba de acercársele y de dar rienda suelta á la ira que desde tantos años atrás alimentaba contra él; pero reflexionó que quizá también el alemán estaba allí como embajador y no quiso hacer nada contra él.

La princesa no reconoció al anciano caballero, pero co-

noía los amores de Danusia y Zbishko y su combate con Rotgher, por los cantos de los trovadores.

La princesa no odiaba á los templarios como Ana Danuta, pero se conmovió al oír el relato de las desventuras de los dos jóvenes y Matzko, al advertirlo, recargó las tintas para que fuera más eficaz el efecto.

—¡Cuán triste historial—exclamó la princesa.—¿Estáis seguro de que ambos esposos se separaron antes de anegarse en las delicias del amor?

—Creo que sí.

—¿Decís que son los templarios los raptos, mientras que la voz pública dice lo contrario y hasta se habla de una carta del señor de Spichov.

—Dios juzga y ve. Lo cierto es que Rotgher fué muerto por un niño.

—Un niño peligroso,—murmuró sonriendo la princesa.

—Lo que yo anhelo saber es dónde estarán Jurand y Zbishko,

—No temáis por éste; los templarios no son perros del todo. En Malborg, junto al gran Maestre y Ulrico su hermano, habrá obtenido buena acogida. Lo único que es de temer es que el joven haya desafiado á algún valeroso guerrero que le haya vencido ó muerto.

—No es esto lo que me espanta; lo que temo son las felonías y los engaños; quizá por traición le han aprisionado. Con las armas en la mano no ha sido nunca vencido Zbishko. Hace ya tiempo que desafió á un caballero que ahora veo en esta sala.

Y señaló al de Lichtenstein que en aquel instante hablaba con el capitán de Plotzk.

La princesa le dijo severamente;

—Recordad que es mi huésped.

—Lo sé, ilustre señora, y no me acercaré á él.

—Aquí está como embajador. Sabed que Lichtenstein

es muy estimado y que el Maestre le consulta y no le niega nada. Esperemos que no os haya reconocido.

—No me ha visto más que pocas veces, y por tanto no creo que me reconozca ahora, en cuanto á mi deseo de desafiarle, no lo realizaré y esperaré ocasión más propicia. Por lo contrario, trataré de conquistar su benevolencia.

—¿Para qué?

Los ojos del anciano lanzaron un destello vivísimo.

—Para obtener una carta con la cual pueda viajar sin miedo por el territorio de la Orden, y acudir así más seguramente en ayuda de Zbishko.

—¿Y esto lo creéis digno?—preguntó la princesa sonriendo.

—Sí, señora, porque hay que valerse de todos los medios con esa gente.

—Os le presentaré,—repuso la princesa.

El caballero no reconoció al anciano, y viendo que le seguían dos pages lujosamente vestidos, pensó que sería persona importante y le acogió cortésmente.

La princesa dijo:

—Este caballero va á Malborg y le he recomendado ya al gran Maestre, pero sabiendo vuestra omnipotencia quisiera que también vos le recomendarais.

Lichtenstein miró á Matzko con sus acerados ojos y preguntó:

—¿Qué es lo que os impele á visitar nuestra capital?

—Deseo cumplir votos y visitar al Maestre de la Orden que cuida de la paz y del bienestar de los pueblos.

—No podréis verle, porque hace un mes ha partido para Gdansk, desde donde ha de ir á Krolevets y de allí á la frontera, para defender el territorio contra los asaltos del pérfido Vitoldo.

Matzko se entristeció al oír tal noticia, y Lichtenstein dijo:

—Paréceme que deseáis con gran afán ver al Maestre.

—Sí, mucho,—murmuró el anciano, quien después de una pausa, preguntó:

—La guerra con Vitoldo, ¿ha empezado ya?

—El la comenzó cuanto, contra todo lo jurado, ayudó á los rebeldes.

—¡Dios dé á la Orden lo que merece!—exclamó Matzko.

Y pensando en lo difícil que era hallar á Zbishko y salvarle, murmuró:

—¡Pobre muchacho!

V

Era evidente que habiendo el gran Maestre abandonado á Malborg para luchar contra Vitoldo, Zbishko no había permanecido en la ciudad.

Matzko, que tenía el carácter muy resuelto, decidió enterarse detalladamente de cuanto ocurría y emprender al punto el viaje.

Lichtenstein, que quería ganarse la voluntad de la princesa Alejandra, escribió una carta para el gobernador de Brodnitzki y otra para el gran Maestre.

Matzko le regaló una hermosa copa de plata cincelada.

El chequeo se asombró de tal generosidad; pero el señor de Bogdanetz le explicó:

—Me ha prestado un servicio y trato de recompensarle;

mi costumbre es portarme bien con los que obran bien conmigo.

—La copa es preciosa,—observó Glava.

—No te preocupes, que ya sé lo que me hago. Algún día lucharé con él y reconquistaré la copa y mucho más.

Matzko habló con Jaghenka acerca de lo que tenía que hacerse. Quería dejarla con Anulia en Plovtzk, pero ella deseaba ir á la corte de la princesa Ana, que odiaba á los templarios y quería á Zbishko.

Matzko titubeaba y la joven murmuró:

—Dios que lee en mi alma, sabe que cada día le rezo para que salve á Danusia y conceda la felicidad que merece á Zbishko; pero vos y Glava me habéis dicho que la joven no saldrá viva de mano de los templarios, y si esto sucediera...

El anclano estaba conmovido. Al cabo de un instante, Jaghenka añadió:

—Quisiera estar junto á Zbishko.

Matzko, con los ojos preñados de lágrimas, le dijo:

—Si Danusia muere, Zbishko no querrá verte siquiera.

—Yo no quiero que me mire, pero si estar cerca de él.

—Sabes que lo deseo de corazón, pero temo que sufra mucho.

—No,—murmuró Jaghenka sonriendo sardónicamente; —ni siquiera me reconocerá.

—¿Que no? ¡Oh!...

—Os aseguro que no; le diremos que soy Jasko y Zbishko no sospechará nada.

Al día siguiente pusiéronse todos en camino para Brotnizki, y si allí no sabían nada del Maestre, irían á Spichov.

Al cabo de diez días llegaban á Brotnizki.

La ciudad limpia y bonita tenía aspecto tranquilo y feroz. Cerca de la puerta había una alta horca de la que pendían muchos cadáveres, entre los que se veía el de una mujer.

En la torre del castillo ondeaba una gran bandera blanca con una mano roja en el centro.

Cuando el capellán leyó la carta de Lichtenstein, se vió y se deseó para complacer á los huéspedes.

Dijo que seis semanas antes había estado en Malborg, y que allí había visto á un joven caballero que asombraba á todos por su espléndido cinturón de oro, y por el valor demostrado en el torneo que organizó el Maestre antes de partir á la guerra.

Añadió que había sabido conquistarse el afecto de Ulrico De-Junghingen, hermano del Maestre, que le dió un pasaparte para ir á Oriente.

Matzko escuchaba con atención al narrador no dudando de que el joven valeroso era Zbishko.

Matzko pensó que era inútil ir á Malborg, porque su sobrino debía estar ya lejos de allí, pues si no encontraba á Danusia debería marchar á apartadas regiones.

Ordenó, pues, marchar á Tscitna. La noche era espléndida, mil y mil estrellas brillaban en el cielo. Durante el día, el tiempo fué casi primaveral; verdeaba la yerba en los prados, pastaba el ganado en la llanura, algunas manadas de búfalos atravesaban de cuando en cuando el camino, y había que dejarles el paso franco, pues de lo contrario lo hubieran pasado mal los viandantes.

Al llegar á Densborg estalló un tremendo temporal que les hizo detener unas horas.

Cuando Matzko vió las torres de Spichov, quiso ir en seguida al castillo; pero al pensar que Zbishko gemía en una prisión, le obligó á continuar hacia Tscitna, que venía á ser la gran mazmorra de la Orden.

El anciano tomó un guía. Jaghenka, Anulia y Glava cabalgaban en silencio.

—¿Tienes miedo de ir á Tscitna?—preguntó Matzko á la hija de Zich.

—No, porque Dios me protegerá.

—Los templarios no respetan á nadie y son traidores,

pero han muerto ya Godfrid, Rotgher y De-Danfelf; sólo queda un viejo asesino enviado del diablo; me dice el corazón que Danusia ha muerto á sus manos; por fortuna tenemos la carta de Lichtenstein.

—¿Cómo se llama ese viejo de quien habláis?

—Sifrido De-Love.

—Esperemos en Dios.

—Sí, esperemos.

—¿Y Danusia y Jurand?

—Temo que hayan muerto, y lo siento por el valeroso señor de Spichov; mucho sufrió en vida, y merecía un fin menos terrible, porque si ha muerto, murió de fijo entre crueles torturas.

—Cuando pienso en él, siempre me acuerdo de mi padre. También él ha muerto.

—Ya está en el cielo, porque no había mejor hombre sobre la tierra.

—Es verdad.

El guía interrumpió la conversación. Aproximándose á Matzko, con voz asustada, exclamó:

—Mirad, señor, quien viene,...

—¿Quién? ¿dónde?

—Allí. Parece un gigante.

Matzko y Jaghenka detuvieron los caballos, y vieron un hombre de colosal estatura.

—Es un gigante,—murmuró el viejo,—recuerdo que una vez ví uno parecido, que era el caballero de Tacev y luego ocurrieron cosas muy tristes.

—No va á caballo,—dijo Jaghenka,—no tiene armas; sólo lleva un bastón en la mano.

—Tantea el suelo con el bastón.

—Será un ciego.

Los viajeros se acercaron al desconocido, que bajaba despacio la colina. Era de alta estatura, faltábanle los ojos y la mano derecha. Los cabellos revueltos caían sobre sus hombros y tenía la barba inculta y blanca.

—Ni siquiera lleva un perro; no podemos dejarle sin auxilio; voy á ver si me entiende.

El desconocido, oyendo los pasos, levantó el bastón y se detuvo.

—¡Bendito sea el nombre de Jesús!—profirió Jaghenka; —¿entendéis el polaco, buen viejo?

El ciego, al oír aquella dulce voz femenil, se estremeció, temblaron sus miembros y cayendo de rodillas levantó ambos brazos al cielo.

—Levantáos, os auxiliaremos; ¿qué tenéis?

El viejo lanzó un grito inarticulado; Jaghenka, asustada, retrocedió. El, poniéndose en pie, hizo el signo de la cruz en el aire y pasó la palma de la mano por los labios.

La joven no comprendía y miró á Matzko, que dijo:

—Dice que le han arrancado la lengua.

—¿Os han arrancado la lengua?—preguntó con voz temblorosa Jaghenka.

El ciego hizo signos afirmativos con la cabeza, y después, mostrando su brazo sin mano, trató de decir por gestos que se la habían cortado.

—¿Quién os la cortó?

El anciano trazó una gran cruz en el aire.

—¡Los templarios!—exclamó Matzko.

El desconocido lanzó un sordo lamento.

—¡Cruelles! si supiéramos por lo menos de qué país es...

—¿Comprendéis lo que decimos?

El viejo hizo un signo afirmativo.

—¿Sois de este país?

El mudo movió la cabeza.

—¿De Masovia?... Dice que sí. ¿Qué hicisteis á los cruzados?

El rostro del anciano tomó una expresión de dolor tan profundo que todos se impresionaron, y hasta Matzko, que jamás lloraba, se enjugó una lágrima.

—¡Canallas!—murmuró,—de fijo que han sacrificado un inocente.

Jaghenka, poniendo algunas monedas en la mano del anciano, dijo:

—Oid, no os dejaremos, vendréis con nosotros á Masovia y encontraréis vuestra casa. ¡Ea! levantáos y venid.

El anciano estrechó los pies de la joven como para ponerse bajo su protección, y de repente su rostro se encolezó.

Había oído una voz de mujer y así quedó atónito al tocar los pesados zapatenes de guerrero que Jaghenka llevaba.

La muchacha, sin advertir aquel asombro, dijo:

—Pronto llegarán los carros y comeréis. Antes de ir á Masovia debemos detenernos en Tscitna.

Al oír aquellas palabras, el viejo se enderezó súbito. Su rostro sin ojos y sus contraídos labios le daban un aspecto horrible.

Su mano se agitó en el aire, como si quisiera impedir que alguien avanzara en aquella dirección y lanzó gritos salvajes y sofocados.

—¿Qué tenéis?—preguntó Jaghenka.

Glava, que estaba conversando con Anulia, al oír aquellos sonidos inarticulados, acercóse al viejo, y después de haber examinado su rostro contraído por el dolor, exclamó:

—¡Es él!

Matzko, Anulia y Jaghenka se estremecieron. La voz del techeque tenía un sonido lúgubre que hacía presentir una terrible noticia.

Glava, poniendo la mano sobre el hombro del mudo, preguntó:

—¿Venís de Tscitna?

El viejo indicó que sí.

—¿Habéis quizá buscado á vuestra hija?

El mudo tembló y su rostro se contrajo.

Glava, la joven y Matzko palidecieron.

—¡Jurand de Spichov!—dijo el techeque.

—¡Jurand de Spichov!—repitieron los demás.

El pobre mutilado vaciló y cayó.

El dolor, la impresión recibida, la falta de alimentos, habían agotado sus fuerzas.

Era el décimo día que iba errante por los caminos, hambriento y sin guía.

Sin poder preguntar por su camino, solamente podía recibir algún trozo de pan de las personas caritativas, porque la mayoría le tomaba por un malhechor que huía de la justicia.

Algunos días sólo comía hierba, y de fijo hubiese muerto de hambre á no haber topado con la comitiva de Matzko.

La voz de Jaghenka le recordó la de su querida hija, por la cual se había sacrificado en vano.

El tcheque y Matko acomodaron al viejo sobre la paja y las jóvenes se esmeraron en hacerle volver en sí.

Luego, tomando alimentos y vino, se adormeció.

Matzko preguntó á los demás lo que debía hacerse,

—Creo que debemos llevarle á Spichov, para librarle de todo peligro.

—Sí, no debemos perder tiempo, para lo cual, poniéndole en un carro, un siervo le guiará hasta su castillo.

—Nos podrá dar muchas noticias de Zbishko y Danusia.

—¿Y cómo, si no tiene lengua?

—Aunque no habla, ya le entenderemos.

—Es verdad,—contestó Glava.

—Le llevaremos con nosotros,—dijo Matzko.

Durante el viaje, Jaghenka se acercaba al carro de Jurand para ver si éste dormía aún.

—No le reconociera,—decía Matzko,—y no es de extrañar, porque hace poco era robusto como un toro y hubiese podido luchar con Zavischia; pero ahora parece un esqueleto.

—En Masovia decían que los templarios se encarniza-

ron contra él, porque no podían creer que un caballero de un pasado tan glorioso pudiera rebelarse contra ellos.

—¡Menos mal que Zbishko está vengado! Mi sobrino venció á uno de sus verdugos y le dió la muerte.

—¡Dios también le vengará!—murmuró Jaghenka.

Matzko preguntó al tcheque:

—¿Cómo pudiste reconocerle?

—Me costó trabajo, porque le conocí afeitado y con el pelo negro, y seguramente no creyera que era Jurand si no notara la expresión de terror que se pintó en su rostro cuando Jaghenka preguntó si volvía de Tscitna.

—Cuando Janush sepa lo que le ha ocurrido á Jurand, no dejará impune tanta barbarie.

—Los templarios negaron que fueran ellos los verdugos. Por ventura no negaron el rapto de Danusia. Igualmente dirán que Jurand fué mutilado luchando.

—Tienes razón; negarán eternamente; mas vendrá una guerra terrible y entonces triunfará la justicia.

—Vitoldo ..

—Es un príncipe poderoso,—interrumpió Matzko,—y no se dejará engañar por la astucia de los templarios, porque también él es avisado y socarrón.

—Hay que temerle cuando empuña la espada y más ahora que tiene toda la razón de su parte.

—¿Con todo el mundo es inexorable?

—No; sólo con los templarios: con los demás es bueno y generoso. Zbishko debe ir á encontrarle y así será más fácil vengar la ofensa.

Matzko y Jaghenka continuaron hablando de Jurand y de su triste muerte, de la muerte de su mujer y del rapto de su hija.

El señor de Bogdanetz y Glava comprendían que hasta la libertad, en la miserable situación en que se hallaba, no era sino un refinamiento de crueldad por parte de los templarios.

Los viajeros habían llegado á la posesión de Spichov, de la que cuidaba el viejo Tolima en compañía del sacerdote Kaleb, quienes recibieron con gran júbilo á Matzko y demás compañeros.

La llegada de Jurand se difundió rápidamente y cuando los guerreros vieron á su viejo amo, lanzaron un grito de ira y de piedad. Si en aquel instante hubieran guardado un templario en los subterráneos del castillo, nadie hubiera podido evitar que los soldados de Jurand vengaran á su jefe. Este, fué llevado á su alcoba, y con él quedó Kaleb, que le amaba como á un hermano querido.

Matzko y Jaghenka fueron á otra habitación del castillo para descansar; después de algunas horas, el señor de Bogdanetz, llamó á Tolima.

—Soy el tío de Zbishko, que es el heredero de Jurand, le dijo, en tanto que mi sobrino no vuelva, yo mandaré aquí.

Tolima inclinándose contestó:

—¿Sois el noble caballero de Bogdanetz?

—Sí; por qué me lo preguntáis?

—Porque deseaba saber noticias vuestras el señor Zbishko.

—Zbishko está en Spichov?

—Partió hace dos días.

—De dónde venía? A dónde vá?

—Venía de Malborg, pero no dijo á donde vá.

—Es posible?

—Quizá lo sepa el capellán Kaleb.

—Dónde está?

—Junto á la cama del amo.

—Que venga.

—Bien.

—Yo iré á buscarle.

En aquel instante, entró Jaghenka.

—Zbishko ha estado aquí, se apresuró á decir Matzko.

La doncella palideció.

—Y ha marchado?

—Hace dos días; quizá sepa Kaleb donde está.

—Vamos á verle.

El sacerdote compareció entonces, y creyendo que Matzko deseaba saber de Jurand dijo:

—Aún duerme.

—Me han dicho que Zbishko ha estado aquí.

—Sí, y se fué.

—Para ir á...

—Ni él mismo lo sabía; pero tal vez ha ido á la guerra que ha estallado en la frontera de Shmud.

—Decid, decid.

—No sé más que ha estado en Malburg y que se hizo muy amigo del hermano del Maestre que le dió permiso para visitar los castillos.

—Para buscar á Jurand y á Danusia?

—No, porque á Jurand, le cree muerto.

—Continuad.

—Dejadme respirar porque hace pocos minutos que he vuelto del otro mundo.

—Del otro mundo?

—Sí, del mundo de la oración, donde invocaba la clemencia de Jesús.

—Esperáis un milagro?

—Dios es omnipotente.

—Oh, sí; pero es difícil que restituya á Jurand todo lo que le quitaron los templarios.

Kaleb no contestó. Sus ojos fijábanse en una cruz roja de madera en la cual se veía la imagen del Salvador.

Después restregándose los ojos, dijo:

—Interrogadme.

—Como pudo Zbishko conquistar la simpatía del gobernador?

—Ya no lo es.

—Poco importa.

—Sabed que Ulrico gusta mucho de los torneos; combatió con Zbishko, porque el gran Maestre, había organizado una justa. La cincha del caballo de Ulrico se rompió, y vuestro sobrino, en vez de aprovecharse de aquel accidente, bajó la espada.

—Siempre noble!

—Zbishko contó á Ulrico su dolorosa aventura, y este, le hizo una carta para que el gobernador de Tscitna enviara á Malborg todos los prisioneros, sin excluir á Jurand. El gobernador contestó que el señor de Spichov había muerto á consecuencia de las heridas, y le envió á los demás prisioneros, entre los cuales estaba la muchacha que hacen pasar por Danusia.

—Glava me ha hablado de ella, refiriéndome lo que ha dicho Rotgher, antes de que Zbishko lo matara.

—Lo mismo ha dicho el gobernador al Maestre.

—Y lo ha creído?

—No del todo, pero como nadie sabía nada de cierto, se creyó lo más conveniente que Zbishko fuese á Tscistna.

—Y fué Zbishko?

—Ya lo creo.

—Y que dijo, después de ver lo inútil de su visita?

—Dijo que Danusia fué muerta por el viejo De-Love, y ha jurado buscarla hasta que muera.

—Dijo eso?

—Sí.

—Entonces debe haber partido al teatro de la guerra.

—Así parece. Quiere ir á ofrecer sus servicios á Vitoldo, pues cree que podrá ayudarle más que el mismo rey.

Matzko volviéndose á Jaghenka la dijo:

—Lo que yo predije resulta cierto.

—Zbishko espera, dijo Kaleb, que Vitoldo vaya á Germania, para poder asaltar los castillos alemanes.

—Ahora ya sabemos donde hallar al joven.

—Marchemos al punto, exclamó Jaghenka.

—Chitón; las muchachas no deben hablar.

La joven comprendió que no debía dejar adivinar su sexo.

— Probablemente encontraremos á Zbishko, mas quisiera saber, si además de los penachos alemanes, desea encontrar alguna otra cosa.

— Quien sabe.

— Si supiera que el capellán de Tscitna, ha vuelto al castillo iría á interrogarle; tengo una carta de Lichstentein que me evitará todo riesgo.

— Creo que estará en el castillo.

— Bien; marcharé con Glava y dos siervos y volveré presto; vos, Kaleb, escribidme una carta para el capellán que dará más crédito á ella, que á mis palabras.

— Ciertamente.

La carta quedó escrita, y al día siguiente, al apuntar el alba, Matzko marchó á Tscitna.

VI

Jurand, cuando se despertó tomó entre sus manos el cobertor de la cama, y se mostró asombrado de encontrarse en el lecho.

Kaleb le abrazó diciendo:

—Estás en Spichov, Jurand, entre tus amigos! Dios te ha concedido el favor inmenso de que unas personas caritativas te encontraran.

Y el sacerdote con voz conmovida le contó cuanto había ocurrido.

Tan grandes eran las tinieblas que durante unos días habían cubierto el espíritu del castellano de Spichov, tanto el dolor experimentado y tanta la angustia padecida, que durante unos momentos permaneció como alelado, sin comprender lo que decía su amigo el capellán.

Este, le dijo que en la antecámara había varios fieles súbditos suyos, que al saber su llegada, se habían apresurado á venir al castillo para saludarle.

—¿Quieres que entren, Jurand?

El mudo, hizo un signo afirmativo y ardientes lágrimas brotaron de las cuencas vacías de sus ojos.

Momentos después, entraban aldeanos y guerreros; se

acercaron temblando al lecho donde yacía Jurand, y al contemplar sus facciones demacradas, sus brazos descarnados, las horrendas mutilaciones padecidas, prorrumpieron en gritos de lástima y venganza.

—A Tscitna!

—A Tscitna!

—Venganza! venganza!

—Muerte al castellano de Tscitna!

—Mueran los templarios!

—Destruyamos la Orden.

—Asémosles dentro de sus huroneras!

—Mueran, mueran!

—Hijos míos! interrumpió Kaleb, calmaos!

El herrero de Spichov, se acercó al lecho de Jurand y gritó:

—Como os han puesto pobre jefe mío! permitid que juntemos todas nuestras fuerzas, y que bajo el mando de Tolima demos el asalto á Tscitna.

—Sangre, sangre! repitieron todos.

—Venganza! venganza!

El herrero, hizo una señal y guerreros aldeanos y siervos, salieron silenciosamente, y se pusieron á conversar en el patio.

—¿Qué haremos pues?

—Vamos?

—No lo ha permitido.

—Deja la venganza á Dios. Su alma se ha purificado.

En el cuarto, solo habían quedado Tolima, Jaghenka y Anulia.

Jaghenka dijo:

—Dios os auxilie, caballero valeroso; nosotros somos los que os hemos traído aquí.

El rostro del mutilado se serenó.

Evidentemente se acordaba de lo ocurrido en el camino, y puso la mano sobre su corazón en acción de reconocimiento.

La joven, habló del encuentro, y luego de la marcha de Matzko para Tscitna.

Jurand al oír aquel nombre demostró gran inquietud pero Jaghenka le tranquilizó demostrándole que Matzko era muy precavido y avisado y que además llevaba una carta de Lichstentein, que debía servirle de salvoconducto.

Jurand, oía atento, comprendiéndose que de buena gana hubiera preguntado algo.

La muchacha añadió:

—Poco á poco os contaré cuanto ha ocurrido.

Jurand la bendijo. El desgraciado experimentaba gran consuelo oyendo las palabras afectuosas de la joven, y cuando no oraba, se entristecía si no estaba á su lado.

Jaghenka, no se hacía rogar nunca para ir á visitar al enfermo, porque era muy compasiva y amaba ya al pobre mutilado.

Habían transcurrido cinco días de la partida de Matzko, y nada se sabía de él.

Jaghenka inquieta, iba á enviar gente en su busca, cuando se oyó un toque de trompa que anunciaba la llegada de un guerrero.

Entraron en el patio Glava y uno de los siervos.

Jaghenka le preguntó:

—Dónde está Matzko?

—Ha marchado para unirse al príncipe Vitoldo y os ordena que permanezcáis en el castillo.

VII

Jaghenka aunque de mala gana, se conformó á quedarse en Spichov, y cuando el tcheque estuvo descansado, la animó con frases afectuosas; Glava que apreciaba á su señora comprendía su deseo de tener noticias de Tscitna y la dijo cierto día:

—Tengo noticias por fin.

—De Zbishko?

—No; de Tscitna.

La joven le hizo seña de seguirla y cuando estuvieron lejos de la curiosidad de la servidumbre preguntó:

—Por qué Matzko nos ha dejado? Por qué debo permanecer en Spichov, por qué no ha vuelto ya?

—He vuelto porque esta fué la orden de Matzko.

—Qué habrá pasado? Quizá ha hallado á Danusia; quizá tiene malas noticias de Zbishko. Habla, habla presto.

El tcheque estaba confuso por tantas preguntas.

—Paciencia señora, contestaré á todo pero poco á poco.

—Ea, empieza. ¿Han encontrado á Danusia?

—No, pero es positivo que ha estado en Tscitna y que ahora se halla encerrada en algún castillo de oriente.

—¿Qué debemos hacer en Spichov?

—Si la joven parece, nada.

Jaghenka se mordió los labios. El tcheque prosiguió:

—Creo que Danusia no escapará de manos de los templarios. Cuando llegamos á Tscitna, el capellán interrogó al verdugo que ha confesado...

—Pero si es mudo.

—Sí, pero se esplica bien por signos y el sacerdote le entiende como si hablara. El ha sido quien cortó la mano á Jurand, quien le arrancó la lengua, quien le abrasó los ojos; es un hombre capaz de toda ferocidad, con tal de que no se trate de una mujer; tenía una hija que adoraba y que los templarios...

Glava no acertaba con la frase adecuada á lo que quería expresar.

Jaghenka lo advirtió y repuso:

—Qué me importa de el verdugo?

—Tiene relación con lo que nos interesa. Cuando mi amo mató á Rotgher, el anciano Sigfrido se enfureció y vendió su alma al diablo para vengarse. El verdugo ha contado que hablaba con el muerto como yo con vos, y que el muerto, dentro de su ataud, enseñaba los dientes y lanzaba gritos de alegría (1) dentro del ataud, porque el conde le prometió la cabeza de Zbishko. Pero como este, estaba muy lejos, Sigfrido ordenó torturar á Jurand y puso su lengua en el ataud de Rotgher quien la devoró con gran apetito.

—Me horrorizol exclamó Jaghenka santiguándose.

Glava añadió:

—Después de haber saciado al muerto con la carne humana, el conde, quiso sacrificarle también á la hija de Jurand, quizá porque también el muerto había pedido la sangre de un inocente; pero el verdugo se ocultó en la escalera de la torre y esperó á Sigfrido, quien al verle apare-

(1) Nos parece que no estaría muerto.—N. del T.

cer en la oscuridad, le tomó por el diablo, y sintió tal terror que cayó desmayado.

Al volver en sí, no se atrevió á matar á la hija de Jurand.

—Y la ha alejado?

—Sí, junto con el verdugo. El sacerdote terminó diciendo que Sigfrido, no matará á Danusia, que tiene en el verdugo un potente defensor.

—Y el capellán sabe dónde está la joven?

—No. Ha oído decir que en Ragneta que es un castillo de Littuania.

—Y Matzko qué dice?

—Que procurará hallar á Danusia y que es necesario decírselo á Zbishko á fin de que los templarios no hagan con ella lo que con Jurand.

—Sí, pero no apruebo lo que habéis decidido porque hubiéseis podido hacer que fuera yo más útil á Zbishko.

—En caso de que debiera marchar á Zgogelitz, querriais acompañarme?

—Sí.

El techeque besó la mano á su ama y le dijo:

—Permaneced en el castillo, porque Dios protege á los huérfanos.

—Sí.

—Y si enfermárais?

—Pediré á Dios que salve á Zbishko y os conserve á todos la salud,

Diciendo esto rompió en llanto.

—Sois un ángel, murmuró el techeque.

—Jaghenka fué al cuarto de Jurand que estaba en compañía de Kaleb, Anulia, Tolima y una loba domada.

Un siervo cantaba los combates de Jurand acompañándose con su laud.

Jaghenka, al entrar, exclamó:

—Bendito sea el nombre de Jesús.

—Amén.

Jurand, que estaba sentado en un banco, inclinó la cabeza como saludando.

—Ha llegado Glava y dice que Matzko ha marchado á combatir junto á Vitoldo.

Después relató cuanto le dijera Glava, sin ocultar que Matzko esperaba encontrar á Danusia para conducirla á Spichov y que le encargaba que ella permaneciera en el castillo.

Su voz era triste y de cuando en cuando la cortaba un golpe de tos.

—Oís? dijo Kaleb.

Jurand indicó que sí. Era que el ruiseñor cantaba.

Un rayo de luna, penetrando por la ventana, parecía un espíritu divino que tomara forma para consolar á los mortales de su desgracia.

Jaghenka, conmovida por su dolor y por el desdichado Jurand, le estrechó cariñosamente la mano, anegada en lágrimas y dijo:

—Soy una pobre huérfana, Jaghenka de Zgogelitz que no se apartará de vos hasta que parezca Danusia.

Jurand la estrechó contra su pecho y ella añadió:

—Los alemanes han matado á mi padre y vos tal vez hayáis perdido por ellos á vuestra hija. Sin embargo espero que la hallaréis porque Dios es bueno y misericordioso.

—Bendito sea Jesús!

Kaleb que estaba conmovido es quien profirió esa exclamación.

La loba, que estaba acurrucada bajo el banco de Jurand, lanzó un aullido lastimero, como comprendiendo la solemnidad del momento.

SEPTIMA PARTE

I

Glava sentía por Jaghenka un amoroso respeto, y por Anulia gran simpatía, pero en el fondo de su alma dominaba el ardor guerrero.

Cuando volvió á Spichov por orden de Matzko, se congratulaba de ser el protector de las dos muchachas, mas, cuando le dijo Jaghenka que su presencia en Spichov no era necesaria y que debía reunirse á Zbishko, el tcheque no ocultó su alegría.

Pensaba que Matzko no era su verdadero amo, y que la voluntad de su señora debía anteponerse á la de aquél.

Además, Jaghenka, que conocía el valor de Glava, decidiólo á partir.

En menos de una hora se preparó para el viaje, y arrodillándose ante su ama, dijo:

—Permitid que me despida.

—¿Marchas hoy?

—Mañana al amanecer, porque Shmut está muy lejos.

—¿Podrás reunirte á Matzko?

—Será difícil, porque han marchado hace ya días. Deben estar ya en Germania y yo tendré que ir por la selva, pues no tengo salvoconducto como ellos. Yo no llevo más que ésto,—añadió poniendo la mano sobre la empuñadura de su daga.

—Sé prudente, porque desde que partas te incumbe una obligación sagrada: la de encontrar á Zbishko y salvarle. Guárdate de los espíritus del bosque.

—No les temo; les combatiré lo mismo que á los alemanes.

—¿Qué sabes de la guerra?

Glava dijo:

—La guerra es empeñada; muchos rumores han corrido, y hay que desconfiar de ellos. Bien lo sabe Matzko, que es muy listo. La guerra durará y será muy sangrienta.

—¿Y qué hace el príncipe Vitoldo?

—Durante mucho tiempo no quiso dar crédito á las fechorías de los alemanes, y les defendía; pero después ha visto que, efectivamente, eran crueles y asesinos, y ahora va á luchar contra ellos.

—Mi padre y Matzko le acusaban de inconstante.

—En lo bueno, no; pero cuando advierte el mal, busca al punto el bien.

—Dicen que ayudó á los rebeldes, y que por eso ha estallado la guerra.

—Ya ha estallado; los alemanes defienden la frontera, y esperan el invierno para caer sobre la ciudad, pues que entonces creen más fácil rendirla.

—¿Tomará parte el rey en la guerra?

—Creemos que sí.

Jaghenka murmuró suspirando:

—Un hombre es siempre más afortunado que una mujer. Ahora, por ejemplo, tú partes para la guerra, y yo debo permanecer inactiva en Spichov.

—Es el caso que también aquí puede correrse peligro.

—No lo creas; los alemanes no asaltarán el castillo, porque lo defiende el viejo Tolima:

—Es verdad.

—¿Enviarás noticias?

—Aprovecharé todas las ocasiones que pueda para hacerlo.

—Dios te recompense: yo te estaré reconocida mientras viva.

El tcheque, conmovido, murmuró:

—Deseo seros útil, señora; si así no fuera, os hubiera abandonado cuando el caballero Zich me ofreció la libertad.

—Gracias,—dijo Jaghenka tendiéndole la mano.

El tcheque le tocó los piececitos y murmuró:

—Soy vuestro fiel siervo; dadme algo como recuerdo.

—¿Qué quieres?—preguntó Jaghenka, asombrándose de la petición.

—Una cinta para llevarla en el brazo; cuando muera fijaré en ella mis ojos y me consolaré.

—Querido, no hables así; una cinta mía para nada te sirviera; es preciso ser feliz para infundir la felicidad en los otros, y yo no lo soy...

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas. Pensando que debía volver á Zgogelitz se desesperaba, y también aborrecía á Spichov, porque tarde ó temprano habían de volver Zbishko y Danusia.

Glava comprendió cuanto agitaba el corazón de la joven y experimentó honda pena.

—Levántate,—le dijo Jaghenka;—la cinta te la dará Anulia.

Diciendo esto, llamó á la joven camarera, que apareció al punto, quizás porque escuchaba detrás de la puerta. Su rostro estaba arrebatado y delataba la interna emoción.

Anulia se detuvo en mitad del cuarto. Glava sintió hervir su sangre. El hermoso rostro de la muchacha parecía el de un ángel coloradote.

El tcheque dijo:

—Parto para la guerra; quizás no vuelva nunca; ¿lo sientes?

—Sí,—contestó Anulia rompiendo en llanto.

Glava la besó amorosamente las manos, y si no hubiera sido por la presencia de Jaghenka, la hubiera besado también los ojos y la boca.

—Dale algún recuerdo,—dijo la hija de Zich.

Anulia, que iba vestida de paje, no tenía cintas ni lazos, y sus vestidos de mujer estaban en el equipaje.

Jaghenka la aconsejó que diera á Glava la redecilla de su cabellera.

—¡Sí, la redecilla!—exclamó el tcheque alborozado.— ¡Guay del alemán que intente arrancármela!

Anulia soltó sus hermosos cabellos y entregó á Glava la redecilla; él la tomó, la besó y la ocultó en el seno; después, y una vez hubo besado las manos de ambas jóvenes, salió de la estancia exclamando:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Durante la noche no pudo pegar los ojos, y de buena gana hubiera querido acercarse á la ventana del cuarto donde dormía Anulia, pero se lo impidieron Kaleb y Tolima, que quisieron darle los postreros consejos para el viaje.

—En la corte de Janush,—dijo Kaleb,—hallarás á Matzko, para unirte á Zbishko no pases por Shmud sino por Lithuania. Sé prudente y que Dios te bendiga; yo rogaré por tí y por Danusia.

—Gracias, padre; pero creo que será difícil arrancar la presa de las garras de sus raptos.

—¡Oh! sí; mi corazón tiene fatales presentimientos. Cuando Jurand habla de su hija señala al cielo, como si ya la viera allí.

—No la puede ver, porque no tiene ojos.

—Sucede á veces que el hombre pierde la vista y ve,

sin embargo, lo que los otros no pueden ver,—dijo gravemente el capellán.

—Dios defiende á los inocentes. ¿Qué daño ha causado Danusia á los templarios?

Diciendo ésto, extendió la mano y marchó á la capilla para celebrar el incruento sacrificio.

El tcheque montó á caballo, soltó las riendas y partió al galope.

II

El príncipe Janush, la princesa y una parte de la corte estaban en Cersk dedicadas á la pesca de primavera, diversión que agradaba mucho á todos.

Glava supo por Nicolás de Dlugoliass muchas noticias así de la guerra como de la corte.

Matzko había marchado directamente hacia Shmud, cuyos habitantes guerreaban contra los alemanes, ayudados por el príncipe Vitoldo.

Este, lo mismo que los templarios, había enviado embajadores al papa, á los príncipes y á los soberanos, quejándose mutuamente de la conducta de sus adversarios, y atribuyéndose toda suerte de infamias.

Celebróse en Vilna una gran asamblea para decidir la

conducta que habían de seguir los polacos, y como triunfara la idea de solidaridad entre todos los pueblos de la gran raza polaca, empezaron á temer los templarios que Janusk y Jaghellon defendieran la causa de Vitoldo, á pesar de los manejos del gran Maestre, que procuraba atraer á su causa, por medio de ricos presentes, á cuantos nobles sabía que tenían influencia cerca del soberano de Cracovia.

Las noticias eran graves, la Orden se preparaba febrilmente para la guerra; por todas partes se construían fortificaciones, se repasaban murallas y se juntaban armas y caballos. Grupos de infantería y de ginetes entraban á sangre y fuego en diversas poblaciones de Lithuania, causando grandes estragos.

Vitoldo había tomado Semud bajo su protección, enviando en su auxilio un destacamento de soldados bajo las órdenes de Skirvoillo, renombrado por su valor. Este destruía cuanto hallaba á su paso, quemando y saqueándolo todo. Semud fué fortificada, y la ciudad de Kovmo destruída para que no sirviera de refugio á los alemanes. Decíase que al empezar el verano Jaghellon tomaría parte en la guerra, y que los alemanes que ahora eran invasores, serían rechazados á su país.

El pueblo de Semud se quejaba, sus cartas y manifiestos se leían en la corte del papa y en las de Cracovia y Praga. Una de estas cartas decía: «¡Oh! pueblos, ¡oh! príncipes; oid nuestras quejas; nacimos libres y fuertes, y la Orden quiere reducirnos á ser débiles y esclavos. Fuimos ricos y somos pobres, porque de todo nos despojó la rapacidad tudesca. Deseamos el triunfo de la ley de Dios, pero no la de sangre y fuego; anhelamos un gobierno parecido al de Jaghellon ó al de Vitoldo.

»Ayudadnos, ¡oh! poderosos de la tierra, y librad nuestros rebaños, nuestras propiedades, nuestras vidas de las garras de nuestros adversarios, que roban y asesinan á nuestros hijos y agravian á nuestras mujeres.

»Hombres somos, é imploramos el bautismo del papa, un bautismo de agua, pero no de sangre.»

Tales eran las quejas de los habitantes de Semud.

En la carta de Masovetz, los caballeros decidieron prestar su ayuda á los oprimidos sin pedir siquiera permiso á Janush, porque la princesa era hermana de Vitoldo.

Bronisk dijo que algunos nobles que habían caído prisioneros de los alemanes, se suicidaron para no soportar las crueldades de los templarios; Glava alegrábase al ver que el ánimo de todos estaba dispuesto para la guerra. Pensaba que cuantos más guerreros fueran á engrosar las huestes de Vitoldo más fácil sería vencer á los alemanes, y creía que muy pronto podría ver á Matzko y á Zbishko. El tcheque anhelaba ver nuevas tierras y ciudades, y sobre todo, deseaba admirar con sus propios ojos al príncipe Vitoldo, cuya fama llenaba el orbe entero. Glava decidió seguir la carretera sin dar rodeos inútiles. Bronisk y los otros lituanos conocedores del terreno le guiaban, alistando por el camino á gran número de hombres que, llenos de entusiasmo, deseaban combatir contra los aborrecidos caballeros de la Orden.

III

En la selva cercana á Kovno estaban acampadas las tropas de Skisvoillo de modo que, si fuese preciso, lo mismo podían invadir el territorio alemán, que defender el propio.

Entre aquellas tropas, halló Glava á Zbishko y Matzko que habían llegado dos días antes.

Después de saludarse recíprocamente, el tcheque se fué á dormir porque se hallaba rendido, y al día siguiente, procuró congraciarse con Matzko, quien le recibió con desagrado, porque contra sus órdenes había salido de Spichov.

Zbishko, defendió al tcheque, pensando que era Jaghenka quien le había obligado á marchar junto á ellos, y Glava añadió que no había ido tanto para guerrear como motivo del deseo de enviar noticias á Spichov.

—La señora,—dijo,—no se cuida siquiera de su propia felicidad, y ruega de continuo por la salvación de la hija de Jurand. Si sus oraciones son escuchadas, tengo para mí que sería conveniente advertirla con tiempo, para que abandone Spichov, antes de que llegue allí Danusia.

Matzko á quien no gustaron aquellas frases repuso:

—Eso no es cuenta tuya.

Glava, añadió:

—Mejor fuera que la señora se quedase en Zgogelitz; para nada ha servido su viaje, y nosotros la habíamos iluminado diciéndole que la hija de Jurand había muerto.

—Tú fuiste quien lo dijo; yo la llevé conmigo, porque temí que Chtan y Vilko la injuriaran.

—Así fué en apariencia pero en realidad vino con vosotros, porque vos deseabais que si Danusia hubiera muerto, Jaghenka consolara al señor Zbishko.

—¿Quién te mete á tí en camisa de once varas? ¿Crees acaso que eres un caballero? Eres un siervo.

—Sí, de Jaghenka, y solo trato de favorecerla.

En realidad, Matzko no estaba contento de lo que había ocurrido, y pensaba que si Danusia comparecía, la situación de la hija de Zich, sería tremenda, si en Spichov se encontraba con la feliz pareja.

Las palabras del techeque eran verdaderas; pero Matzko no quiso que un siervo le diera lecciones y replicó:

—Sueñas ó mientes; tu señora fué la que me quiso seguir.

—Insistió porque nosotros le habíamos dicho que sus hermanos estarían más seguros ausentándose ella, y que la hija de Jurand...

—Tú fuiste el inventor de todo,—interrumpió Matzko encolerizado.

—Sí, culpa mía fué, pero hemos de procurar remediarla.

—¿De qué modo? La guerra no estallará verdaderamente hasta Julio, porque los alemanes, luchan únicamente en verano ó en invierno. El príncipe Vitoldo, ha dispuesto ahora ir á Cracovia para presentarse al rey y pedirle ayuda.

—Cerca están algunos castillos de la Orden, si asaltáramos alguno, podríamos hallar á Danusia ó tener noticias suyas.

—Imposible.

—Sigfrido la trajo aquí; lo dijeron en Tscitna y en otros puntos.

—He visto por aquí cerca algunos castillos pero para tomarlos no tenemos mas que hombres armados de palos y de espadas mohosas.

—¡Pero dicen que son valerosos!

—El valor y las manos no bastan para tomar una fortaleza.

Interrumpió el coloquio la llegada de Zbishko y de Skirvoillo; era este de mediana estatura, anchos hombros, pecho fuerte y brazos musculosos. Sin desmerecer un ápice se le podía comparar á Cindarm de Mashkovitz, el gran caballero que Matzko y Zbishko conocieran en Cracovia.

Skirvpillo, era gran militar, pues pasó su vida entera combatiendo á los tártaros en Rusia y á los alemanes á quienes odiaba.

Durante aquellas guerras aprendió el ruso, y en la corte de Vitoldo, el polaco.

De alemán sólo sabía tres palabras: «fuego, sangre, muerte».

—Discutimos de la guerra,—dijo Zbishko—y desearíamos conocer vuestra opinión.

Matzko ordenó á los siervos que trajeran miel y preguntó:

—¿Queréis dar un asalto?

—Sí;

—¿Dónde?

—A los castillos alemanes.

—¿A cuáles?

—Al de Raghnetta y al de Kovno.

—No conozco este país; ¿están muy lejos esos castillos?

—No, relativamente cerca.

—¿Y Raghnetta dónde está?

Skirvoillo indicó con la mano unas montañas que se veían á lo lejos y dijo:

—¡Lejos, muy lejos!

—Mejor,—dijo Zbishko,—porque así, los enemigos no podrán socorrerse fácilmente.

—Es verdad,—observó Skirvoillo.

Matzko, preguntó:

—¿Creéis fácil, tomar el castillo?

El gran capitán hizo un gesto negativo y Zbishko, dijo:

—Solo en caso muy afortunado podremos tomarlo, pero, de todos modos, destruiremos y quemaremos la ciudad y haremos muchos prisioneros. Creo que debemos partir en seguida.

Matzko se adhirió á la proposición de Zbishko; la esperanza de coger muchos prisioneros le entusiasmaba.

Skirvoillo se apretó la cabeza entre las manos y después de un corto silencio dijo:

—¡A Kovno!—y salió de la tienda.

Matzko y Glava, miraron á Zbishko quien á su vez sostuvo sus miradas.

El anciano dijo:

—Es muy original el capitán.

—Ya lo creo. Pero todos son iguales en este país; preguntan la opinión ajena, y luego no la siguen.

—Entonces ¿por qué nos ha interrogado?

—Porque somos caballeros y usamos espuelas de oro.

—Me ha parecido hombre de disposición,—dijo Glava.

—Vamos,—murmuró Zbishko.

—Preparémonos para la marcha.

Los guerreros salieron de la tienda.

La noche era oscura y silenciosa, solo se oía el chisporroteo de las hogueras, á cuyo alrededor se apiñaba el pueblo de Semud.

IV

Para Zbishko y Matzko, que habían combatido ya á las órdenes de Vitoldo, el país lithuano no tenía nada de particular, pero para Glava, ofrecía un aspecto estrañísimo, pues comparaba á los habitantes de aquellas tierras con alemanes y polacos.

El campamento, veíase rodeado de bosques y pantanos, y por lo tanto estaba al abrigo de sorpresas.

Para Skirvoillo y sus ayudantes se construyeron cabañas, pero los soldados, dormían al aire libre, junto al fuego, cubiertos con gruesas pellizas.

Aun cuando era ya de noche, pocos dormían, porque habían dormido mucho durante el día.

Algunos estaban tendidos, y otros, acurrucados junto al fuego, contemplaban como se asaban las carnes y frutas que eran la comida habitual de los lithuanos.

Los caballos, pacían libremente, y sólo los de los capitanes, estaban vigilados por algunos siervos, que les impedían alejarse de las tiendas de sus respectivos dueños.

El techeque los contemplaba absorto, al ver su pequeña talla y su pelo áspero y erizado.

—En este país, no hay grandes caballos,—decía Matz-

ko,—porque se hundirían, siendo el terreno tan pantanoso.

—En el momento de la lucha, deben sucumbir al ímpetu de los caballos alemanes,—observó el tcheque.

—Es verdad, pero en cambio, no hay caballo alemán que pueda alcanzar á uno de estos, que son más veloces que los de los mismos tártaros.

—También los tártaros son enjutos de carnes y de baja estatura,—replicó Glava.—En cambio aquí los soldados son robustos y pesados.

Efectivamente, á la luz rojiza de las hogueras, se veía perfectamente la alta estatura de los soldados que eran muy robustos á causa sin duda de la mayor fertilidad del suelo.

Skirvoillo, y los otros señores, siguiendo el ejemplo de Jaghellon y de Vitoldo, habían recibido el bautismo, eran cristianos, deseaban serlo muchos otros pero no por mano alemana, porque hasta la cruz les era odiosa, presentada por los feroces opresores de su raza.

Glava, que estaba acostumbrado á oír las canciones y á escuchar los chascarrillos de los soldados en los campamentos se estrañaba al observar la quietud que reinaba en el suyo.

Los guerreros, envueltos en pieles de animales, parecían fieras peludas meditando una atrocidad; pero sus rostros no demostraban avidez de sangre.

Zbishko dió órdenes á algunos soldados, y luego volviéndose á su escudero, dijo:

—Ahora que ya has visto el aspecto que presenta esto, volvamos á nuestra tienda.

—No me ha placido mucho la visita, porque me ha parecido observar un abatimiento general.

—Esto, se debe á la mala dirección de Skirvoillo; ha sufrido ya una derrota y ahora, parece ir en busca de otra.

—No sé como no comprende que con estos soldados es

imposible vencer á los alemanes; es un pueblo poco apto para la guerra.

—Te engañas; es muy valeroso, pero lo que le falta es disciplina y buena dirección. Por eso, es difícil que puedan luchar con ventaja contra los alemanes que están mejor organizados.

—Asaltar castillos con esa gente, es imposible.

—De momento sí, porque carecen de armas, pero cuando llegue el príncipe Vitoldo cambiarán las condiciones.

Mientras hablaban así, iban andando los dos hombres, y llegaron junto á su tienda, ante la cual, ardía un buen fuego en el que se asaban grandes trozos de carne.

Zbishko y Matzko, comieron, y también lo hizo Glava.

Después se acostaron todos, con intención de dormir. Matzko, que no conseguía conciliar el sueño, preguntó:

—Dime, Zbishko, ¿por qué has propuesto ir á Raghnetta que está tan lejos?

—Tengo la convicción de que allí está Danusia.

—Tiempo te acuerdas de esa muchacha.

—Es mi esposa.

Matzko no replicó; pensaba que, si Danusia, no hubiera sido mujer de su sobrino, hubiera podido disuadir á éste de buscarla, pero ahora era deber suyo entregarse á tales pesquisas aun cuando debieran resultar estériles.

El viejo propietario de Bogdanetz, siguiendo el curso de su pensamiento, murmuró sin advertirlo:

—¡Su mujer!—y luego preguntó:

—¿Sabes algo de ella?

—No, lo cual me irrita mucho.

Glava escuchaba atentamente. Matzko le dijo:

—Ya que no tienes sueño; podrías contarnos lo que te ha ocurrido desde que saliste de Malborg.

Zbishko, reflexionó unos momentos y luego dijo:

—He visto en Malborg la potencia infinita de la Orden sostenida por el rey y por el pueblo y casi invencible. He visto un castillo digno del César romano, armas espléndi-

das, guerreros afamados y me he preguntado... «¿Quién podrá vencer á esos; quién podrá rebelarse contra su yugo?»

—Nosotros, — dijo Glava.

Matzko, que se había impresionado algo por las palabras de su sobrino, exclamó:

—Muchacho, ¿no te acuerdas de Vilna? ¿No nos batimos entonces con ellos? Quedaron dispersos, vencidos, aniquilados; ¿por qué temes tanto?

—Son muy fuertes, y...

—¿Quizá los polacos no lo son?—interrumpió Matzko.
—La supremacía de los templarios está basada únicamente en la perfidia. Nuestros príncipes cuando necesitaban auxilio les socorrieron, y los templarios, á semejanza de las avispas, que toman fuerza con el calor, muerden ahora la mano que les ha socorrido. Pero aun cuando todos los poderosos del mundo les ayudaran, el día de la justicia llegará.

Zbishko, enfadado repuso:

—Me habéis pedido que contara lo que he visto, y ahora os incomodáis, más vale callar.

—No has visto á veces en la selva que un pino alto y recio, fuerte en la apariencia, cae al suelo herido por el hacha y muestra su interior vacío y carcomido, así la Orden... Continúa la relación. ¿Es verdad que te has batido en el torneo?

—Sí, los templarios me recibieron con altivez porque sabían que maté á Rotgher, y si no les hubiese enseñado la carta de De-Lorsh, de fijo que lo paso mal. Cuando llegué, se celebraban fiestas y torneos. El hermano del Maestre, quiso luchar conmigo, y yo, más que por la fuerza de mi brazo, con la ayuda de Dios, le vencí cortesmente, y él, agradecido, me ha otorgado su protección y me ha dado orden para libertar á Damusia.

—Me han dicho que Ulrico, estaba á tu merced y no quisiste herirle.

—Así fué en efecto; tenía la lanza enristrada, pero, la levanté y no le herí. Como Ulrico es un noble caballero, y cómo habían presenciado el acto, muchas damas y caballeros, se mostró luego agradecido.

Callo Zbishko, y luego cogiendo con la mano un gran trozo de leña, la echó al fuego, después añadió:

—Si esa gente cree, que soy capaz de olvidar á mi esposa, se equivoca; por libertarla seré capaz de ir al fin del mundo.

Glava y Matzko miráronle, comprendiendo la amargura que el joven sentía en su alma.

—Cálmate,—dijo el anciano á su sobrino, al ver que éste no cesaba de echar leña al fuego;—dinos si te ha servido de algo la carta de Ulrico.

Zbishko, con lágrimas en los ojos, contestó:

—Delante de mí, se abrieron las puertas de castillos y prisiones, dudé quiera que he buscado y he indagado, pero al estallar la guerra, el gobernador de Gherdav, se negó á dejarme visitar ciudad y castillo, alegando que la carta había sido escrita en tiempo de paz é hizo que me arrojasen de la fortaleza.

—¿Y luego?

—En todas partes me ha ocurrido lo mismo. En Crolev, el Komptur, no quiso siquiera leer la carta del Maestre, y me aconsejó que me fuera antes que mi cabeza quedara separada del tronco.

—Comprendo porque viniste aquí, así por lo menos podrás vengarte.

—Sería preciso hacer muchos prisioneros; pero los soldados que tenemos, no me parecen muy aptos para ello.

—Ya vendrá Vitoldo, y entonces...

—Siquiera llegase pronto...

—No tardará mucho; y hasta el rey quizá con sus ejércitos, tomará parte en la lucha.

Skirvoillo apareció entonces, y con voz firme y resuelta, dijo:

—Marchamos.

Los caballeros se pusieron en pie. Skirvoillo, murmuró:

—Algunos soldados, marchan en socorro de Kovno, debemos apoderarnos de ellos.

—¿Atravesaremos el Neman?

—Sí, y yo sé por donde puede vadearse.

—¿Saben los del castillo que vaya ese socorro?

—Sí, y vos deberéis hacerles frente.

El comandante supremo dió instrucciones á Matzko, á fin de que tomara sus medidas para vencer á la guarnición del castillo.

Se resolvió el sitio en que debía empezar la lucha, y después, Zbishko y Matzko, fueron á la cabaña de Skirvoillo, el cual, dió las órdenes precisas para levantar el campamento.

Los guerreros tomaron sus armas, y los caballos esparcidos por la llanura, galoparon al encuentro de sus dueños.

V

Al apuntar el alba, los soldados vadearon cerca de Neviadg; Matzko, Zbishko, Glava y otros polacos maravillabanse de la gallardía de las tropas; ninguno de ellos se quitó el uniforme, y una vez fuera del agua, se secaron todos al calor de los primeros rayos solares.

Después de un breve descanso, el ejército emprendió de nuevo la marcha, y por la noche, llegaron á las orillas del Neman que ofrecía grandes dificultades para su paso. Venía crecida la corriente y los caballos á duras penas podían vencerla.

Dos guerreros se ahogaron ante los ojos de Zbiohko y Glava que no pudieron salvarlos; un silencio de muerte reinaba entre los soldados, á los cuales, Skirvoillo, había mandado callar.

Poco á poco verificóse el paso, una parte de el ejército fué con Skirvoillo al encuentro de los soldados que iban á socorrer á la ciudad, y otra mandada por Zbishko y Matzko, se colocó en situación conveniente para evitar la salida de las tropas de la guarnición.

El día era espléndido y sereno; aún cuando una ligera neblina se levantaba de los charcos y pantanos; esa niebla

cubría la marcha del destacamento mandado por Zbishko que así podía adelantar, sin que el enemigo lo advirtiera.

—Si durara la niebla hasta mediodía,—dijo Matzko.

—Ahora vamos á torcer á la derecha, y daré orden á los soldados para que se oculten entre las yerbas.

—¿Como conoces el camino?

—Me lo han indicado algunos aldeanos.

—¿En que sitio nos esconderemos?

—Cerca de aquí.

—Muy bien, si nos acercamos demasiado, los soldados de la guarnición podrían advertir nuestra presencia.

—¡Ya lo creo!

—¿Hay algún aldeano que sea de fiar? Es preciso poner avanzadas.

—Ya lo he hecho.

—Dá orden á un grupo de soldados, para que custodien los senderos que conducen á los pantanos.

—Eso es muy importante, y he destinado á tal servicio los mejores guerreros.

Matzko miró á su sobrino con admiración, admirando el arte guerrero del joven y dijo:

—Eso se lo trae la sangre.

Glava que se alegraba, pensando en la próxima lucha, dijo:

—No sé como lucharán nuestros soldados, pero veo que marchan con gran orden; si Skirvoillo ha dispuesto bien el avance y situación de sus tropas, es seguro que haremos gran destrozo de alemanes.

—He dado orden de coger el mayor número posible de prisioneros, y que no se maten ni caballeros templarios ni escuderos ni frailes de la Orden.

—¿Por qué la tienes tanto odio? ¿para que quieres guardar muchos prisioneros?

—Para hacer canges.

Diciendo esto, espoleó el caballo y se alejó.

—El señor,—dijo Glava.—espera que su esposa esté viva y que pueda rescatarla.

—Quizá, sí, está viva, porque hasta los más feroces asesinos temen levantar su mano contra una mujer guapa y joven.

—Sí, pero á un templario...

—Es verdad que tienen corazón de lobo: pero, si Sigfrido no ha matado á Danusia en Tscitna, seguro estoy que la tiene encerrada en alguno de esos castillos.

—¡Si por lo menos pudiéramos tomarlo! Tengo un plan que consultaré al caballero Zbishko.

—Aunque tuvieses dos planes, maldito lo que podrías hacer con gente parecida.

Y al decir esto, señalaba á los soldados que avanzaban en desorden, unos a pie y otros á caballo, cubiertos con pieles de animales. Los que llevaban pieles de búfalo y de ciervo no se entretuvieron en quitar las astas y antes que hombres, parecían una manada de animales.

Glava quedó pasmado contemplandoles. Zbishko apresuraba la marcha cuanto podía, y en su rostro se leía el contento suyo al preveer la próxima lucha.

—Quizá podamos atacar á los alemanes por sorpresa, pero de todos modos, debé partir siempre de nosotros.

—Eso es,—murmuró Matzko.

Zbishko, mandó hacer alto; la niebla se disipaba lentamente, y el sol aparecía brillante y espléndido, anunciando un magnífico día de Mayo.

Glava, que se había tendido cerca de Zbishko, dijo:

—Si conseguimos desordenar á los alemanes, no podremos asaltar después el castillo?

—Sí, pero te imaginas que dentro de él, no habrá caballeros para defenderlo y que en derredor de el no circularan barcas con centinelas?

—Sí, pero los prisioneros que hagamos pueden servirnos de mucho para penetrar en la plaza. Yo conozco el alemán.

Zbishko, le hizo señal de que callase, porque se oyó el graznido de un cuervo.

Momentos después, apareció un hombre sobre un caballo, que llevaba los cascotes envueltos en piel de carnero, para que no hiciera ruido, ni dejara huellas en el suelo.

Miraba alrededor con atención; desde el bosque pareció que un cuervo le saludara y entonces se lanzó resueltamente á los matorrales.

—Ya vienen,—dijo á Zbishko.

VI

El señor de Bogdanetz, interrogó al explorador, acerca del número de enemigos y acerca de su proximidad, contestándole aquel que no pasaban de ciento unos á caballo y otros á pie. El capitán que los conducía no era un templario, sino un alemán. Dijo que el destacamento, avanzaba ordenadamente, é iba precedido de un pequeño grupo de gente armada que iba en descubierta, explorando el terreno; finalmente el enemiga no distaba más de un cuarto de milla.

Zbishko no sintió gran contento al escuchar que avanzaban en perfecto orden militar porque sabía lo difícil que resultaría romper las filas de los alemanes que unidos de un modo formidable formarían una compacta muralla.

Alegróle sin embargo saber que solo estaban á un cuarto de milla porque pensaba que los soldados que había destacado de su ejército, podrían sorprenderles por la espalda y servir la embestida para desordenar las filas enemigas.

Sobre la llanura polvorienta aparecieron finalmente los soldados alemanes, con su capitán á la cabeza que con un gesto imperioso imponía silencio.

Zbishko, Matzko, Glava, dos caballeros de Lenkavitz, tres jóvenes caballeros también de Tzechanov adelantáronse al frente del ejército; Zbishko deseaba sembrar el desórden en el enemigo, porque así en combates parciales sería más segura la victoria.

Oíase á los alemanes claramente y hasta la voz del capitán llegaba distintamente.

Zbishko dispuso á sus soldados en triángulo; el arma común era la pica.

Los alemanes comenzaron á entonar su canto sagrado, que como una amenaza funeral resonaba lúgubrementemente en el bosque.

—¡Dentro de pocos minutos!—murmuró Matzko, el cual sentía verdadero deseo de combatir, acordándose del hierro de lanza que tantos dolores le produjo; la hora de la venganza se acercaba.

El cántico de los alemanes oíase distintamente.

¡No hay rosas en la campiña
Tandaradeil
Pronto empezará la riña
por la patria y por el rey.
Tandaradeil

Apenas terminó la estrofa cuando de todos lados se alzó un tremendo graznar de cuervos que parecía un fatídico anuncio de muerte. Los alemanes se asustaron y asombraron á un tiempo de aquel extemporáneo graznar de tantas aves á la vez y apresuraron la marcha.

Zbishko, seguido de muchos de sus soldados se lanzó sobre los alemanes y por todas partes en el bosque levantóse un grito de guerra.

Los alemanes aún cuando sorprendidos no se asustaron ni retrocedieron. Bajando sus largas picas, esperaron á

pie firme la embestida. Los caballos no podían romper la pared de acero que ante ellos se presentaba. Matzko y Zbishko sacaron sus espadas. Uno de los nobles de Lenkavitz cayó muerto y las espadas chocaban unas contra otras furiosamente, y los alemanes resistían con obstinación. Algunos soldados de Semud, subieron á los pinos para herir al enemigo con sus flechas.

Los alemanes, aún cuando no esperaban vencer, imaginaban que hallarían su salvación en la fuga, pero de repente, consiguió abrir brecha en las filas alemanas unos caballeros, bajáronse dos ó tres picas, y por aquel boquete, como torrente que rompe el dique, lanzáronse Zbishko, Matzko y Glava, esparciendo el desórden entre los adversarios, que desmoralizados, vencidos rodeados de grupos de feroces lithuanos vendían caras sus vidas sin conseguir más que la carnicería aumentara, que la sangre corriera á torrentes, que al grito de los moribundos se mezclara el jay! de los heridos.

Unicamente resistía en el centro del bosque un grupo de alemanes á caballo dirigidos por el jefe de la expedición que era un caballero que llevaba una coraza de reflejos azulados, y un casco reluciente con la visera bajada.

Una lluvia de flechas caía sobre soldados y caballeros. Imposible parecía que los del grupo resistieran mucho tiempo, pero alentados por su capitán, luchaban desesperadamente, hasta que comprendiendo el jefe que la resistencia no era posible, lanzando un grito convenido, hizo dispersar á sus hombres, mientras él, metiendo espuelas á su caballo, trataba de abrirse paso á través de las filas enemigas. Poco duró su esperanza; había derribado ya dos hombres con su montante, cuando apareció Zbishko con la cabeza ensangrentada y le cerró el camino.

—¡Maldición!— exclamó el capitán, y tiró un tajo á Zbishko, sin que por fortuna le diera.

Zbishko entonces, con su robusto brazo, arrancó al alemán de la silla y los dos cayeron rodando por el polvo,

Lucharon ambos largo rato; pero al fin, sofocado por el peso de la armadura, desmayóse el alemán.

—¡Pronto, aquí, atadle!—gritó Zbishko á Matzko y á Glava,—¡es un caballero!

El tcheque saltó de su caballo, y viendo el estado del vencido, en vez de atarle, le quitó la coraza para que respirase mejor. Al quitarle el casco, lanzó un grito de estupor.

—¡De-Lorsh!

—¡De-Lorsh!—repitió Zbishko con alegría feroz.

El alemán permanecía inmóvil, semejante á un cadáver.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. FERIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

VII

De-Lorsh fué colocado en un carro, y Zbishko y Matzko corrieron en persecución de los alemanes. Matzko, según la costumbre caballeresca, le ofreció batirse con él; pero el alemán, fingiendo no entenderle, espoleó su caballo, huyendo. Entonces el anciano, atajándole, le dió tal golpe que caballo y caballero cayeron al suelo. El combate habia adquirido el aspecto de una caza sangrienta. Eran los ciervos los alemanes, y los cazadores los polacos.

Los soldados de Semud causaban horribles estragos en las filas alemanas, las cuales se rompían, y sus soldados huían entre las altas yerbas ó se ocultaban en lo más espeso del bosque. Viendo que no podían ni vencer ni huir, rindiéronse por fin.

Entonces, el anciano caballero de Bogdanetz, acompañado de Zbishko y de Glava, volvió al sitio del primer combate, donde yacían muchos alemanes, á quienes despojaban.

Ahora la alegre esperanza se reavivaba como fuego al que se añade combustible. Los cadáveres eran tantos que no podía darse sepultura á todos; Zbishko mandó abrir una huesa para dos nobles de Lenkavik á quienes se de-

bio en gran parte la victoria, y con la espada grabó una cruz en un pino que se erguía junto á la tumba. De-Lorsh volvió en sí y quedó al cuidado de Glava, cuyo dueño fué á prestar auxilio á Skirvoillo.

Después de larga jornada se llegó á una llanura donde habia numerosos alemanes muertos; Zbishko comprendía que el gran capitán habia alcanzado una victoria, pero á caro precio, pues también yacían en tierra muchos polacos.

Matzko dijo que gran parte de los alemanes habían podido ponerse en salvo; pero que no era posible saber hacia dónde huyeron.

La lucha debía haberse empeñado antes que la reñida por Zbishko, porque los cadáveres se descomponían y los lobos los habían mordido ya. Decidió volver al campamento. En él estaba Skirvoillo sonriente y contento.

Cuando Zbishko le hubo contado lo que ocurrió, dijo:

—Estoy satisfecho; tardará en llegar auxilio á los sitiados. Si el príncipe viniese podríamos ofrecerle el castillo.

—¿A quienes hicisteis prisioneros?

—A ningún pez gordo.

—Yo sí; un caballero poderoso.

Skirvoillo tomó una cuerda é hizo ademán de estrangular á alguien.

—Le trataremos como á los otros.

Zbishko frunció el entrecejo.

—Es mi prisionero y amigo y no quiero que se le ahorque.

—¿No quieres?

—No.

Los dos guerreros se miraron con cólera; pero Zbishko, que respetaba al gran capitán, le estrechó la mano y dijo:

—Si le matas pierdo toda esperanza.

Skirvoillo se calmó.

—Mañana mataré á mis prisioneros. Si quieres alguno de ellos, te lo cedo.

Y se alejó.

Glava trajo al prisionero sin armas ni armadura. De-Lorsh, que supo de quien era prisionero, adelantó con altanería.

—Dad gracias á Dios por haber caído en mis manos,—dijo Zbishko alargándole la mano al alemán, que no se movió:

—No doy la mano,—dijo,—á caballeros que con auxilio de los moros luchan contra los cristianos.

Zbishko tocó sin advertirlo la empuñadura de su daga. De-Lorsh dijo con sarcasmo:

—Eso es; matadme; ya sé que no perdonáis á los prisioneros.

—¿Habéis perdonado acaso á los guerreros de Semud?

—Eran paganos.

Zbishko replicó con gravedad:

—Señor De-Lorsh, ya sabéis. puesto que fuimos armados caballeros por la misma mano, que no faltó jamás al honor y que no miento. Muchos de los paganos quieren convertirse; ¿sabéis quién se opone á su bautismo? Los alemanes.

—¡Imposible!

—Sí, si esa gente fuese bautizada, los alemanes no tendrían excusa alguna para combatirla.

—Yo creí que querían redimir á este pueblo.

—¡Jal! Bautizándolo con la espada. Leed esta carta.

Zbishko alargó el documento que el pueblo de Semud había enviado á los nobles. De-Lorsh se asombró.

—¿Es verdad lo que dice este escrito?

—Como hay Dios.

De-Lorsh murmuró:

—Soy vuestro prisionero.

—Dadme la mano; sois mi amigo.

Los dos caballeros cenaron. De-Lorsh supo que, á pesar de la carta del gran Maestre, Zbishko no había hallado á

Danusia, y que los comtur no querían leer siquiera aquella misiva.

De repente exclamó:

—Con el destacamento que se dirigía á Gottesverder iban De-Raden y De-Lôve; ¿no les habéis hecho prisioneros?

—No. Pero sí á algunos de sus soldados. Voy á informarme de Sigfrid antes que los maten.

Y Zbishko, seguido de Glava y de Lorsh, se acercó á los prisioneros.

—Dame libertad provisional,—dijo De-Lorsh,—y buscaré á Danusia por toda Germania;—cuando os la devuelva me libertaréis definitivamente.

—¡Con tal que viva!—exclamó desconsolado Zbishko.

Los prisioneros estaban junto á ellos, unos de pie, otros tendidos. Uno se adelantó gritando:

—¡Salvadme, dueño mío!

Zbishko se acercó con una antorcha en la mano.

—¡Zanderus!—exclamó.

—¡Zanderus!—repitió Glava.

El mercader gritó:

—¡Piedad! Sé donde está la hija de Jurand, ¡salvadm!

VIII

Los siervos desataron á Zanderus, que estaba aterido de frío y tenía los miembros agarrotados. Se acercaron al fuego, le dieron bebidas calientes y se durmió después de tal modo, que no hubo manera de hacerle soltar una palabra.

Al día siguiente, pensando en el peligro corrido, empezó á llorar y á lamentarss de los cruzados, de quienes dijo que le habían robado las mercancías y atádole á un árbol, donde las hormigas le picaban cruelmente.

Zbishko, con tono imperioso, dijo:

—¡Respóndeme ó te ahorco!

—Mira que aquí cerca hay un hormiguero,—añadió Glava.

—¡Piedad!—exclamó Zanderus.

—Si dices una sola mentira, te hago colgar.

Zanderus bebió uno tras otro dos tazones de leche.

—Estoy pronto,—dijo á Zbishko, que replicó:

—¿Mi mujer iba con el destacamento en que tú estabas?

Zanderus, que ignoraba el casamiento, mostró gran asombro.

—Sí, ilustre señor,—contestó,—pero Sigfrid y De-Raden han podido huir.

—¿La has visto tú?

—No; pero sí la litera; la acompañaba aquella monja que estuvo en el «pabellón de caza». Danusia cantaba una canción melancólica.

Zbishko palideció, tembláronle las piernas; los demás se miraron sin saber qué decir.

Matzko, que no conocía á Zanderus y era desconfiado por naturaleza:

—¿Quién eres y qué hacías entre los cruzados?

—¿Quién soy? Preguntádselo al príncipe Sbishko y al valeroso tcheque que me conocen.

Después, volviéndose hacia Sbishko, añadió:

—Me habéis salvado de los lobos y de los criados del obispo que me perseguían; ¿queréis mandar que me den más leche, aun cuando sea agria como la que me he tragado?

—¡Basta de bromas, bufón!—gritó Matzko.

Zanderus bebió y dijo:

—Deciros cuánto he andado y cuánto me ha ocurrido, sería cosa de nunca acabar. Básteos saber que volví á ver á Danusia y que desde entonces he seguido á Sigfrid como su sombra y no le he abandonado hasta que en el combate me hicisteis prisionero.

Zbishko dijo;

—Te doy gracias, te premiaré: ¿puedes jurarme que vive?

—Lo juro.

—¿Sabes por qué De-Lôve abandonó Tscitna?

—No lo sé, señor. Pero quizá es que le teme al gran Maestre, quien ordenó que se devolviera la joven á la princesa de Masovetzk. Sigfrid está además desconsolado por la muerte de Rotgher, que dicen que era su hijo. No sé lo que el gobernador piensa hacer; pero me parece que no dejará escapar á la señorita.

—Todo esto me parece raro; si el viejo estaba airado contra Jurand, hubiese matado á su hija.

—Tal era su intención: pero cuando subía á la torre para matar á Danusia, dicen que se le apareció un demonio. Otros afirman que fué un ángel. Lo cierto es que le hallaron sin sentido sobre la nieve del patio y que cuando le recuerdan la escena palidece y tiembla y demuestra que no se atreverá á matar á Danusia.

Zanderus añadió después de una breve pausa.

—Sigfrid se halla en un estado horrible. De continuo está en comunicación con los espíritus de los muertos. A veces habla con De-Danfled; otras con Rother. Yo le oí que decía: «no puedo, no puedo». Y otro día preguntó al espíritu: «¿Esto te tranquilizará, hijo mío?» Pasa días enteros sin que Sigfrid hable con nadie; su rostro siempre está triste, hasta cuando custodia la litera de la señora, á quien nadie ha visto.

—¿Y la maltrata?

—Nunca se han oído quejas ni ayes; pero Danusia canta con infinita tristeza.

—¡Maldición!—murmuró Zbishko.

Matzko dijo:

—Basta. Habla de la batalla. ¿Sabes hacia dónde se fueron los cruzados?

—Combatieron primero con ardor: pero rodeados de enemigos iban á caer prisioneros cuando Arnaldo De-Baden rompió las filas enemigas y por la brecha escapó con la litera y el comtur.

—¿Nadie les persiguió?

—Sí, pero en vano, porque Arnaldo daba golpes terribles: cayeron muchos de sus soldados y él mismo fué herido; pero entre tanto Sigfrid y la litera huían velozmente.

Matzko, que sabía que habían muerto muchos soldados de Semud, preguntó:

—¿Cómo viste todo esto?

—Porque me cogí á la cola de un caballo de la litera. Recibí una coz y caí sin sentido.

Zbishko preguntó:

—¿En qué castillo se había ocultado De-Lôve?

—No sé; han ardidado muchas aldeas y castillos; creo que ahora estarán en el bosque, y que tratarán de ir al castillo á que se dirigían antes de la lucha.

—Quizá sí.

Zbishko quedó pensativo un momento y luego dijo:

—Glava, prepara hombres y caballos; marcharemos en seguida.

El escudero fué á cumplir la orden. Matzko preguntó:

—¿Donde queréis ir? Ahora...

El joven le interrumpió, diciendo:

—Es deber mío.

Lanzó un suspiro el viejo y dijo:

—Ya lo sé.

Zbishko, acercándose á De-Lorsh:

—No puedo pedir os que combatáis contra la bandera bajo la cual militasteis; os dejo en libertad.

—No puedo ayudaros con mi espada; pero quiero ser vuestro prisionero. La Orden os dará por mi rescate la cosa ó persona que le pidáis, porque mi familia ha prestado grandes servicios á los cruzados.

Saludáronse ambos caballeros y De-Lorsh dijo:

—Voy á Malborg y luego á Masovetz. Sabéis dónde hallarme. Bastará que vuestro enviado me diga estas dos palabras: «Lotaringia-Gheldern».

—Bien,—replicó Zbishko,—voy á advertir á Skirvoillo para que no os molesten.

Skirvoillo hizo de buen grado lo que Zbishko le pedía.

Partió De Lorsh, y Zbishko halló un destacamento preparado para marchar. Matzko estaba inmóvil en la silla.

—¿Venís?

—Sí,—contestó con buen acento Matzko.

Zbishko montó; Zanderus hizo de guía. El joven espe-

raba encontrar habitantes de la comarca que se le unieran para combatir á los cruzados y anhelaba medir sus armas con el fuerte Arnoldo, el espantajo de los guerreros, como le llamaba Zanderus.

IX

El camino que llevaba al punto en que Skirvoillo había derrotado á los alemanes, era bueno. Los soldados de Zbishko lo atravesaron tomando por senderos á fin de no respirar el aire emponzoñado por las emanaciones cada-
véricas.

Matzko, que observaba el terreno, dijo:

—Por aquí debe haber pasado Arnoldo, porque se ven las huellas de un gran caballo. Con la ayuda de Dios hallaremos á esos canallas, si no están encerrados en algún castillo.

—Es difícil esto, porque como los cruzados hace poco que dominan el país no han tenido tiempo de levantar ninguna portezuela. ¿Dónde pueden haberse refugiado si no en el bosque? No nos preocupemos de los caballos.

—Al contrario,—dijo Matzko,—hay que cuidar de ellos, pues entrarán por mucho en el buen éxito de la empresa.

—El caballero Arnolde fué herido en la espalda; esa herida hará que tenga que descansar á menudo.

—¿Llevan soldados?

—Dos: los demás murieron.

—Vos atacaréis á Sigfrid,—dijo Zbishko;—yo á Arnolde.

—Por mi no temo; pero tú, ve con cuidado, Arnolde debe ser un gigante.

—¡Veremos!

—Sí, eres fuerte; pero los hay más fuertes que tú.

—Y yo no podré hacer nada?—preguntó Glava.

Matzko, distraído, murmuró:

—Si Dios nos ayuda y volvemos á Masovia todo habrá terminado; pero ¿y Jaghenka? Cuán cruel es el destino.

Y en voz alta exclamó:

—Nosotros somos los únicos nobles que corremos de aquí para allá entre continuos peligros. Y decir que si te hubieses casado...

—No digáis esto, tío,—interrumpió Zbishko.

Al cabo de algunos minutos el viejo dijo á su sobrino;

—¿Tienes fé en el guía?

—Sí, es un perdido, un borrachín, pero me quiere.

—Bueno, pues deja que se adelante; se unirá á los fugitivos, que no desconfiarán de él y podrá entretenerlos.

—Ahora no querrá separarse de nosotros porque ya ha cerrado la noche y es muy miedoso, mañana le diré que se adelante.

—¿Podemos fiarnos de él?

—Sí, ya le diré que al atacar á los alemanes le ataremos fingiendo no conocerlo, pues sino temería la venganza de los cruzados si éstos sabían que era traidor.

—¿No los matarás?

—No. Si estuviésemos en Masovia, les desafiaría uno á uno; pero aquí no quiero matar á hombres casi inermes.

—¡Bueno!

—Y quisiera llevar á Sigfrid á los pies de Jurand,

—¡Dios nos proteja!—murmuró el viejo guerrero.

La noche era oscura; había que dar descanso á los caballos. Zbishko habló á Zanderus y al partir el alba se puso éste en marcha.

Zbishko y los soldados hallaron al cabo de unas horas á Zanderus, que se había detenido para dar noticias de los fugitivos. Dijo que nada había visto, y en la segunda etapa explicó que se había dado con un hombre que no comprendía su lengua.

Zbishko se hallaba temeroso; ¿cómo encontrar á los fugitivos si se perdían las huellas? ¿Cómo luchar contra ellos si ganaba una comarca amiga?

No encontraron á Zanderus en la tercera etapa; pero una incisión practicada en un pino, les indicó que el mercader se había encaminado al bosque; enviaron entonces algunos soldados que exploraran el camino.

En el bosque vieron bastantes árboles señalados por Zanderus y ésto les indicó que alcanzarían á los fugitivos.

El sol tocaba á su ocaso y el bosque estaba silencioso; los ginetes é infantes adelantaban con cautela.

—Han transcurrido ya tres horas,—dijo Matzko,—y Zanderus ya estará con los alemanes. Es de esperar que no nos traicionará.

—No lo creo.

—¿Le creerán?

—¿Por qué no? Los cruzados no sospecharán de él porque no es la primera vez que se escapa un prisionero.

Zbishko rezaba; Matzko se santiguó.

Salió un hombre de entre la maleza.

—¡Aquí están!—gritó.

—¡Calla!—dijo Zbishko desmontando.

Matzko, tcheque y los soldados refrenaron los caballos.

—¡Atad y no matéis!—ordenó Matzko.

Zbishko murmuró al oído de su tío:

—Batíos con Sigfrid; yo me batiré con Arnoldo.

—Comprendido,—dijo Matzko haciendo seña á Glava de que estuviera dispuesto á auxiliar á su señor.

Glava demostró haber comprendido y Zbishko, que notara la mímica, dijo:

—Estate junto á la litera. Ay de tí si la abandonas.

Los guerreros avanzaron con rapidez por entre las cabañas de los campesinos que recogen resina. Junto á una de esas cabañas estaban sentados dos caballeros, un criado y Zanderus, que limpiaba una coraza.

—Mira,—dijo Matzko;—se ha apoderado de sus armas y corazas.

—¡Sus y á ellos!—gritó Zbishko.

Los alemanes se levantaron; Matzko cayó sobre Sigfrid y Zbishko contra Arnoldo; el criado que estaba junto á Zanderus tomó la espada, pero Vit le hendió la cabeza de un hachazo; se ató á Zanderus que gritaba como un condenado.

Zbishko dió con un adversario terrible; le asestaba golpes que le hubiesen roto las costillas, á no ser por la coraza milanesa; el joven logró coger al alemán por la gola, y haciéndole la zancadilla, cayó con él al suelo.

Matzko fué en su ayuda después de desarmar á Sigfrid y ayudó á atar los pies á Arnoldo, sobre quién se sentó como si fuera un jabalí muerto.

Arnoldo aullaba porque le dolía la herida al estar apretado contra el suelo.

Matzko, al ver la palidez de su sobrino y sus ojos inyectados en sangre, preguntó:

—¿Qué tienes?

—Nada. Ayudadme á levantar.

Matzko le cogió por los sobacos y lo levantó.

—¿Podrás estar en pié?

—Sí.

—¿Padeces?

—No,

Glava, al ver que había terminado el combate, salió de una de las cabañas teniendo á la monja por el cuello.

Al verles Zbishko gritó;

—¡Danusia! ¡Danusia!

La cabaña estaba á obscuras y de momento nada vió el joven. Sólo oyó la respiración anhelante de la joven.

—Soy yo, Danusia,—repitió Zbishko;—¡soy tu amado!

Dos ojos fulguraron en la sombra y Zbishko estrechó contra su pecho á la joven que decía;

—¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

OCTAVA PARTE

I

Ni las palabras afectuosas ni los ruegos, podían calmar la agitación que un miedo terrible había despertado en Danusia. Cuando se le ofrecieron alimentos no quiso aceptarlos, aún cuando se verá que hacía tiempo que no comía; pero al quedar sola se los comió con avidez. Al aparecer de nuevo Zbishko se acurrucó en un ángulo de la cabaña, sobre la hierba seca. En vano el joven extendía los brazos hacia ella, en vano la llamaba con los nombres más cariñosos; ni aún cuando la llama de las antorchas iluminó el rostro de Zbishko reconoció á su amado.

Con la razón había perdido la memoria.

Zbishko, al ver aquel rostro pálido, aquella piel seca, aquellos vestidos desgarrados, cogió la espada para atravesar á Sigfrid; Matzko detuvo el golpe y dijo á su sobrino:

—¡Eres loco!

—Dejadme, dejadme,

—Te dejaré, pero no debes deshonorar á tu familia. Con-

Cruzados.—Tomo II.—8

sidera que no puedes matar á un prisionero encadenado. Es verdad que algunos príncipes matan á sus prisioneros, pero no en nuestro país. Lo que á ellos se les perdona no se perdonaría á tí, porque tienen castillos, ciudades, reinos. ¿Y tú qué tienes? Tu honor de caballero.

—Dejadme, no lo tocaré.

—Acerquémonos al fuego; hablemos de lo que hay que hacer.

Después de reflexionar un punto, el viejo dijo:

—Acuérdate de que me has prometido entregar á Sigfrid á Jurand, quien sabrá vengar las ofensas que le han inferido á Jurand y á Danusia; podrá hacer lo que á tí no te es lícito, ¿comprendes?

—Sí.

—¡Ah! alabemos á Dios, y si por casualidad se te ocurriera herir á Sigfrid, acuérdate de que prometiste batirte con Lichtenstein y otros caballeros, y que si matases á un prisionero desarmado no podrías desafiarte con ningún caballero. Hablemos ahora de lo que más importa.

—Decid, — repuso el joven.

—Creo que la serpiente que custodiaba á Danusia debe ser entregada al príncipe Janush. La monja principió sus perfidias en su presencia y debe ser juzgada por él. Además, hasta que demos con otra mujer, Danusia la necesitamos. Después la ataremos á la cola de un caballo. Debemos apresurarnos á partir.

—No, ya es de noche.

—Marcharemos al alborar.

Arnoldo de De-Baden gemía, Matzko se le acercó, pero como no comprendía el alemán, fué en busca del tcheque, quien decía á la monja.

—Oye víbora, haz el favor de preparar una cama para la señora, y dale tu vestido y tú ponte sus harapos.

La devota de la Orden, asustada, corrió hacia la cabaña exclamando:

—Salvadme señora, salvadme.

Danusia cerró los ojos y murmuró:

—Tengo miedo, tengo miedo...

La monja la desnudó y le preparó la cama. Danusia se echó con abandono. Glava entró.

—Estáis entre amigos, señora; dormid con toda tranquilidad.

Se persignó y dijo á la monja:

—Te ataré junto á la puerta, pero si das un grito te rompo los huesos.

A las palabras siguieron los hechos; después Glava fué á ver á Zbisko.

—He mandado á esa mala pécora que desnudara á la señora; ahora duerme y creo que deberíais hacer lo mismo.

—Permaneceré en el umbral de la cabaña, —dijo Zbisko con voz firme.

—Entonces enviaré á la monja junto el cadáver del criado. Creo que debéis comer, porque el viaje es largo y penoso.

Diciendo esto sacó de su zurrón carne ahumada y otras viandas.

Matzko le llamó.

—Pregunta á éste lo que quiere, porque yo no le entiendo.

El tcheque acercó á Arnaldo al fuego como si hubiera sido un saco.

—Desatadme, —murmuró el alemán.

—Os desataré, —dijo Matzko por medio del tcheque, — si me prometéis por vuestro honor de caballero consideraros como prisionero nuestro.

Glava cortó la cuerda que ataba las manos, el alemán, mirando con desprecio á los caballeros, preguntó:

—¿Y te atreves a preguntarlo? Dí antes quien eres tú, —exclamó Matzko con altivez.

—Doy solo mi palabra á los caballeros.

—Pues bien, mira.

Al decir esto, el viejo caballero se quitó la capa y enseñóle el tahalí.

El cruzado preguntó:

—¿Y siendo caballeros asaltáis como ladrones y ayudáis á los paganos?

—¡Mientes!

Los dos guerreros empezaron á disputar.

—Ya sabemos para que servís casi todos,—exclamó Matzko á modo de conclusión.

Calló el cruzado; sabía que de su propia orden había algunos comtur acusados de tener relaciones con el diablo.

Matzko habló de la conducta de Sigfrido.

—Y ese, ¿cree en Dios ó en el diablo?

—¿No le visteis hablar nunca con los espíritus infernales?

—Algunas veces.

—¿Y osáis hablar de honor caballeresco? Avergonzáos, porque habéis ayudado á un verdugo; avergonzaos, porque contribuisteis al martirio de una indefensa, de la hija de un caballero.

—¡Dios mío! ¿es posible que esa loca?...

—¡Maldición!—aulló Zbishko sacando el puñal.

Matzko le detuvo y dijo á Arnoldo:

—Es la hija de Jurand de Spichov y la esposa de este caballero.

—Está loca,—repitió Arnoldo.

—Sí, por la infamia de los cruzados, que la han sacrificado como á un cordero inocente.

Zbishko se mordió un dedo y soltó dos lágrimas. Arnoldo callaba; el techeque le contó las perfidias de Danfeld, el martirio de Jurand y la batalla con Rothger.

El prisionero, conmovido, exclamó:

—Juro por mi honor que solo he visto alguna vez é esta mujer, que no sabía quien era y que nunca la toqué.

—Jurad que nos seguiréis sin tratar de huir.

—Lo juro. ¿Dónde me lleváis?

—A Masovia, junto á Jurand de Spichov.

Matzko soltó al preso.

El tcheque se acercó á Matzko, junto al cual Arnoldo, después de comer, se durmió.

—¿No queréis dormir, señor?

—No, no tengo sueño.

—Pensaba,—dijo el tcheque,—en la señorita Jaghenka.

—¿Estará aún en Spichov?

—¡Pobrecilla!

—Ahora la llevaremos á su casa y Dios proveerá. Si Danusia estuviera buena, no surgirían complicaciones, pero dada su enfermedad, lo mismo puede curar que morir.

—Cuando salí de Spichov la señorita me dijo:

—«Envíame noticias, y si puedes, vuelve antes que los otros para Zggogelitz.»

—No conviene que esté en Spichov al llegar Danusia.

¿No dices que te ha ordenado volver antes que nosotros?

—Sí.

—Entonces parte.

El viejo caballero suspiró; sus esperanzas se desvanecieron.

—Sé que eres valiente,—dijo,—pero sabrás defender á tu señora durante el viaje.

—Sí, tomaré algunos soldados y la llevaré sana y salva al fin del mundo.

—Acuérdate que en Zggogelitz hay que desconfiar de Chtan y de Vilko; pero verdad es que ahora...

—La defenderé contra todos y confiemos en la voluntad divina.

—Y yo mismo debía acompañarla; pero no puedo dejar ahora á Zbishko. ¿No le has visto temblar de rabia? Si Danusia muere en el camino, le mataré.

—Entregadme al viejo asesino; yo le arrastraré á los pies de Jurand.

—Tómalo y llévalo á Spichov.

—Dadme á la otra miserable.

—Danusia celebrará verse lejos de los dos bribones; pero ¿cómo podrá estar sin criada!

—Ya hallaremos alguna en el bosque.

—Hoy razona bien,—dijo Matzko.—¿Cuándo marchas?

—Al alborear.

El tcheque durmió unas horas. La noche era oscura y silenciosa.

Glava despertó al amanecer.

—Es hora de marchar á Spichov.

—Cierto; ¿quién ronca tan fuerte?

—Arnoldo. Encenderé la lumbre.

El tcheque dijo después de haberse alejado:

—Una mala noticia.

—¿Cuál?

—Que la monja ha escapado.

Matzko, inquieto, se acercó á la cabaña. No vió á ningún soldado; todos estaban buscando á la fugitiva, que no pareció; y el viejo se acercó á Zbishko á quien comunicó lo que acordaban con Glava y la fuga de la monja.

—Peor para ella; morirá de hambre ó caerá en manos de los campesinos que la matarán.

El desdichado Zbishko no se opuso á la partida de Glava y Sigfrid, porque sólo pensaba en Danusia.

—La llevaré en mis brazos,—dijo.

—¿Cómo está? ¿Duerme?

—De vez en cuando suspira.

—Los caballos,—dijo Glava,—están preparados y el viejo atado á la silla.

Acercóse á Matzko.

—Os advierto que debéis avisarme en caso de accidente por medio de un mensajero, y si no estoy en Spichov que me busque en Zgogelitz.

—Sí, lleva á Jaghenka Plotzk, preséntala al obispo y ponla bajo su protección.

—¿Y si el prelado manda que nos quedemos en Plotzk?
—Obedécelo y que Dios te proteja.

II

Al enterarse Arnolde de la fuga de la monja, aseguró también que perecería á manos de los lituános del campo, algunos de los cuales se habían refugiado junto al campamento de Skirvoillo, mientras los otros peleaban contra los alemanes.

La monja no pareció y se dictaron órdenes severas para cogerla.

Aunque deseaban partir al amanecer, demoraron la marcha porque Danusia dormía. Zbishko lo contemplaba y se decía: «¡Si al menos pudieses descansar y curarte, alma mía!»

Matzko no se opuso á que descansara la joven y mandó que se prepararan los soldados.

Zbishko, que no se había separado de la cabaña, á mediodía tomó la mano de la joven y la acarició exclamando:

—Danusia; no me reconoces?

Su voz despertó á la joven que dijo:

—Zbishko!

—Ya no estás prisionera. Te he libertado y nos vamos á Spichov.

Danusia desasíó su mano de la del caballero y murmuró:

—Todo se debe á que mi padre no bendijo nuestra unión. Dónde está la prince-a?

—Lejos de aquí.

La joven murmuró:

—Me han quitado el laud y lo han roto.

—Dios mío! exclamó Zbishko, que advirtió la mirada extraviada de la joven. Pensó que Danusia deliraba y padeció por ella.

—Danusia, dijo, me oyes?

Ella murmuró:

—Agua! Tengo sed.

—Dios mío!

Zbishko salió de la cabaña y estuvo á punto de derribar á Matzko que venía á buscarle.

—Agua! gritó corriendo hacia un arroyuelo.

Un momento después volvía con un cacharro lleno de agua. Danusia bebió con avidez.

—Tiene fiebre? preguntó Matzko.

—Sí.

—Comprende lo qué le hablan?

—No.

—Qué debemos hacer?

—No sé.

—Sólo Dios...

Danusia que les miraba, dijo:

—No os he hecho daño, tened piedad de mí.

—Pobre niña! exclamó Matzko. Y añadió:—Es inútil estar más tiempo aquí. Ponla en la litera y marchemos.

Diciendo estas palabras salió de la cabaña; pero quedó petrificado.

Muchos soldados, armados de picas y alabardas avanzaban hacia él.

—Los alemanes! profirió Matzko, desenvainando la espada.

El gigantesco Arnoldo se acercó:

—La rueda de la Fortuna gira siempre: antes era prisionero vuestro ahora lo sois mío.

Y miró con altivez al caballero.

No es que fuera malo; pero como la mayoría de los hombres era humilde con los soberbios y altivo con los débiles.

—Sois mis prisioneros! dijo con solemnidad.

Miró á su alrededor el caballero; por todas partes se veía soldados. Si hubiese estado junto á Zbishko de fijo que les acomete; pero sin caballo, solo, qué hacer? Entregó espada y daga á un caballero que estaba junto á Arnoldo y que dijo:

—Si me dais palabra de no escaparos no os ataré.

—Os la doy.

Y entró en la cabaña para advertir á Zbishko de lo que ocurría.

Al cabo de poco rato salió con el puñal de su sobrino y dijo:

—Mi sobrino me pregunta si le permitiréis permanecer al lado de su mujer, que está mala, hasta que partamos.

—Sí.

Los alemanes se acercaron al fuego no cuidándose de Matzko.

Al cabo de pocos momentos le invitaron á tomar asiento con ellos.

El viejo soldado, para halagar al desconocido le dijo:

—Veo que no sólo sabéis muchas lenguas sino que conocéis también las atenciones y finura cortesana.

—Qué dice? preguntó Arnoldo.

—Nada, nada malo.

Los criados trajeron viandas y bebidas. Matzko supo que el guerrero desconocido era Wolfgang hermano menor de Arnoldo, que, habiendo hallado á la monja en el bosque, supo la situación de los alemanes y voló en su auxilio.

Matzko, que era astuto, dijo:

—Ya que Dios ha dispuesto que caiga prisionero, mas vale haber sido aprisionado por caballeros tan dignos como sois vosotros.

Volfgang se inclinó levemente.

Matzko añadió:

—Me maravilla que habléis nuestra lengua.

—No hay que extrañarlo. En el condado de Zinklov, dónde sirvo, sólo se habla polaco.

—Vuestro hermano apenas lo habla.

—Es más robusto, pero menos instruído.

—Sí, pero es un atleta.

—Qué dice el caballero? preguntó Arnoldo.

—Hace elogios de tí.

—Y los merece, porque es un cumplido caballero. Os aseguro que quería dejarle en libertad provisional mientras al cabo de un año compareciera á la cita. Así debieran obrar siempre los caballeros.

Y miró á Volfgang que, arrugando el ceño, dijo:

—Quizá también yo os dejara en libertad si no fuérais aliados de los paganos.

—No es verdad, replicó Matzko.

Y contó al alemán lo que habían hecho los cruzados con Danusia. Entonces Volfgang reconoció que Matzko estaba en lo justo tratando de vengarse.

El polaco terminó diciendo lo que le había pasado á De-Love y que de fijo recibiría en Spichov un castigo adecuado á sus culpas.

—Y Danusia? Qué haréis de esa desdichada?

—Poco me importan las mujeres, dijo Volfgang. Acompáñela uno de vosotros á Spichov y quede el otro aquí.

—Y si os jurase que volveré?

Arnoldo no consintió. Pensaba que Skirvoillo le había derrotado y que el gran Maestre le acogería mayor si traía un prisionero de importancia.

Matzko murmuró:

—Que parta mi sobrino con su mujer, y permaneceré aquí.

—Eso es. Y hablemos de lo que vuestro sobrino deberá pagar por vuestro rescate y el suyo propio.

—Rescate? Preguntó Matzko. Nosotros hemos capturado al señor De-Lorsh y le hemos puesto en libertad sin hablarle de rescate.

—Aprisionásteis á De-Lorsh? Preguntó Volfgang. ¿Cómo no le hemos visto por el camino?

Es que marchó á Gotters-Verder.

—Mucho dinero le vais á sacar, murmuró Volfgang; me alegro de saberlo.

Matzko se mordió los labios.

—Aún no he fijado el rescate, dijo.

—Tanto mejor, no por nosotros sino por la Orden que anhela la mayor gloria de Dios.

El señor de Bogdanetz no replicó.

Hablaron del precio, lo cual contrarió mucho á Matzko, que después se consoló pensando que De-Lors pagaría los platos rotos.

Decidióse al fin la cuantía de la suma; Matzko se lo avisó á Zbishko para que marchara cuanto antes.

—Tal es la suerte de los caballeros, dijo Matzko. Ayer eras dueño y hoy estás cautivo. Parte presto porque así podrás alcanzar á Glava y unidos los dos no habrá peligro.

Danusia dormitaba.

Matzko dijo:

—Llévala contigo y que Dios te ayude, porque nada bueno te puede esperar.

—Oh! no habléis así!

—Todo depende de Dios.

Momentos después Zbishko salió de la cabaña llevando á Danusia entre sus brazos. Tan abatida y enferma parecía la doncella que movió á piedad á los alemanes.

—Sigfrid tiene un corazón de fiera! dijo Volfgang.

Zbishko puso á Danusia en la litera y besó la mano al tío que le dijo:

—Acuérdate de mí, porque la esclavitud es dolorosa.

—No os olvidaré.

Zbishko montó á caballo.

—Oye; cuando alcances á Glava no mates á Sigfrid.

—Procuraré no hacerlo.

—Gracias.

—Oh!...

—Adiós!

Los caballos se alejaron. Matzko quedó triste. Pero pensó:

—De todos modos me alegro. El queda libre y yo ya sabré componérmelas.

Después preguntó á los alemanes:

—Cuando marchamos?

—Pronto. Iremos á Malborg.

Matzko pensó: «Me cortarán la cabeza.» Mas se tranquilizó recordando que De-Lors estaría allí.

—Si me matan ahorraré á Zbishko la molestia de liberarme.

Y sonrió tristemente.

III

Zbishko no pudo alcanzar á Glava porque éste apenas descansaba, anhelando llegar pronto. Sigfrid padeció atrocemente porque los mosquitos le picaban sin piedad y no podía ahuyentarlos teniendo las manos atadas. Tal era la desesperación del viejo verdugo que quiso dejarse morir de hambre. Renunció á tal idea porque Glava le dijo que le haría comer á la fuerza.

Glava iba aprisa porque comprendía que Jaghenka sufriría mucho si aún estaba en Spichov al llegar allí Danusia.

Se acordaba también de Anulia y esto acababa de hacerle dar prisa, sin contar con que el bosque era peligroso é infestado de salteadores que no perdonaban á los viajeros. Tampoco comprendían su lengua y vivían casi en estado salvaje.

Cuando llegó á Masovia cambió algo el aspecto del país y los habitantes se mostraban más humanitarios. Muchos le dijeron:

—Dadnos el cruzado; le daremos su merecido.

Tanto era el odio que la gente de la comarca sentía por los cruzados que no ya los pecheros y siervos sino los no-

bles injuriaban á Sigfrid. Algunos querían provocarle á singular combate; pero Glava explicó que no había que privar al señor de Spichov de su justa venganza.

Era de noche cuando Glava se echó á los pies de Jaghenka.

—Qué hay ¿Viven? Están sanos?

—Sí.

—Y Danusia?

—La traen ya.

—Loado sea Dios!

Al cabo de un momento preguntó:

—Cuándo llegarán?

—Dentro de unos días; la enferma padecerá durante el viaje.

—Está enferma?

—Del cuerpo y del alma.

—Ah!

—Con la razón ha perdido la salud.

—Jesús! No conoce á Zbishko?

—No; por lo menos cuando yo marché para avisaros.

—Gracias. Explicame lo que ha ocurrido.

Glava contóle cuanto les sucediera y como traía á Sigfrid para dárselo á Jurand.

—Voy á verle, dijo Jaghenka saliendo.

Glava quedó solo con Anulia. La besó y volvió á besarla con transporte.

Ella no se defendía y se abandonaba en los robustos brazos del techeque.

Resonaron pasos; entró Kaleb, el capellán.

Al saber éste que habían traído al verdugo de Jurand se arrodilló diciendo:

—Alabado sea Dios! El santo espíritu de Jurand hará que su hija recobre la razón perdida.

—El santo decís?

—Sí, para Dios, Jurand es ya un santo; para los hombres lo será cuando haya muerto.

Jaghenka volvió:

—Le he dado con gran prudencia la noticia. Está rezando.

Al día siguiente Jurand dió á entender que quería ver á Glava y á Sigfrid, que estaba en un calabozo.

El tcheque tardó en ver el rostro demacrado y cadavérico del señor de Spichov, porque el cielo estaba cubierto de nubes y las ventanas casi cerradas.

En la mesa había un crucifijo, una taza con agua, un pan y un cuchillo: aquella era la comida de Jurand cuya cintura atormentaba un cilicio.

El terrible caballero de Spichov parecía un humilde monje.

Cuando entraron en su estancia Glava y Sigfrid abrió la boca como si estuviera en éxtasis.

—Glava está aquí—dijo Jaghenka; queréis oírle?

Jurand dió á entender que sí, y entonces el tcheque volvió á narrar sus aventuras.

Nada dijo de la locura de Danusia; pero como quería que Sigfrid fuera castigado explicó sus crueldades é infamias.

El trueno retumbaba á lo lejos,

Jurand oyó la relación y de sus órbitas huecas descendió abundoso llanto.

Rezó. Relampagueaba.

Tolima dijo:

—Señor, ante tí se halla el verdugo, el demonio de la Orden que os ha martirizado á vos y á vuestra hija. ¿Qué hacemos de él?

Jurand hizo que le aproximaran al cruzado; le palpó el rostro como para recordar sus facciones, tocó sus ligaduras y bajó la cabeza como si reflexionara.

De repente Jurand llevó la mano al cuchillo que estaba encima de la mesa.

Todos callaron; había llegado el instante de la venganza.

Jurand, con general sorpresa, en lugar de hundir el cuchillo en el pecho de Zigfrid, cortó las cuerdas que le ataban.

Los deudos y siervos comprendieron. Kaleb preguntó:
—Hermano Jurand, ¿quieres libertar al prisienero?
Jurand hizo un signo afirmativo.

Estalló un murmullo de descontento. Kalet gritó:
—¿Quién se atreve á oponerse al deseo de un santo? ¡De rodillas!

Y rezó el Padre Nuestro.

Al decir: «et dimitte nobis debita nostra», miró á Jurand, que parecía iluminado por una luz divina. El viejo Tolima, acostumbrado á los combates, exclamó abrazando las rodillas de su dueño:

—Señor, cumpliremos tu voluntad y llevaremos al prisionero á la frontera.

Jurand aprobó estas palabras.

Relampagueaba Crecía la tormenta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
IV Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Mientras soplaba el viento y caía á cántaros la lluvia, dos hombres se aproximaban á la frontera. Eran Sigfrid y Tolima. Este acompañaba al alemán para que no le mataran sus enemigos. Tolima no perdía de vista á su compañero, que se le antojaba el mismísimo diablo.

Al llegar á la frontera cesó la lluvia. Tolima pensó: «Me han dicho que le acompañase hasta la frontera; pero no que le desafiara después. ¿No sería una acción grata á Dios matarle? Aquí no hay armas; pero no ha de ser difícil procurárselas.»

Pero reflexionó después que Jurand quería salvarle y que el mérito de su buena acción disminuiría si le jugaba una mala partida. Deteniendo el caballo dijo:

—Aquí está la frontera; si tu conciencia ne te remuerde, nada tienes que temer de los hombres.

Tolima y Sigfrid espolearon los caballos en dirección opuesta y se alejaron.

Volvió á relampaguear. Sigfrid temblaba de miedo. Desde que murió Rotgher había padecido mucho y su con-

ciencia no estaba tranquila. La noche pasaba en el subterráneo de Spichov, el miedo sentido, la clemencia inesperada y casi sobrehumana de Jurand le turbaron la mente.

La fiebre se apoderó de él; pensó que el mundo acababa y que se hundía en el abismo.

Creyó que una voz le gritaba; «¡Ha llegado tu hora!» Se volvió y creyó ver el espectro de la muerte. Adelantaba montada en un caballo blanco; y caballo y jinete eran dos esqueletos que crugían de una manera horrible.

—¿Quién eres?

—La muerte.

Junto á ella había otro esqueleto.

—¿Y tú quién eres?

El esqueleto rió sin ruido.

—Ha llegado tu hora.

—¡Ha llegado!—repitió aterrizado Sigfrid.

Movido por una fuerza irresistible bajó del caballo y le ató á un árbol.

Muchas voces le decían:

—Apresúrate.

Formó un nudo corredizo con la brida, introdujo en él la cabeza y apartando con el pie el caballo sobre el que se subiera, se lanzó al aire. Retumbó el trueno, y en su agonia Sigfrid creyó que el negro fantasma se disipaba. Y la lluvia y el viento azotaron el cadáver de Sigfrid que se balanceaba colgado de la rama.

Al día siguiente por el mismo camino que tomara Sigfrid, pasaron Jaghenka y Anulia con sus criados y los carros.

El día era hermoso, templado, sereno; las hojas de los árboles relucían por las gotas de rocío que en ellas fulguraban con irisados reflejos; la naturaleza parecía sonreír.

Los criados cantaban alegremente, pero Jaghenka pensaba que había perdido su mejor ilusión y que ya no había sino tristeza para ella.

Un hombre se acercó al destacamento.

—¿Quién eres?—preguntó Glava.

El desconocido dijo con voz temblorosa:

—En el camino hay un hombre ahorcado.

Glava pensó que era una víctima de los bandidos y preguntó:

—¿Está lejos?

—No.

—¿No hay alguien junto á él?

—Sólo he visto á un lobo.

Tranquilizóse Glava porque la presencia del lobo aseguraba la ausencia de hombres.

Jaghenka que miraba hacia el punto indicado por el desconocido, dijo:

—Héle aquí.

—¡Es Sigfrid!

—¿El cruzado?

—Sí, está colgado de la brida.

—¿Quién lo habrá matado?

—Qué sé yo. Ladrones no han sido porque se hubiesen llevado la rica silla del caballo.

—¿Y pasaremos por su lado?

—No, no,—exclamó Anulia horrorizada.

Jaghenka sentía miedo también. Creía que junto á los suicidas bailan los demonios. Glava murmuró:

—Yo le he tocado y nada me ha sucedido. De todos modos si tenéis miedo podemos dar un rodeo.

A Anulia le pareció la proposición de perlas; pero Jaghenka dijo:

—No se debe dejar insepultos á los muertos.

—Era un verdugo, un cruzado; merece pudrirse así y que lo coman los cuervos.

—Dios le castigará; nosotros debemos enterrarle.

—Os obedezco.

Se abrió la huesa. Glava haciendo la señal de la cruz

cortó la brida de Zigfrid, que cayó al suelo. Glava plantó una cruz de madera sobre la sepultura.

—El alma está en el infierno y el cuerpo en la tierra,— dijo Jaghenka.—Podemos marchar.

La joven echó una ramita de pino sobre la tumba; la imitó Anulia; lo propio hicieron los criados. Todos guardaron silencio sobrecogidos por la emoción que les produjo la visión siniestra.

Jaghenka, profirió:

—La justicia de Dios es inexorable.

—Y vos sois misericordiosa por haberlo hecho enterrar,—repuso el teheque.—La gente dice que la soga de un ahorcado procura la dicha. Yo no creo en ello.

Jaghenka dijo suspirando:

—Mi dicha no es más que un recuerdo.

V

Danusia estaba agonizando y Zbishko pensaba que no podría llevarla viva á Spichov. Su pobre cuerpo había sufrido demasiado. La calentura no la abandonaba y la mantenía en un estado de delirio. Los campesinos y los nobles sabiendo que llegaba la hija del valeroso Jurand salían á ofrecer comestibles y bebidas. La muchacha infundía gran piedad. Zbishko sólo vivía por y para Danusia alegrándose cuando mejoraba, desesperándose cuando recaía.

Pero la infeliz se moría á chorros. La muerte no quería soltar la presa en que hincó la garra.

Zbishko miraba á la querida joven y decía:

—Te hallé, te libré de los cruzados y deberé ahora perderte? ¡Oh desventura!

El rostro de Danusia estaba rojo como el fuego.

—¿Por qué me abandonas, amor mío, por qué?—repetía el caballero pensando en los Cruzados que eran causa de sus penas.

Cuando la comitiva llegó al pabellón de caza de Zbishko dió orden de detenerse. Abandonó la idea de ir á Varsovia sabiendo que el príncipe y la princesa estaban en Plotzk. Urgía llegar á Spichov.

Un día el rostro de la niña palideció y respiró con menos dificultad. Zbishko mandó hacer alto. La caravana estaba á una milla de Spichov en un sendero que separaba un campo de un prado. Los portadores de la litera se tendieron, las mujeres les imitaron. Zbishko permaneció al lado de la enferma.

La joven estaba relativamente tranquila.

Un segador afiló la hoz y el ruido metálico despertó á Danusia, que dijo:

—Las florecillas embalsaman el aire.

Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que principió el viaje. Zbishko, que expiaba todos sus movimientos, le dijo:

—¡Danusia, Danusia!

Abrió ésta los ojos, le miró y sonrió angélicamente.

—¡Zbishko!—murmuró extendiendo la mano.

—¡Oh, Danusia!—exclamó el joven entusiasmado.

Ambos teníanse apretadas las manos; el rostro de la joven respiraba una paz celestial.

De repente, estremeciéndose, exclamó:

—¿Dónde estoy?

—Cerca de Spichov, á mi lado. Han acabado tus penas; no temas, Danusia mía; la felicidad te sonríe, Dios te ama, ¡sé dichosa, vida mía!

Danusia dijo:

—No me has olvidado.

—¡No, no!—gritó Zbishko con voz angustiada.

Los labios de la joven se movieron; pero su voz se la llevó la brisa.

—¿Qué dices?

—Que las flores huelen bien.

—Estamos junto á un prado; pronto veremos á tu padre y yo seré tuyo hasta la muerte, ¿comprendes?

El rostro de la joven palideció más y más.

—¿Qué tienes?

—Está obscuro...

—¿Obscuro? ¿No ves cómo brilla el sol?

Trató de hablar la joven; pero no pudo lograrlo; se estremeció su cuerpo; contrajéronse sus facciones; agonizaba, moría.

Zbishko gritaba desesperado:

—¡Danusia! ¡Jesús!

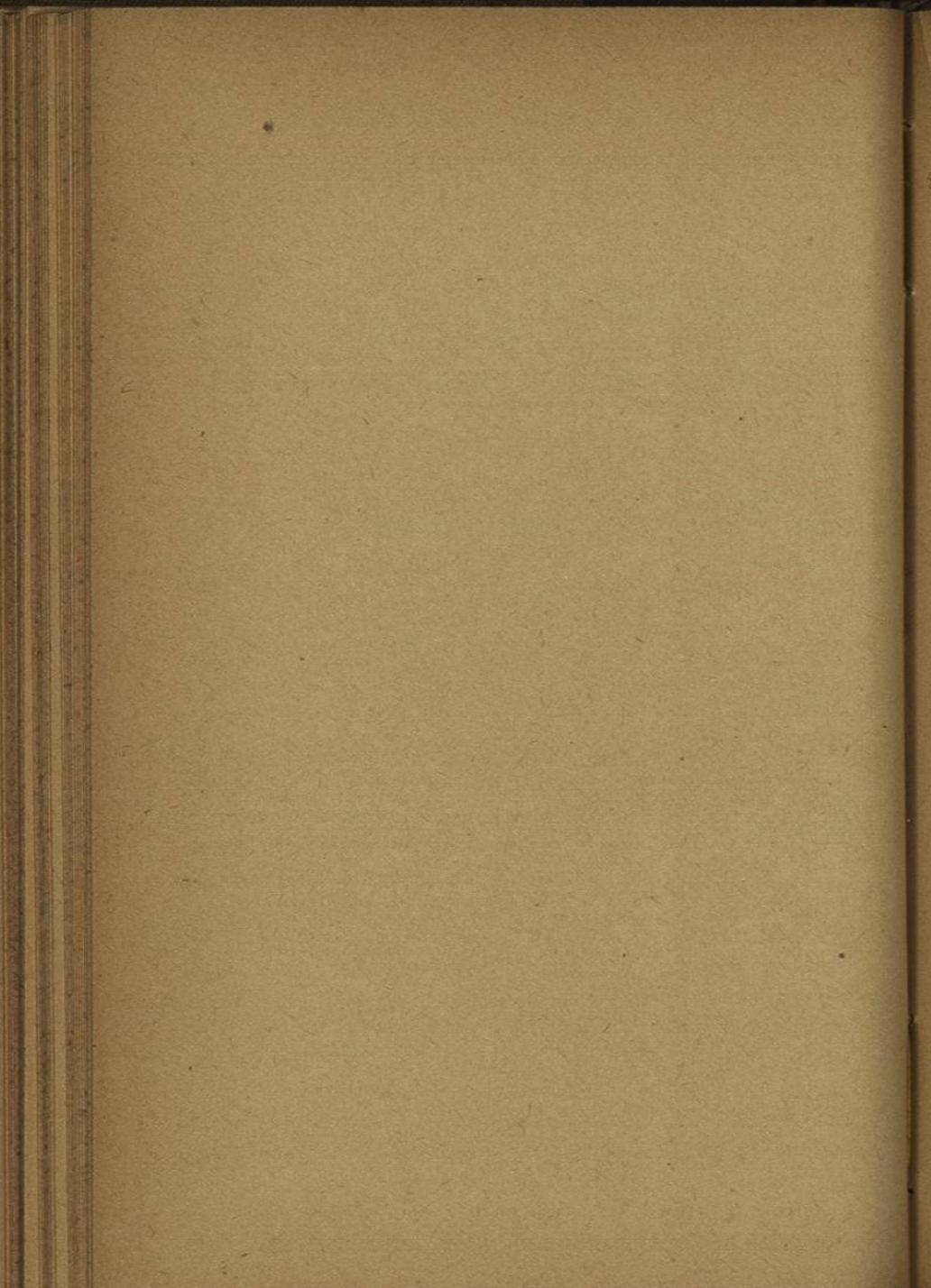
Las mujeres se acercaron; acudieron los criados; todos se arrodillaron y rezaron las preces de los agonizantes.

En el silencio campestre resonó lugubrementemente la plegaria; Danusia, con los ojos vueltos á Zbishko, parecía estar en éxtasis.

Las mujeres cerraban los párpados á la joven y la cubrieron de flores; Zbishko inclinó la cabeza sobre las rodillas de Danusia, casi oculta bajo un montón de flores y hierbas aromáticas.

Cuando se calmó el primer ímpetu del dolor, prosiguió el viaje. Zbishko caminaba al lado de la litera que conducía el cadáver de Danusia.

En el azul del firmamento no se veía ni una nube; la naturaleza sentía el beso de los áureos rayos del sol.



NOVENA PARTE

I

Llevaron el cadáver de Danusia á la frontera en la que se hallaban apostados muchos soldados de Jurand, uno de éstos partió para prevenir al viejo Tolima y al sacerdote Kaleb. La noticia de la muerte de Danusia atrajo á multitud de personas, y pronto llegó el fúnebre séquito á cuyo frente figuraba Jurand, que se apoyaba en Tolima.

Les seguía un paje que llevaba una bandera con el escudo de la casa, y en torno del paje se veían muchas mujeres casadas con tocas y las doncellas con los cabellos destrenzados.

Al ver á Jurand, Zbishko se detuvo y los demás le imitaron. El joven caballero exclamó con voz doliente:

—La he buscado, he batallado, he vencido, pero ella en vez de volver á Spichov se ha remontado al cielo. ¡Dios nos valga!

Entonces los soldados golpearon con sus arcos los escudos y las mujeres exclamaron: ¡Oh, fatal destino! ¡Pobre

virgen inocentel Te has partido al cielo y tu padre permanece aún entre nosotros...

A estas exclamaciones, siguió un canto religioso. Jurand, soltándose de los brazos de Zbishko que derramaba amargas lágrimas, extendió el bastón para pedir que le condujesen á donde estaba Danusia. Cuando estuvo al lado de la doncella la tocó con las manos para cerciorarse de que era su hija amada; luego la abrazó y levantando ambas manos al cielo, permaneció en actitud suplicante.

Zbishko estaba arrodillado junto á la litera y Kaleb recitó las preces del ritual, manifestando la esperanza de que Danusia recibiría en el cielo el premio de su martirio.

Después se fueron todos al castillo, en tanto que doblaban las campanas llamando al pueblo. Era la hora del crepúsculo, y como volvían de los pastos las ovejas, sus balidos se confundieron con las lamentaciones de los hombres.

Se depositó la parihuela en un capilla de la iglesia y velaron el cadáver hermosas doncellas.

Zbishko colocó á la muerta en un ataúd de enclna, cubierto con un paño y en el que había un pedazo de ámbar.

Jurand estaba atacado de parálisis; no podía moverse, pero razonaba todavía y pensaba en su hija amada.

Kaleb y Tolima le juzgaban muerto.

II

Cuando se hubo sepultado á Danusia, Zbishko permaneció como pasmado; con el transecurso de los días recobró su valor; y pudo narrar sus últimas aventuras, la prisión de Matzko y dijo que quería pagar el rescate del viejo caballero á los hermanos De-Baden.

En los sótanos de Spichov había mucho dinero. Kaleb creyó que los cruzados se contentarían con una crecida cantidad y llamó á Tolima.

—Ve á Plotzk,—le dijo,—y pide al príncipe su salvoconducto, á fin de enviarte con los cruzados.

Tolima partió; Kaleb no permitió á Zbishko partir, por temor á que el joven se comprometiese demasiado.

El joven se sentía desalentado; había entrevisto un porvenir de gloria y felicidad y hé aquí que la muerte le arrebatava el fruto de sus trabajos.

Pensó, como Jaghenka, que la felicidad no era para él más que un recuerdo; el dolor le atraía y su actividad se había trocado en languidez é inercia. En sus miradas se adivinaba el desaliento y Kaleb se arrepintió de no haberle mandado en persona al encuentro de los cruzados.

—Habrá que despertarle de ese letargo,—decía al coadjutor.

En esto llegó al castillo el caballero De-Lorsh; al verle Zbishko demostró gran turbación, acordándose de la batalla de Scnud y de la liberación de Danusia.

De-Lorsh, que era poeta, compuso una elegía en honor de la doncella por la noche; Zbishko, al oirla, rompió á llorar.

Al amanecer, dió las gracias á De-Lorsh por su visita y le preguntó cómo se había enterado de la fatal nueva. El caballero contestó que había visto á Tolima en poder del comtur de Liubava y que sabedor de la muerte de Danusia, venía á ponerse á las órdenes de Zbishko.

Este y Kaleb se affigieron al saber que Tolima estaba preso, y comprendieron que lo habían detenido para cogerle el dinero.

—¡Qué desgracial—exclamó Zbishko.—Mi pobre tío pensará que lo hemos olvidado; voy á rescatarle.

Y preguntó á De-Lorsh.

—¿Cómo ha caído en poder de los cruzados?

—No sé,—respondió De-Lorsh,—se fué á Malborg y...

—Lo creía más astuto, interrumpió Kaleb,—y creí que no se atrevería á visitar á esos bandidos sin el oportuno salvoconducto.

De-Lorsh encogióse de hombros.

—¿De qué le hubiera servido? Cada comtur y cada voit hacen lo que se les antoja.

—Razón de más para dirigirse á Plotzk y no á Malborg.

—Ese era su propósito; pero lo cogieron al atravesar la frontera y el dinero le ha salvado de una muerte cierta.

—¿Cómo está Matzko?

—Bien; pero le hubieran matado ya si no esperasen un fuerte rescate, por esta razón le defienden los De-Baden. Si lo matasen, todos los caballeros de Flandes, de Guel-dos y de Borgoña se sublevarían porque yo estoy emparentado con el conde de Gueldres.

—¿Y por qué volvéis?—preguntó maravillado Zbishko.

—Porque en Malborg dije: «Si dais la muerte al viejo señor de Bogdanetz, el joven hará lo propio conmigo.»

—No haré tal, os lo juro.

—Lo sé; pero ellos lo han creído y de aquí que Matzko esté fuera de peligro. Me han dicho que erais su prisionero, pero yo estoy en vuestro poder. Pagad el rescate á los De-Baden y pedid por el mío el doble ó el triple. Odio á los de Baden y antes de servirles me marchó á Tierra Santa.

—Permaneced con nosotros,—exclamó Kaleb.—Espero que así será, porque los De-Baden no pagarán vuestro rescate.

—Lo pagaré yo,—dijo De-Lorsh.—He venido con algunos carros llenos de riquezas.

—No las admito,—contestó el joven señor de Bogdanetz.

Se abrazaron, y De-Lorsh añadió:

—Procurad que no se enteren los alemanes, porque empeoraría la suerte de Matzko.

—Está bien; os quedáis aquí ó donde mejor os plazca; yo pasaré á Malborg y fingiré estar muy enojado con vos.

—En Plotzk deben avistarse el rey de Polonia y el gran Maestre; los cruzados desean si el rey ayudará á Vitoldo. Son unos bellacos, pero el rey lo es más todavía; quiero ir á su corte porque me dicen que hay allí hermosas mujeres. Zbishko debe ir allá para desenmascarar á los pérfidos cruzados.

—¡Feliz ideal!—exclamó Kaleb.

—Durante las fiestas,—añadió De-Lorsh,—se celebrarán torneos, y dicen que en estos tomará parte el caballero Juan de Aragón, el más valeroso guerrero de la cristiandad. ¿Le conocéis? Creo que ha retado á Zavischia, tenido por un atrevido campeón.

Zbishko recordó haber oído otras veces el nombre de Juan de Aragón, que, en efecte, era un famoso guerrero.

—¿Ha desafiado é Zavischia?—preguntó maravillado.

--Hace un año.

—Así no faltará á la cita.

—Creo que no; los cruzados han invitado á los dos célebres caballeros.

—De buen grado asistiría á ese singular combate.

—Aunque quede vencido Zavischia, lo cual no es difícil, el hecho de haber combatido contra el primer guerrero del mundo, constituirá una gloria para vuestro pueblo.

—Cierto que sí.

Pero según la historia, aquel combate se verificó más tarde en Perpiñán en presencia del rey Segismundo, el papa Benedicto XIII, el rey de Aragón y muchos príncipes y cardenales. Cupo el honor de la victoria á Zavischia.

—Quiero poner en libertad á mi tío lo más pronto posible y vendréis conmigo á Plotzk.

—Con mil amores, porque quiero conocer á vuestros caballeros y á las damas de la corte que gozan fama de muy bellas.

—Lo mismo deciais há poco de las de Vitoldo,—concluyó sonriendo Zbishko.

III

El caballero de Bogdanetz se acusaba de haber olvidado á su tío. Por lo mismo partió al amanecer junto con De-Lorsh y en el camino encontraron á Tolima que se había fugado.

Muy sorprendido Zbishko pidió al viejo explicaciones de la evasión, y Tolima le dijo que enviado por el comtur de Liubava á Brodnitzi en busca de dinero oculto allí, alcanzó á escapar de manos de los dos soldados por la noche, mientras cruzaban el río.

—¿Y los dos guardias?

—Percieron ahogados. En cuanto al dinero, se lo quedó en parte el comtur de Liubava, y la otra parte la guarda vuestro escudero.

—¿Dónde está?

—Ha salido de Spichov con la señorita, que ahora es dama de la corte.

—¿Y Sigfrido?

—¿No os lo ha dicho Kaleb? Se ahorcó, y habéis pasado junto á su sepulcro.

Guardaron breve silencio; después Tolima dijo:

—El escudero os buscaba, pero tuvo que detenerse porque la señorita enfermó á su vuelta de Spichov.

Zbishko, como si despertase de un sueño, preguntó:

—¿Qué señorita?

—La que vino vestida de hombre á Spichov con Matzko, que le tomó mucho cariño.

—Kaleb no me ha dicho nada.

—Porque estará afligido.

—¿Cómo se llama la joven?

—Jaghenka.

Zbishko se quedó admirado; no le parecía creíble que la joven hubiese salido de Zgogelitz para Spichov después de haberle dicho que estaba casado, y por otra parte nunca le había hablado de ella. ¿No soñaba el buen Tolima?

Antes de ponerse el sol, Zbishko pudo hablar con el tcheque, quien vió con júbilo á su amo.

Este, que confiaba mucho en el escudero, creyó que sus palabras le servirían de consuelo.

Zbisko esplicó lo sucedido y De-Lorsh tuvo que entonar de nuevo la canción dedicada á Danusia.

El joven señor de Bogdanetz dijo que se dirigía á Malborg para pagar el rescate.

—Hacéis bien,—observó Glava;—deseaba veros para aconsejaros el viaje á Plotzk. El rey debe avistarse con el gran Maestre en Ratzegek y en presencia del rey es fácil lograr todo de los cruzados, que se mostrarían complacientes.

—Tolima me ha dicho que no has podido verme antes porque Jaghenka de Zgogelitz estaba enferma ¿Por qué ha venido á Spichov?

—Porque Matzko temía que Chtan y Vilko se apoderasen de ella. El abate ha muerto instituyendo por heredera á la señorita, que está bajo la tutela del obispo de Plotzk. Este la guardará bien.

—¿Por qué la han llevado á Spichov?

—Porque hallándose ausente el obispo y la familia del príncipe no cabía fiar en los demás. Y fué fortuna llevarla, porque ella nos dió á conocer á Jurand.

El tcheque aseguró que éste quería mucho á la joven. Escuchábase Zbishko conmovido.

—Que Dios la bendiga,—murmuró.—Pero es extraño que nada me hayáis dicho hasta ahora.

El escudero le preguntó:

—¿Dónde?

—En Schmud.

—Entonces pensábamos de otro modo; pero me parece haberos hablado.

—De Jurand sí, pero no de Jaghenka...

—No me habré explicado bien; ahora está aquí la señorita, que podrá ser útil á Matzko.

—¿Cómo.

—Hablandole á la princesa, á la que respetan los cruzados. En estos últimos tiempos un hermano del rey, el príncipe Skirgello se sustrajo á su imperio y se refugió al lado de los cruzados, que querían darle el trono de Vitoldo. El rey ama á la princesa y oye sus consejos; y por lo mismo los cruzados le han pedido que influya en el ánimo del rey para que éste se ponga de parte de Skirgello; comprenden que sin Vitoldo estarán mejor.

—Si Jaghenka se interéssa por Matzko pedirá su libertad,—dijo Zbisko.

—Señor, decidle lo que debe hacer.

—Iré con De-Lorsh al castillo; pero antes cambiaré de vestidos y me arreglaré los cabellos que pensaba cortarme.

—Es mejor que no lo hayáis hecho.

Glava llamó á los criados y en tanto que los dos caballeros se vestían les habló de lo que ocurría en la corte del rey y del príncipe.

—Los cruzados,—les decía,—procuran hacer daño á Vitoldo y han concitado contra él al príncipe y á la princesa de estos países; aun el ilustre Janush parece enojado con Vitoldo por lo de Vilna.

—¿Irán esos también?

— Si, porque han de presentar al Maestre muchas quejas.

— ¿Y el rey no está indignado con la orden?

— Sí, hace tiempo, y prefiere Vitoldo á Skirgello que es un dilapidador, y por eso los caballeros dicen que el rey no negará su concurso á Vitoldo y hará que le ayuden los cruzados.

— ¿Y Zavischia?

— No está aquí; pero se nota la presencia de otros caballeros. ¡Ay de los alemanes!

Zbishko y De-Lorsh se dirigieron al castillo; el podestá Andrés de Jasinietz ofrecía á los caballeros un banquete al aire libre. El patio del castillo rebosaba de gente. Zbishko reconoció á Povala de Tacev, que se acercó al joven.

— ¿Cómo estás? Veo que llevas el cinturón y las espuelas de caballero.

— Salud, noble señor,—respondió el joven. — Celebro verle sano y salvo.

— ¿Dónde está tu padre?

— Mi tío queréis decir; prisionero de los cruzados y voy á rescatarlo.

— ¿Y la joven que te cubrió con el velo?

Zbishko enjugó una lágrima; el de Tacev comprendió y murmuró:

— La vida es triste.

Se llevó al joven á un rincón del patio y le oyó el relato de sus desventuras, de pronto dijo:

— Se lo diré al rey; le diré que los cruzados son peores que los tártaros y los turcos: ladrones, embusteros, traidores; el gran maestre se queja del rey y sin embargo le ayuda. Se lo contaré todo y castigará á sus enemigos.

— Todos han muerto.

— Lo celebro; no obstante queda el de Lichtenstein, contra quien lucharé en cuanto empiece la guerra; no puede al presente aceptar mi desafío sin permiso del gran Maestre que le necesita.

—Antes he de libertar á mi tío.

—Razón tienes; en cuanto á Lichtenstein no vendrá á Ratzengek; lo enviaron á Inglaterra para pedir auxilio al rey. Nada temas por tu tío; si el rey ó la reina interceden en su favor, será puesto en libertad.

—Y con tanto mayor motivo cuanto que tengo en mi poder al célebre De-Lorsh que desea conoceros.

Y al decir esto hizo seña á De-Lorsh que, en efecto, quería ser presentado á Povala.

El caballero loteringio dijo:

—Grande honor es el de estrechar vuestra mano, y mayor el de pelear con vos en el campo.

Sonrióse Tacev de un modo benévolo y murmuró:

—Me place saludaros como á un amigo y espero que lo seréis para mí.

De-Lorsh repuso con timidez:

—Por otra parte, noble caballero, si afirmáis que la señorita Inés de Dlugoliass no es la más bella y virtuosa del mundo, salvo el respeto que os debo, os reprocharé vuestro parecer...

Y miró á Povala con respeto no exento de ironía; el otro; hombre dotado fie fuerza hercúlea y de natural alegre, dijo:

—Cuando joven hice voto de glorificar á la duquesa de Borgoña, que tenía diez años más que yo: si afirmáis que es más joven que nuestra señorita Inés, nos batiremos.

—De-Lorsh se echó á reír; Povala lo cogió por los sobacos y le levantó como á una pluma.

—¡Paz! ¡paz!—repetía en son de burla.—Nosotros no podemos reñir.

El ruido de una trompeta anunció la llegada del príncipe Zemovítov y de su consorte.

—El príncipe,—dijo Povala,—en su calidad de caballero, entra primero que el rey.

Les acompañaban numerosas damas y muchos caballeros, con trajes de ceremonia,

Zbishko miraba aquello con curiosidad; de improviso exclamó:

— ¡Es ella, es Jaghenka!

La doncella le sonrió con agrado y luego bajó los ojos; una venda de oro sujetaba sus cabellos negros; aparecía esbelta, graciosa y bella como la hija de un rey.

IV

Zbisko se inclinó ante la princesa de Plotzk que de pronto no le reconoció, pero que al oír su nombre dijo:

— Os había confundido con un gentilhomme de la corte... ¿Y vuestro tío, vuestra esposa?

— Ha muerto, señora.

— ¡Virgen bendita! ¡Ah, no hablemos de esto! ella está en el paraíso y vos sois joven y... De modo que el caballero Matzko está aquí!

— No, sino en poder de los cruzados y voy á libertarle.

— ¡Y él tan previsor y astuto ha caído en el lazo!... Cuando hayáis logrado vuestro propósito, venid á mi corte, porque si vuestro tío es inteligente, á vos no os falta belleza.

— Princesa ilustre, vengo á pedirlos que intercedáis por mi tío.

—Venid á verme antes de la caza.

Sonó una trompa; entraron el príncipe Janush y la princesa. Esta, al ver á Zbishko, se encaminó hacia él, y mientras el joven le abrazaba las rodillas, ella dijo:

—Lloro por él, por ella y por tí; cuéntamelo todo.

Los caballeros que no conocían á Zbishko preguntábanse extrañados quién era aquel joven.

Dos nobles cruzados hablaban entre ellos, y decían:

—Se asegura que De-Danfald y De-Love se cuidan de magia; no lo creo.

Povala, que oyera la explicación, replicó:

—Los que impiden el bautismo de los lithuanos bien pueden dedicarse á la magia.

—Llevamos la cruz en el manto,—dijo con altivez el cruzado.

—Mejor es llevarla en el corazón,—replicó Povala.

Entraron entonces el rey y el arzobispo, los nobles y los altos dignatarios. El rey pareció otro hombre á Zbishko. Tenía largo el cabello, inquietos los ojos, pálido el semblante. Delante de él se pusieron los dos príncipes de Masovia y los embajadores alemanes que se inclinaban profundamente.

El embajador de la Orden, De-Benden, habló de los intereses de su congregación; pero el rey exclamó:

—Ya queda tiempo para oír tus sermones, Ahora es mejor que nos divirtamos.

Volviéndose hacia el príncipe Yanoviton, dijo:

—Mañana vamos al bosque, ¿verdad?

El príncipe explicó al rey, que era muy aficionado á la caza, el terreno en que ésta se verificaría, y mandó á uno de los señores que hiciera venir un «brontzi» (1).

Zbishko, aún cuando desease saludar al soberano, no

(1) Los que poniéndose cerca de un cazador le defienden contra los animales feroces.

pudo acercarse á él; pero el príncipe Jamont le saludó afectuosamente.

Una voz triste y suave murmuró:

—Zbishko...

Era Jaghenka, que se le había acercado.;

—Zbishko,—repitió la joven;—Dios y la Santa Virgen te consuelen.

—Dios te bendiga,—contestó el caballero.

—Estaban cerca uno de otro. Jaghenka parecía una reina.

Zbishko no se atrevía á tutear á la joven, que le salvara en otro tiempo la vida.

La princesa se acercó al joven y le dijo:

—Para nosotros dos la cena será triste; tú me servirás de paje.

El joven se inclinó, y cuando los comensales rodearon la amplia mesa, Zbishko hizo lo que le encargara la princesa. Jaghenka aparecía ahora más grave y circunspecta, y también más bella y más graciosa. Los caballeros la miraban con insistencia, y el rostro de De-Lorsh denotaba tal emoción, que Zbishko se enojó con él.

—Verdad es,—dijo la princesa señalando á Jaghenka,—que todas las estrellas palidecen ante ese sol.

Al acabar la comida, Jaghenka sonrió á Zbishko, que se fué á la posada momentos antes que De-Lorsh.

Un escudero de éste dijo á Zbishko:

—Mi dueño desea un favor.

—Decid.

—Os pregunta si la joven con quien hablasteis era un ángel ó una santa.

—Decid á vuestro amo que me asombra su pregunta. En Spichov quería ver á las mujeres lituanas. En Plotzk ha desafiado al señor de Tacev por la señorita Dlugoliass. Ahora piensa en esta otra joven. ¿Qué fidelidad es ésta?

De-Lorsh, que había oído á Zbishko, contestó:

—Tenéis razón. He jurado á Inés de Dlugoliass serle

fiel, pero fue muy cruel para mí. Me jugó una mala pasada. Díjome que tenía un enemigo, un mago que la perseguía. Y al llegar yo para desafiarme, noté un monstruo que me esperaba inmóvil. Dile un terrible tajo; el monstruo cayó: era de paja.

Zbishko contestó:

—¿Caso la joven obró con ligereza y sin mala intención.

—La prueba de que la perdoné es el duelo que propuse al caballero de Tacev.

—No os batáis.

—Sí, prefiero morir á vivir siempre triste.

—Es mejor que seais amigo del caballero.

—Vamos á verle.

Povala dormía; Janush invitó á los dos caballeros á la caza.

Por el camino, el príncipe de Jamont dijo á Zbishko:

—Hablé al rey de tus aventuras, y se ha enojado al saber cómo te habían atropellado.

Zbishko topó luego con Jaghenka, que le dijo:

—He rogado á la princesa que escriba al Maestre.

—Gracias.

—¿Por qué no me tuteáis?

—Es que ya no sois una niña.

—Y eso ¿qué importa?

Después de una pausa, la joven preguntó:

—Cuando esté en libertad vuestro tío, ¿os quedaréis aquí?

—No lo sé. Y vos, ¿seguiréis en la corte?

—No; quiero ver á mis hermanos.

—Mi tío te acompañará á Zgogelitz.

—Seré para él una hija.

La joven prorrumpió en amargo llanto.

Al día siguiente Povala dijo á Zbishko:

—Después de las fiestas, el rey se avistará con el gran

Maestre; te ha nombrado su caballero de honor y marcharás con él.

Zbishko se ruborizó de contento.

—¡A vos debo esta merced!—exclamó el joven.

—También la debes á la princesa de Plotzk, y más que á nadie á la generosidad de nuestro rey.

—Moriré con gusto por él.

V

La entrevista de Ratzengek, en la isla de Visla, no dió buen resultado. Solo dos años más tarde se devolvió al rey la tierra de Dobgintes y Bobrovniki. El rey se mostraba indignado de tanta perfidia, y el Maestre no quería hablar de Dogbin y obraba de mala fe, diciendo:

—No quiero guerrear contra vos ni contra la Lituania; pero Semud es de la Orden porque el mismo Vitoldo nos la ha cedido. No le auxiliéis, y así la guerra terminará antes, y entonces hablaremos de Dogbin.

Los embajadores del rey replicaban:

—Si crece vuestro poderío aún seréis más soberbio. Queréis poner en el trono de Vilna á Skirgello y el derecho de nombrar príncipe corresponde á Jagellon. Temed

El Maestre decía:

—El rey debe ordenar á Vitoldo que entregue Semud, pues de lo contrario puede estallar la guerra con Vitoldo.

Nada se sacó en limpio de aquellas entrevistas. El rey no quería acceder á lo que los cruzados pedían. Vitoldo no cedía. Los cruzados no renunciaban á sus pretendidos derechos, y no había manera de entenderse, por lo tanto, máxime cuando ninguno de los tres poderosos partidos deseaba sinceramente la paz, sino que, por lo contrario, anhelaba la guerra.

No se celebraron los torneos anunciados, porque no produjeron efecto las tentativas de obtener la neutralidad del rey.

Zbishko trató con Arnolde De-Baden del rescate de De-Lorsh y de su propio rescate. Arnolde era codicioso, pero no poseía la astucia de los cruzados; confesó á Zbishko que era preferible que mutuamente cobraran poco, pero en seguida, pues sino podría haber un cambio de prisioneros entre el rey y el Maestre, y esto no le convenía á él, que tenía la escarcela vacía.

Zbishko decía que pagaría cuanto era preciso. Arnolde le abrazó y los demás polacos alabaron al señor de Bogdadtetz.

El rey y el Maestre se convinieron en cuanto á los prisioneros; los polacos tenían hombres adultos, y los cruzados mujeres y niños. Hasta el Papa condenó la conducta de los cruzados.

En cuanto á Matzko, el Maestre opuso algunas dificultades, diciendo que merecía la muerte por haber prestado ayuda á los de Semud contra los cruzados. Los consejeros del rey recordaban el caso de Jurand y de su hija.

Se decidió que algunos caballeros fueran á las prisiones, y por parte de los polacos se nombró á Zindarm, Povala y Zbishko.

El rey nombró á este último porque le agradaba su carácter y porque jamás le pedía merced alguna. El príncipe Jamont influyó en el nombramiento. Zbishko fué á darle las gracias.

—Muchos deben envidiarte,—dijo el príncipe.

—Lo que yo desearía es estar á vuestro lado en el campo de batalla. Hoy mismo marcharemos; pero me parece que el viaje no será muy divertido, pues los cruzados rabian desde que Vitoldo les ha tomado casi toda la Lituania.

—Si el rey le auxilia hará una hermosa campaña.

—Tal deseo.

—Y yo.

—Pero mientras viva el actual Maestre no estallará la guerra.

Tenía razón; Zbishko se convenció de ello en Malborg. Conrado de Junghingen no era malo por naturaleza, sino por necesidad; no era falso por natural inclinación, sino para realzar el prestigio de su Orden.

El gran Maestre era orgulloso, colérico, cruel; pero á veces se mostraba benigno con los vencidos. Conrado comprendía que su situación era parecida á la de un cochero cuyos caballos se han desbocado; quizás recordaba una profecía: «Los hice á semejanza de las ovejas productoras y ahora se rebelan contra mí. No cuidan de su alma y no tienen compasión del pueblo que es mío. Día vendrá en que les caerán los dientes, sus miembros cercenados, y entonces comprenderán sus pecados.»

El Maestre sabía perfectamente que todo el edificio de la Orden se sustentaba sobre falsa base, y temía que una mano poderosa, conmoviendo los cimientos, lo echara todo abajo.

Por tal causa procuraba evitar la guerra con Polonia; y no tuvieron razón los que le acusaron de debilidad. Es probable que presintiese la próxima ruína, y quizás entonces pensaba en reconstruir el inmenso edificio sobre una base de justicia y rectitud; pero era ya hartó tarde. Para ser justos hubiesen tenido los cruzados que renunciar á muchas comarcas y á muchas riquezas; volver á Palestina y defender verdaderamente la Cruz contra los sarracenos. El que tal propusiera sería tratado de loco y

visionario; era necesario adelantar por el camino de la injusticia, en cuyo extremo estaba el castigo.

El Maestro andaba triste pero altivo; la obscura coraza y el largo manto con la cruz le prestaban un aspecto grave y austero.

En su juventud fué honrado, muy amigo de justas y torneos y de cacerías; pero ahora, cuando todos acataban su poder, cuando se le afirmaba que la Orden era una potencia formidable, recordaba la profecía; «Día vendrá en que les caerán los dientes...»

VI

El camino pasa por Grudsent, y allí el gran Maestre tenía que detenerse para resolver un litigio entre el gobernador de la Orden y la nobleza, acerca de unos derechos de pesca. Después continuaría el viaje por el río hasta Malborg.

Zindarm, Povala y Zbishko admiraban el poder y las riquezas de los cruzados, y especialmente Zindarm que, además de ser un paladín victorioso, era un gran militar, entendido en el arte de la guerra.

El Maestre esperaba que mostrando al valeroso capitán los medios de defensa y ataque de los cruzados, quedaría impresionado y aconsejaría la paz al rey.

El castillo de Malborg no tenía punto de comparación con ningún otro. Los caballeros vieron desde larga distancia sus torres altísimas. Las murallas de la ciudad eran altas, anchas, imponentes. El rostro del Maestre se iluminó al verlas.

—¡Has nacido del lodo de Marienburg!—exclamó.—
¡Ningún poder humano podrá derrumbar este barrol

Zindarm miraba el foso y las murallas. Conrado preguntó.

— Vos que entendéis en fortificaciones, ¿qué os parece ésta?

— Parece inaccesible, pero...

— ¿Pero?

— Todo castillo puede cambiar de dueño.

— ¿Por qué decís ésto?

— Porque los hombres no pueden conocer la voluntad de Dios.

Y continuó andando. El Maestre replicó:

— Nuestro Mariemburg es diez veces mayor que Vavel.

— Allí, en la cúspide no hay tanto ámbito como aquí en la llanura, y además, en Vavel tenemos el principal corazón.

— No comprendo.

— ¿Qué es el corazón de un castillo sino su templo? Nuestra iglesia es tres veces mayor.

Y señaló con la mano un templo en cuyo timpano se veía la imagen de la Virgen María, de mosaico, sobre fondo de oro.

— Rara es vuestra respuesta, — murmuró el Maestre.

En la ciudad tenía se noticia de su llegada. Cerca de la puerta esperaban los altos dignatarios, la clérigalla y los caballeros laicos. Su estatura aventajada, sus anchos hombros, sus barbas espesas, las miradas feroces, antes les daban el aspecto de bandidos alemanes que de religiosos. En su frente se leían la altivez y la osadía sin igual. No respetaban mucho á Conrado; pero le saludaron con deferencia al ver que le acompañaban caballeros extranjeros.

El maestre preguntó:

— ¿Qué noticias hay de Verner de Tettinghen?

Verner era el que mandaba á los cruzados contra Vitoldo.

— Nada importante se sabe; hemos tenido pequeñas

pérdidas; los salvajes han quemado las aldeas de cerca Raghneta y otros castillos.

—Esperemos que una batalla campal acabará con su atrevimiento,—dijo el maestre, murmurando una plegaria.

Después presentó á los caballeros polacos.

—Son los embajadores del rey de Polonia,—dijo.—Vienen para hacerse cargo de los prisioneros; preparadles alojamiento.

Los de la Orden miraban con curiosidad á los polacos, especialmente á Povala, célebre por sus proezas. Examinaban á Zbishko, de quien se acordaban. No se fijaban tanto en Zindarm, que de allí á poco sería célebre. Sus manos grandes sobre ponderación y sus piernas torcidas, despertaban la risa de los cruzados, aunque la reprimían por cortesía.

El comtur les llevó al primer patio del castillo donde había la escuela, las cuadras y una capilla de San Nicolás y dijo:

—Este edificio de la izquierda contiene la caballeriza; la gente dice que somos pobres, pero...

—Ya se vé que no,—dijo Povala.

—Tenemos cuatrocientos caballos. Sobre las cuadras hay reservas de pan y harina para diez años. En cuanto al hambre no hemos de temerla.

Después guióles á otro patio que había en la primera línea fortificada.

—Tened en cuenta,—dijo,—que esto es lo menos fuerte del castillo, que tiene tres recintos.

Luego entraron en el segundo recinto que era más elevado que el primero. Desde allí se dominaba todos los edificios y se veían las obras de defensa; entre las cuales hay que contar los fosos llenos de las amarillas aguas del Nagata.

El conjunto de todas aquellas fortificaciones y edificios

constituía una fortaleza en que la cruz y la espada se aunaron para oprimir á la humanidad.

Durante todò el día no paraba el movimiento de operarios y soldados. Oíanse todos los idiomas del mundo; había gente de todas razas y procedencias.

En la parte alta del castillo, junto al palacio del gran maestre, se levantaba una torre con el tesoro que, servía para las expediciones, para el pago de los sueldos, y para las necesidades de los gobernadores, síndicos y condes. Allí, á la fuerza de la espada y de la cruz se unía la del oro y resultaba irresistible.

Los soberanos no solo iban al castillo para pedir préstamos de dinero, sino para aprender á gobernar.

Los caballeros para aprender el arte caballeresco pues pocos había como los templarios que le conocieran.

La Orden, como una araña colocada en el centro de una tela inmensa, tiraba de los hilos á derecha é izquierda y castillos y pueblos, y nobles y villanos, caían en sus redes, aumentando la potencia de la temida institución.

Lithuania sentía la presión de la Orden, y Polonia vencedora en Plotzk perdía terreno á la izquierda del Vistula.

La Orden de Livonia aspiraba á ocupar las tierras de Rusia, y como amenazadora avanzaba, causando estragos.

Las cristianización de Lithuania turbó la paz de la Orden la cual, por más que no perdió territorio alguno, comprendió que surgía una fuerza amenazadora á su lado.

Los cruzados deberían volver á Palestina para defender á los peregrinos que iban al Santo Sepulcro, pero hacer esto, equivalía al abandono de castillos y campos y bosques con que se hallaban encariñados.

Los cruzados se revolvían furiosos como serpientes mordidas en la cola contra cuantos consideraban causantes de su ruina.

Conrado, temía la guerra con el potente soberano polaco, porque los recursos de éste, eran casi inagotables.

Sin embargo, la mayor parte de los templarios insistía en querer la lucha á todo trance, en tanto que era posible aún engañar al papa, y hacerle creer que la Orden era muy poderosa.

Decían que Jaghellon y Lithuania se habían cristianizado únicamente en apariencia, pues era imposible que se hubiera hecho en un año lo que la espada de la Orden no pudo conseguir en muchos siglos; contra Polonia y su rey y sus nobles, se murmuraba que eran defensores del paganismo, y aquellas calumnias se difundían por doquier y hacían que fuesen á Malborg, príncipes y condes y caballeros de las lejanas tierras del medio día y del occidente.

Marienburg, dominaba desde su altura todo el país, y se mostraba orgullosa, rica y potente; pero los cruzados, no comprendían que de la ingente roca huyó el espíritu y solo quedaban las murallas, centinela avanzado de la infamia y de la codicia; pero aquella roca, era aun muy fuerte, y así lo comprendían Tacev y Zbishko y Zindarm de Mashkovitz los cuales recordaban las palabras que los cruzados dijeron una vez al rey Casimiro: «nuestra fuerza es mayor que la tuya, y si no cedes, te perseguiremos espada en mano, hasta Cracovia.»

El conde mostró á sus huéspedes la estancia destinada á ellos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

VII AÑO. 1625 MONTERREY, MEXICO

Matzko y Zbishko, se abrazaron con aquel afecto que nace del compañerismo y los dolores pasados en común durante muchos años.

El anciano caballero, advirtió desde el primer momento la tristeza que se había enseñoreado del alma de Zbishko, y le abrazó más fuerte, para hacerle comprender que no era insensible á su dolor. Después de algunos momentos de silencio, el anciano dijo en voz baja;

—¿La perdiste?

—Murió entre mis brazos junto á Spichov,—contestó Zbishko.

—Y Jurand, ¿vive?

—Lo he dejado vivo, pero...

—Mejor hicieras quedándote allí.

—¿Y dejaros á vos aquí?

—Semana más ó menos...

—Tenéis pálido el rostro.

—Es á causa de la humedad de los subterráneos. La herida se me ha vuelto á abrir; ¿te acuerdas de aquella grasa de castor?

—Sí,— contestó Zbishko sonrojándose, y luego, preguntó:

—¿Os pusieron en un subterráneo?

—Los templarios están coléricos contra Vitoldo y contra Semud, pero más aún contra los que tratan de auxiliar á los defensores de esta ciudad. Si no me han cortado la cabeza, lo debo sin duda á su codicia, que anhelaba un rico rescate, y á que era yo una prueba viviente de la mala fé del rey polaco que envía auxilio á los paganos. Nosotros que estuvimos en Semud, sabemos que sus habitantes desean el bautismo y los templarios fingen ignorarlo para seguir sus depredaciones. Intercedió por mí De-Baden pero le hicieron poco caso, y á no ser por De-Lorhs que es muy temido y respetado, de fijo que me juegan una mala partida. Este, les dijo que era prisionero tuyo y le hicieron observar que si ellos me mataban á mí, tú le matarías á él. Les amenazó además con contar todo cuanto hacían, y los malos tratos que daban, y los templarios atemorizados, me pusieron en un local menos infame. He oído decir que el rey había obtenido un cange de prisioneros, así es que tú, no habrás de pagar nada por mi rescate.

—¿Y nuestra palabra de caballero? Arnaldo podría llamarnos follones.

Matzko, al oír aquellas palabras, se entristeció é inclinando la cabeza dijo:

—Por lo menos, podemos disminuir el rescate.

Después, tras una breve pausa, añadió:

—Veo que sabes defender tu honor.

—No es dinero lo que nos falta, sino felicidad.

—Dios nos ayudará; yo he de vivir muy poco tiempo.

—No os apenéis; la libertad y el aire puro de Bogdanzetz, os devolverán la salud.

—¡Ay! ni la libertad ni el viento, pueden nada en mi favor. El aire, dobla los arbolillos, pero destroza los viejos troncos.

—Desechad la tristeza.

—Tengo razón de estar triste.

—¿Por qué?

—¿Te acuerdas, cuánto me irrité aquel día que alabas la potencia de la Orden? Pues bien, ahora que he vivido entre esos miserables, comprendo que tenías razón. ¡Cuanta fuerza! ¡Cuanto poder! Nuestros caballeros desean pelear contra los alemanes, pero no saben los recursos con que cuenta la Orden. Dios tenga compasión de nuestros príncipes y de nuestro pueblo.

Matzko inclinó la cabeza y Zbishko contestóle:

—Luchando uno contra uno nuestros caballeros pueden vencer, pero en una guerra...

—Espero que lo comprenderá nuestro rey; es muy experto en el arte militar.

—Entonces no se declarará la guerra.

—Pero habéis de tener en cuenta que si los cruzados ven que son los más fuertes la guerra estallará; lo mejor sería llegar á un pronto arreglo.

—Lo siento por la nación, pero algunas veces pienso que es un castigo de Dios. Vuestros caballeros, fueron demasiado atrevidos; osaron desafiar hasta el gran Tamerlan. ¿Te acuerdas del día de tu suplicio?

Zbishko, palideció al triste recuerdo.

—¿Quién me salvó del verdugo, sino ella? ¡Oh! Jesús. ¡Oh! ¡Danusia mía!

—¿Qué tienes muchacho? Cálmate.

El joven se mesaba los cabellos. Matzko se desmayó. Zbishko le acostó. Al día siguiente Matzko al despertarse, dijo:

—Comprendo que la hora de la muerte no ha llegado aún para mí, y casi estoy dispuesto á montar á caballo.

—Los embajadores permanecerán aquí aún unos días pero nosotros no partiremos hasta que estéis en disposición de ello.

En aquel instante entró Glava.

—¿Qué hacen los embajadores?—le preguntó Matzko.

—Visitan la ciudad y almorzaron en el gran salón.

—¿Qué has hecho esta mañana?

—He observado los ejercicios militares.

Matzko dirigiéndose á su sobrino, dijo:

—Hoy, si me encuentro bien, partiremos.

—¿Hoy?

—Sí, iremos á Spichov.

—¿Y permaneceremos allí?

Matzko, miró á su sobrino, como interrogándole, por que nada habían decidido para el porvenir.

El joven añadió:

—Cuando estéis mejor iremos á Bogdanetz.

—Oye, muchacho, Spichov, es una tierra maldita; no vayamos más allí.

—Tenéis razón, pero allí está la tumba de mi Daria nusia.

El anciano dijo:

—En Plotsk, decidiremos lo que hemos de hacer.

—Cuando estéis curado.

—¿En la corte está Jaghenka?

—Sí.

—Es una de las damas de la princesa Alejandra. A propósito, no me has dicho lo que os sucedió cuando me diste jaste con Skirvollo.

—La conduje á Spichov y gracias á ella, reconocimos á Jurand.

—Os quiere mucho, — observó Zbishko.

—Es la mejor muchacha del mundo, — exclamó el viejo.

Zindarm de Maskovitz y Povala de Tacev, entraron en la habitación.

—Bendito sea el nombre de Dios, — dijo Zindarm, — ¿cómo estáis?

—Bien, Zbishko, dice que el aire libre, me probará.

—Ciertamente.

—He dormido bien. ¿Y vosotros os levantasteis temprano?

—Sí, primero nos dieron noticia de cuanto nos interesaba, y después, visitamos la ciudad y los fuertes.

—¡Buen castillo!—dijo Matzko, en el templo, están los ornamentos árabes que los templarios dicen haber cogido á los sarracenos en Sicilia. Las salas son espléndidas, y las murallas soberbias.

—¿Habéis visto á los templarios?

—Sí, vimos soldados y caballeros; todo nos fué enseñado, no por deber de cortesía sino por intimidarnos.

—Y...

—Si la guerra estalla les echaremos de aquí.

Matzko se puso en pie.

—Me han dicho que sois experto en el arte de la guerra; yo estoy asustado al ver la solidez de esta fortaleza; vos en cambio, no parecéis preocuparos por ello, explicaos.

Dijo, y volviéndose hacia Zbishko añadió:

—Haz que nos sirvan el vino que nos dió ayer el komptur.

Los caballeros rodearon al caballero Zindarm, que dijo así:

—No hay fortaleza que no pueda caer; lo que la mano de un hombre ha levantado, puede derribarlo la mano de otro hombre, con argamasa se unen las piedras, con amor se juntan los pueblos. Los nobles de las fronteras nos han asaltado y nosotros les rechazamos, bien claro y patente, es el pacto que firmaron el rey y el gran Maestre. Un ciudadano de Malborg me dijo: «De buena gana serviria á vuestro rey aunque debiera costarme libertad y vida.» Un sacerdote me dijo también: «Cuando el pueblo dice en la oración, *vénganos el tu reino*, piensa en vuestro rey.»

El caballero de Maskhovitz se levantó, y después de asegurarse que nadie escuchaba tras la puerta añadió:

—Los templarios son odiados en Rusia, no solo por los que hablan nuestra lengua, sino por los alemanes.

—¿Qué tiene eso que ver con la fuerza de la Orden?— preguntó Matzko.

Zindarm sonrió.

—¿No os habéis batido nunca sobre la arena?

—Muchas veces.

—¿Y no cayó el caballero á quien se le rompió la cinta de la silla?

—Sí.

—La Orden es un caballero en tales condiciones.

—¡Pardiez!— exclamó Zbishko.

—Esperemos,—dijo Matzko.

VIII

Los propietarios de Bogdanetz, pensaban partir pronto del castillo, pero no pudieron hacerlo aquel mismo día, porque tuvieron que asistir á un gran banquete dado en honor de los embajadores.

La sala del convite era amplia y muy clara; además de los embajadores, asistía al almuerzo el conde de Borgoña; junto al gran Maestre estaban tres grandes dignatarios del castillo.

Aun cuando la Orden proscribiese en sus reglamentos toda pompa, los templarios tenían platos argentinos y de oro y bebían vinos exquisitos en cinceladas copas.

Durante el almuerzo la conversación languideció; pero por la noche al cenar en el «Comvetz Remter» la alegría y la animación fueron grandes.

La buena armonía no fué turbada por discusiones ni altercados; los templarios procuraban no molestar á los polacos por estar revestidos del carácter diplomático.

Los polacos que conocían las refinadas costumbres de Occidente, pensaron que eran excesivos los festejos, y harto vulgares, y hallaron impropios los bailes de las mujeres y de los osos.

Algunos se asombraron de que en el castillo hubiese mujeres, y se les dijo que ya en tiempo del maestre Vrik De-Kniprodoc habitaba en él la bellissima Ana de Alfeben.

Los templarios se justificaban diciendo que las mujeres, no habitaban en el castillo, sino que iban á las fiestas para cantar, como fué una vez la mujer de Vitoldo para jugar.

Zindarm, preguntó al maestre si sus súbditos respetaban la Orden, y Conrado contestó.

—Quién ama la cruz, ama á la Orden. Contra nuestros enemigos, tenemos dos medios de defensa.

—¿Cuáles?

—Si bajáramos por una escalerilla del comedor á una gran estancia subterránea, y os mostrase lo que hay en ella, sabríais uno de los medios.

El caballero de Mashkovitz comprendió que el maestre aludía á la «torre llena de Oro.»

—Hace mucho tiempo que un emperador alemán mostró á un embajador nuestro una estancia diciendo: «Hé aquí el medio de vencer á tu amo.» El embajador tiró al montón de monedas su anillo riquísimo y dijo: «Vaya el oro con el oro, nosotros amamos más el hierro.» En Chundesfeld se probó tal aserto.

—¿Qué es Chundesfeld? - preguntaron algunos.

—Es un campo en el cual fueron sepultados muchos alemanes y también muchos perros, — contestó tranquila-Zindarm.

Los caballeros y los templarios quedaron atónitos al oír aquella respuesta.

Cindarm, añadió:

—El oro cede al hierro.

—También tenemos hierro,— observó el maestre, —ya habéis visto nuestros almacenes llenos de armas. En ninguna parte veríais más lanzas, corazas y escudos.

Povala de Tacey, tomó un cuchillo de encima de la

mesa y lo dobló diciendo: «Ved como se parten vuestras armas.»

El Maestre exclamó:

—Tenéis manos de acero.

El conde de Borgoña exclamó:

—¿Esta hoja es como blanda cera en vuestras manos?

—Somos fuertes, porque despreciamos el lujo; hasta en las fiestas acostumbramos á ensayarnos en trabajos hercúleos y una joven de mi país es capaz de hacer lo que yo he hecho.

Los templarios estaban de mal humor; Ghelfenstein dijo:

—Es una vergüenza para nosotros. Hermano De-Baden, mostrad que nuestros músculos no son más débiles que los de los polacos.

Los criados trageron un cuchillo, y De-Baden, bien por el orgasmo de la prueba ó bien por debilidad momentánea no consiguió doblar la fuerte hoja.

IX

Matzko y Zbishko no hallaron en Plotzk á la familia del príncipe porque había ido á Cersk, invitada por la princesa Ana Danuta.

El obispo les dijo que Jaghenka había decidido permanecer junto á Jurand hasta que muriera el anciano; Matzko no perdió la ocasión de alabar, como se merecía, á la joven, que prefería permanecer al lado de un enfermo á divertirse en una corte.

—¡Cuánto deseo verla! —dijo Matzko,—me quiere mucho y estoy seguro de que aún es más bella ahora.

—Ya lo creo,—replicó Zbishko;—antes era una garrida aldeana; ahora es una elegante dama.

—No hay que extrañarlo; la familia de Fastscombetz es de ilustre prosapia.

Después de una breve pausa, añadió el anciano.

—Querrá volver á Zgogelitz.

—Me extraña pues por su propia voluntad salió de allí.

—¿Y la enemistad de Vilko y Chtan? Yo temía hasta por sus hermanos.

- Los huérfanos están protegidos por Dios.

—Ahora la venganza se dirigirá contra mí porque induje á la muchacha á partir; ya soy viejo y débil.

—Decídselo á quien no os conozca.

Matzko, se limitó á contestar:

—Ya hablaremos de ello en Spichov.

El día era hermoso, y el camino cómodo y seguro. Cuando los dos caballeros llegaron á Spichov, Jaghenka les salió al encuentro y saludó á Matzko como si fuera su padre.

Zbishko se dirigió á la tumba de Danusia.

Matzko exclamó:

—¡Dios la quiso para sí! ¡acatemos su voluntad! Pronto terminará nuestra vida errante.

—Dios nos protegerá;—murmuró Jaghenka.

—Ya es hora de que volvamos á casa.

—Estaremos aquí mientras viva Jurand,—agregó la joven.

—¿Cómo está?

—Sonríe de continuo como si viera el paraíso.

—¿Tú le cuidas?

—Sí, pero Kaleb dice que los ángeles le consuelan.

—Se dice que la mejor muerte para un guerrero es el campo de batalla,—dijo Matzko,—pero también la de Jurand me parece envidiable.

—Nunca pide nada, sonríe, sonríe siempre.

—Vamos á verle.

Zbishko quedó junto á la tumba de su adorada, la lápida estaba cubierta de delicadas flores, que indicaban que una mano piadosa cuidaba de aquel rincón.

El joven preguntó:

—¿Quién cuida de estas flores?

—La señora de Zgogelitz.

Zbishko no habló nada, pero cuando vió á Jaghenka, cayó de rodillas ante ella, exclamando:

—¡Dios te bendiga, y siembre en el camino de tu vida, las flores que tu mano puso sobre una tumba!

La joven hundió sus manos entre los largos cabellos del guerrero y con voz acariciadora, exclamó:

—¡Oh! ¡Zbishko si por lo menos pudiera consolarte!

X

Jurand murió y durante una semana entera, su cuerpo no dió señales de descomposición.

Era evidente el milagro y muchos aldeanos fueron á Spichov para dar un último adiós al viejo destructor de los templarios.

Zbishko iba á menudo al bosque, pero sin dedicarse á la caza.

Un día viendo á Matzko á Glava y á Jaghenka, les dijo:

—Triste cosa es la compañía de un hombre como yo, abatido por la pena; mejor es que volváis á Bogdanetz y á Zgogelitz.

—Sí, será mejor para nosotros y para tí,—observó Matzko.

—Volveré á Bogdanetz; pero no ahora.

—Pensaba lo contrario...

—Sabed que he de cumplir un voto.

—Muerta Danusia quedás desligado del voto.

—Mi muerte, lo anulará, pero no la suya. Juré por mi honor de caballero.

—No te digo que lo rompas.

—¿Qué decís pues?

—Qué eres joven y tienes tiempo para cumplirle. Ven con nosotros, reposarás y luego podrás luchar con más ventaja.

—Os confieso que en mi alma, solo hay dolor y tristeza.

—Entre gente extraña aún pensarás más.

—No, no puedo ir á Bogdanetz, necesito moverme, agitarme, no dar paz á la mano; me parece que cuando haya cumplido mi voto, estaré tranquilo.

—Haced lo que queráis,—agregó Jaghenka.

—¡Jesús santo!—dijo Matzko.

—Zbishko, jurá que volverás á nuestro lado, si Dios te libra de la muerte.

—¿Por qué no volver?

—¿Por qué?...—repuso la joven ruborizándose.

—¡Jaghenka!—exclamó Zbishko, abrazándose á sus rodillas.

XI

El anciano dueño de Bogdanetz, quería acompañar á su sobrino á las huestes de Vitoldo, pero Zbishko, no quiso y le dijo que marcharía con tres siervos. En vano Matzko y Jaghenka insistieron para que llevase como escudero á Glava; rehusó el joven diciendo que quería

olvidar su dolor, y que la presencia del teheque despertaba sus tristes recuerdos.

Antes de marchar se trató de Spichov; Matzko, proponía venderlo, llevando á Bogdanetz todas las riquezas del castillo pero Zbishko no era partidario de ello.

—¿Cómo vender los huesos de Jurand? ¿De tal manera le daría las gracias por su generosidad?

— Además del ataud de Danusia, bien podríamos trasladar el de Jurand.

— Es verdad; pero aquí está rodeado de sus antepasados y esto debe ser grato á sus males.

— No, no debemos vender Spichov, —dijo Jaghenka.

Matzko, que conocía la firme voluntad de su sobrino, dijo:

— Lo siento, pero cúmplase tu deseo.

Jaghenka, preguntó:

— ¿No se podría arrendar Spichov? Kaleb gobernaria...

— Señora, —contestó el sacerdote, —soy viejo como Tolina.

Este dijo á su vez:

— Sí, soy viejo y además no sé gobernar, lo único que pido es combatir á los alemanes y marchar con vos, señor Zbizhko.

— Aquí precisa un hombre, —dijo Jaghenka, —un hombre que sepa luchar, Glava por ejemplo.

El teheque contestó:

— De buena gana seguiría á mi amo, pero si conviene que permanezca aquí, permaneceré.

— ¿Y bien? —preguntó Zbishko.

— En una palabra, —repuso Glava, solo me faltaría que.....

— ¿Qué quieres decir?

— ¿No me habéis comprendido?

— No.

Jaghenka sonrió, agregando:

— Con Anulia estarás bien.

El teheque, murmuró:

—Hasta en el infierno estaría bien,

Zbishko miró al escudero, Matzko le miró también, y Jaghenka, añadió:

—La cuestión es saber si Anulia te quiere.

Presentóse la joven y cubriendo su rostro con las manos, escondió en la falda de Jaghenka su púdico rubor que era una tácita confesión de su amor.

—Benedicidnos señora,—exclamó el enamorado Glava.

XII

Zbishko disponíase á partir. Subió sobre su brioso caballo y mientras se despedía de sus amigos, Jahhenka mirábale en silencio:

Matzko, Kaleb, y el escudero, formando grupo aparte, le despedían á su vez.

Zbishko mirábalos á todos conmovidos, y fijándose en Jaghenka, después, parecíale oír de sus labios un murmullo inperceptible que decía:

—Hasta la vuelta.

—Después,—dirigiéndose á ella,—dijo en alta voz.

—Jaghenka, ¡adiós! te quiero como si fueses mi hermana.

—Lo sé,—contestó la joven;—¡qué Dios te lo recompense!

—Cuida de mi tío.

—Lo haré; y tú acuérdate de mí.

—Volveré,—repuso Zbishko.

—¡Te espero!

Y aquella palabra que había oído otra vez en Plotz, ahora nuevamente le conmovía con su dulce recuerdo, como el eco de una esperanza nueva.

Jaghenka inclinó la cabeza ahogando un suspiro que se escapaba de su pecho.

Los soldados entonaron la canción de despedida.

—¡Partamos!—mandó Zbishko con voz entera.

Partamos,—repitieron los suyos.

Sobre un montículo que formaba el terreno, Jaghenka, Matzko, Kaleb, Tolima, Glava y Anulia saludaron y despidieron otra vez á los expedicionarios y el sacerdote les bendijo haciendo la señal de la cruz.

Matzko oyendo el alegre relinchar del caballo de su sobrino dijo que era un feliz augurio y que la Santa Cruz le serviría de guía.

Matzko se detuvo poco tiempo en Spichov y dirigióse Jaghenka y sus siervos á Bogdanetz.

Kaleb y Tolima, no se sentían muy placenteros abandonando aquellos lugares.

Solo turbaba á Matzko el pensamiento de que su sobriño sucumbiera en la empresa que acometía.

Entonces se acordó de Chtan y Vilko que tal vez no le recibirían muy cortesmente, más no les temía porque ahora sentíase fuerte. Una sola pesadilla le quitaba la tranquilidad: que Zbishko considerase á Jaghenka como á una hermana.

—¿Esperará su regreso?—decíase el viejo caballero, y se abstenía de comunicar su pensamiento á la pobre huérfana.

Solamente se atrevió á decirla, creyendo animar su espíritu abatido.

Quiero recordarte que el pobre Zich, repetía á menudo que una muchacha no puede estar sin marido. Vamos á ver, ¿te parece que tenía razón?

— ¡Oh! ¡qué pregunta!

— En fin, ¿deseas casarte?

— No... quiero entrar en un convento, esa es mi vocación.

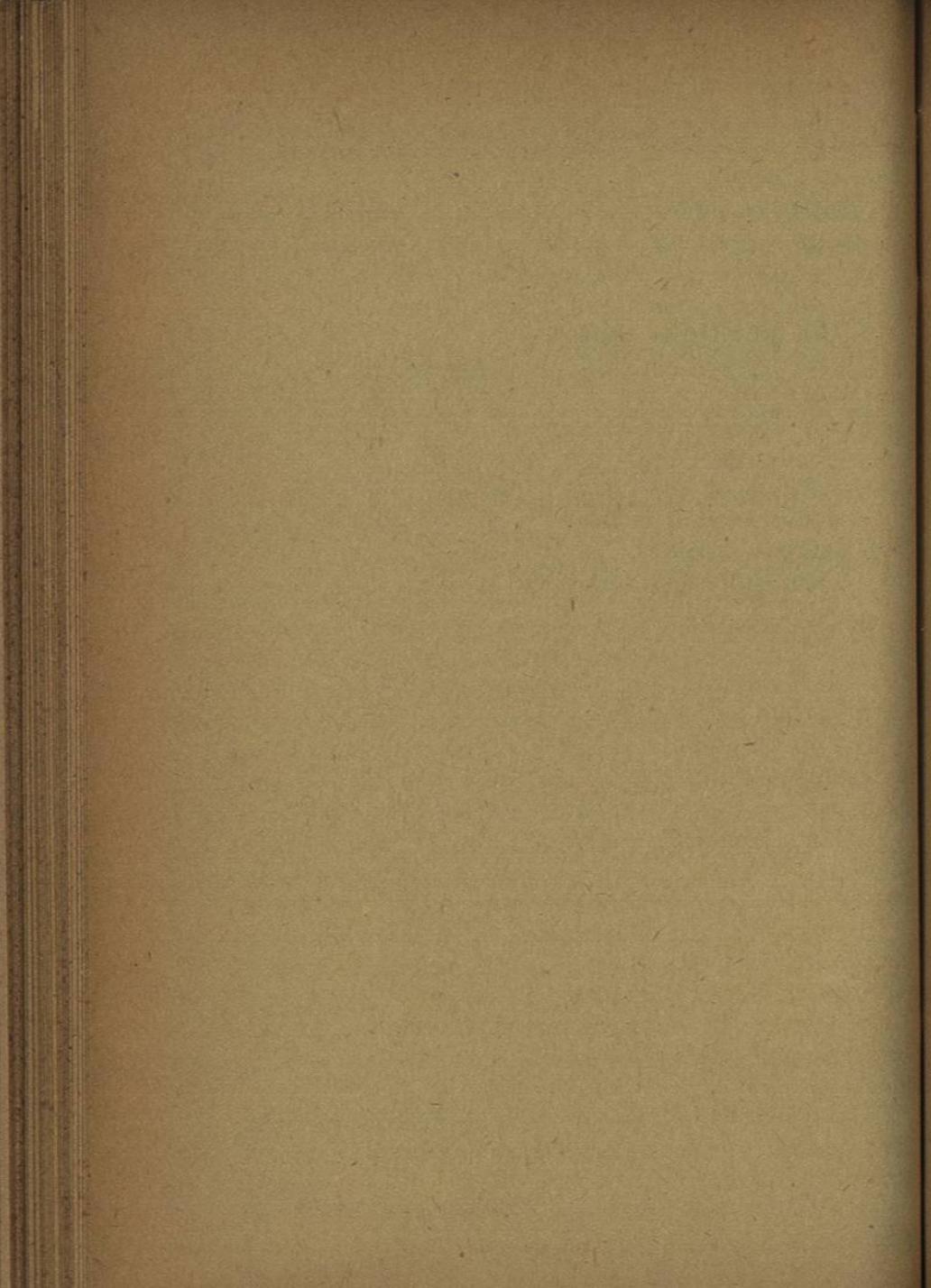
— ¿Y si Zbishko vuelve.

— Entonces...

— ¿Entonces, qué? ¿Si te pidiese por esposa?

La joven inclinó la cabeza, y con voz trémula, murmuró como un suspiro:

— ¡Oh! ¡entonces... seré suya!



DECIMA PARTE

I

Matzko y Jaghenka, se detuvieron en Plotzk unos días, para tratar asuntos de la herencia y descansar un tanto de las fatigas del viaje.

Los caminos estaban en buen estado porque el viento había secado el agua que los inundara anteriormente. y el país que atravesaban era tranquilo y hospitalario.

Pero Matzko, siempre prudente, no se olvidó de anunciar su llegada á Jasko, hermano de Jaghenka, para que saliera á su encuentro con algunos soldados.

Fué inmensa la alegría de Jashko al volver á abrazar á Jaghenka. Parecíase mucho á su hermana, y era alto inteligente y robusto como su padre.

Hallóla muy cambiada y hermosa, y declaró que si hubiera tardado algo más en regresar no le hubiera hallado, por estar dispuesto á partir para pelear con los alemanes.

—Viajar no me parece mal,—repuso Matzko,—más para combatir eras muy joven todavía.

—Aunque soy un muchacho no se burlarían de mí,— repuso jovialmente Jasko.

—¿Y Chtan y Vilko?—preguntó Matzko.

—Vilko ha muerto en Silesia asaltando una fortaleza.

—¡Pobrecillo! ha muerto en Silesia, de donde su padre siempre volvía con un rico botín.

No es tan fácil asaltar una fortaleza, pues una mala coraza, no preserva de morir. ¿Y Chtan?

—Se ha casado con la hija de una aldeana de Byeg muy bella, que por cierto lleva en la casa los pantalones. Matzko sonriendo,—repuso.

—Todas las mujeres son iguales... aunque tú, Jaghenka, no podrás hacer lo mismo. En fin que á Dios gracias, Bogdanetz está salvo?

—Sí; aunque Chtan, quería vengarse, pero Vilko consiguió disuadirle. Llegó á Zgogelitz furioso, pidiendo cuenta de la partida de Jaghenka, pero yo le dije que había ido á recojer la herencia del abad. Vilko me preguntó porque no le había dicho nada de ello, y yo le pregunté á mi vez, con que derecho me interrogaba y si acaso Jaghenka, era suya; entonces me dió la razón, y defendió á Bogdanetz.

—Qué Dios le haya perdonado.

El viejo caballero encontró sus tierras bien administradas y multiplicados sus rendimientos; la casa aunque antiquísima se hallaba perfectamente conservada, y todo estaba en perfecto orden.

—Yo, podré vivir aquí, pero Zbishko necesita un castillo.

—¿Un castillo?

—¿Y por qué no?

Matzko, hacía mucho tiempo que pensaba en su sobriño, éste, merecía por su conquistada alcuernia morar en un castillo, y no en una pobre casa.

—Cuando sea marido de Jaghenka se decía, aunque

Mocidoli sea suyo, quiero que rivalice en riqueza con cualquier caballero.

Todo dependía de la vuelta del joven, y Matzko imploraba á Dios que le concediera tanta felicidad. Por esto, regalaba cera y harina á la iglesia de Kscesno, y decidióse á visitar la tumba de la reina Edvigia, en Cracovia, para implorar su intercesión en el cielo.

—¿Es qué habeis recibido alguna mala noticia?—preguntóle Jaghenka.

—No, pero cuando estuve enfermo, hice el voto de ir á Cracovia y él mismo lo escuchó de mis lábios.

—Sí, pero ahora, os halléis muy cansado para tan la^ogo viaje.

—Por eso prefiero partir en seguida y aguardar después tranquilamente el regreso de Zbishko. Si nuestra reina quisiera interceder cerca de Jesús, ni veinte alemanes contra Zbizko lograrían tocarle el pelo de la ropa. Después, daré comienzo á las obras del castillo.

—Parece que os sentís fuerte.

Ya lo creo, y Jashko que desea ver mundo, podrá acompañarme, yo le adiestaré en el manejo de las armas. pues ya sabes que conozco perfectamente todas las suertes de la guerra.

—Lo sé, nadie podrá instruirle mejor que vos.

—Creo, sin embargo, que no sé presentará ocasión de luchar. Cuando vivía la reina, estaba Cracovia llena de caballeros que iban á rendir tributo y admirar la belleza de la soberana, pero ahora todos van á Malborg.

—¡No tendremos otra reina como aquella!

—Ciertamente.

Y después volviendo á su pensamiento añadió:

—Dentro de dos ó tres semanas, estaré de vuelta.

El viejo caballero hizo jurar á Jashko obediencia si partía con él, Povala de Tacev y el príncipe Jamont les facilitarían su presentación en la corte.

Matzko, que deseaba contestar á las preguntas que el

hermano de Jaghenka le hacía sobre los cruzados, le dijo:

—Son muy fuertes, ¿pero no puede quizá caer de la silla hasta el más fuerte guerrero cuando la cincha de su caballo se ha roto?

—Sí.

—Pues eso quiero decirte y aunque eres un chicuelo...

—¿Qué?

—Vamos, que te atreverías á vencer á un caballero en tales condiciones...

II

Matzko se detuvo poco en Cracovia, y hubiese apresurado más su partida, si Jashko no se hubiese empeñado en ver la ciudad que era una maravilla.

Cuando el viejo volvió á Bogdanetz, se habituó á la vida de un verdadero campesino, cuidando de los bosques y de los campos, é introduciendo en unos y otros todas las mejoras que le sugería su buen deseo, de ver próspera y feliz la posesión de sus antepasados.

Matzko no dudaba que con dinero y paciencia, aquellos terrenos ingratos volveríanse fértiles.

Levantábase con el alba, acostábase con el sol, vigilaba sin cesar á los siervos, y no pasaba día que no pensara que mientras él se ocupaba en acrecentar sus riquezas el

pobre Zbishko tal vez yacía en el suelo con el pecho atravesado por una lanza.

Sufría tanto el pobre anciano, que únicamente en las freses de Jaghenka hallaba algún consuelo.

Todos los días iba al encuentro de aquél, y le hablaba del querido ausente, que quizás tardaría un año en volver. Preguntábale á menudo:

—¿Qué hay?

A lo que él contestaba:

—¡No vuelve!

A veces, era Matzko, el que iba Zgogelitz, y entonces, acompañábala para defenderla de alimañas y osos, que de cuando en cuando salían de sus guaridas.

—Me habéis dicho,—exclamó un día la hija de Zich,—que batirse á campo raso, es menos peligroso que asaltar un castillo.

—Sí.

—Zbishko lleva una buena coraza.

—Sí, es milanese y de las mejores.

—No habrá arma que la atraviese.

—Lo que la mano del hombre ha construído otra mano del hombre puede destruir. La coraza de Milán puede hallar una lanza de Milán también, ó una espada inglesa.

—¿Inglesa?

—Sí, son las mejor templadas.

—Malditas sean. ¿Os habéis batido con los ingleses?

—Ya lo creo. Es preciso atacarles muy de cerca, y así no tienen espacio para parar los golpes.

—¡Dios que os ha protegido, protegerá á Zbishko!

Diariamente repetíanse aquellos coloquios, mientras el tiempo proseguía su marcha fatal.

Matzko, disputó una vez con el anciano Vilko, porque éste pretendía una pieza de tierra que perteneció al abad; y viendo que Matzko no quería ceder, le dijo:

—Confío á Dios mi causa, y El me vengará de tamaña injusticia.

Matzko, al oír aquellas palabras, se turbó.

—Oid,—dijo,—el litigio empezó en vida del abad, y ahora, no se sabe de parte de quien está la razón, pero ya que invocais la maldición de Dios sobre mi familia, os cedo ese campo, á fin de que nada malo pueda ocurrir á mi sobrino.

Tanto Vilko, como Kaleb, quedaron asombrados al ver el desinterés de Matzko, y Vilko murmuró:

—Ojalá recobráis á vuestro sobrino y no os cueste las lágrimas que me cuesta mi hijo.

Se echaron uno en brazos del otro y quedaron más amigos que antes.

Vilko fué á comer á Bogdanetz, donde fué recibido con gran cordialidad.

Jaghenka muy contenta al ver la buena disposición de los ancianos, dijo:

—Si Dios es misericordioso, protegerá á Zbishko y hará que vuelva pronto.

—Así lo creo.

—¡Amáis mucho á Zbishko!— exclamó Jaghenka.

—¿Quién no le querría? ¿Le odias tú quizá?

—¡Oh! ¡dejadme!

III

La guerra de los cruzados contra Vitoldo, interesaba á todo el pueblo, y decíase que Jagellon, los nobles y los caballeros deseaban un rompimiento franco de hostilidades.

Matzko pensaba que la guerra no comenzaría tan pronto y decía á Jashko y á sus amigos:

—Mientras viva el Maestre Konrad, no se declarará la guerra. Conocen demasiado la fuerza del rey y le temen.

—¿Y si es el rey el que declare la guerra?

—No, no lo hará, conozco á nuestro rey y sin querer disminuir su mérito, me parece que no quiere verter por propia iniciativa sangre cristiana.

Matzko, á fuerza de discutir, había conquistado fama de hombre avisado, así es, que muchos iban á Bogdanetz para consultarle y saber su opinión.

El anciano se alegraba y decía á sus consultores:

—Si en vez de preguntarme á mí os aconsejáseis de Zbishko, entonces sabríais grandes cosas. Os aseguro que podría formar parte del consejo del rey.

A fuerza de repetir aquellas palabras, se convenció á sí mismo de que su sobrino era un portento.

Llegaban del norte vientos de guerra. Vitoldo luchaba por fin, y tan pronto era vencedor como vencido; decían que los alemanes habían sufrido pérdidas inmensas durante el invierno. Un día, llegó á Bogdanetz la noticia de que Vitoldo había tomado Kovno la Nueva (Ghettersverder) destruyéndola hasta los cimientos.

Matzko montó á caballo, y corrió á Zgogelitz para dar la grata nueva; pero ya la sabía Jaghenka y también sabía que Vitoldo trataba de firmar la paz, cosa que le interesaba muchísimo porque hacía preveer la vuelta de Zbishko.

—Cuando se trata de Vitoldo todo puede creerse, porque lo mismo hace la paz que la guerra; algunos reprueban su conducta y hasta á mí me parece vituperable, sino fuera porque comprendo que habla siempre en favor de su pueblo. Yo solo quisiera una cosa: que Zbishko volviera.

—Volverá...

Dorábanse ya las espigas de los campos, pero Zbishko

no regresaba, Matzko decidió ir á Spichov pora saber noticias, y ver como se las componía Glava en el gobierno de aquella vasta posesión.

Jaghenka quería acompañarle, y él se obstinaba en ir solo, cuando llegó á Bogdanetz oyó á un muchacho que le gritó:

—¡Ya ha llegado! ¡ya ha llegado nuestro señor!

Efectivamente, Zbishko regresaba. Estaba seco, bronceado por el sol y por el viento.

El teheque dijo que sobre la tumba de Danusia y de su madre había esparcido gran número de penachos y plumas alemanas, y que había cogido gran número de caballos y armas preciosas.

Matzko deseaba oír la relación de las aventuras de su sobrino, pero éste no quería hablar.

Tenía dos costillas rotas y tuvo que meterse en cama.

Las antiguas heridas se abrieron; no corría peligro su vida, pero el joven yacía sin fuerzas; acabado, y de nada servían ungüentos y medicinas enviados por Jaghenka y Kaleb.

—¿Qué tienes, qué sientes?—preguntaba continuamente Matzko á su sobrino.

—No tengo nada, no quiero nada.

Jaghenka, pensó que además de sus dolencias corporales, Zbishko, debía tener alguna pena moral, y se lo dijo á Matzko.

Este repuso:

—Es mucho más fácil que hable contigo, porque te quiere; he advertido que cada vez que pasas por su cuarto no aparta de tí su vista.

Matzko, dijo á Zbishko una mañana:

—Glava me ha dicho que pusistes muchos penachos sobre las tumbas de Spichov.

Zbishko inclinó la cabeza asintiendo, y el viejo prosiguió:

—Veo que Dios te protege, porque vencer caballeros es

más difícil que abatir soldados. ¿Les desafiaste tú?

—Muchas veces.

—¿Traes rico botín?

—En gran parte me lo ha dado el príncipe Vitoldo.

—¡Siempre generoso!

Zbishko cerró los ojos, pero su tío le preguntó:

—Dime la verdad; has experimentado alegría al poner los penachos sobre las tumbas.

El joven abrió los ojos lentamente.

—¡No!

—¿No? Yo pensaba que las almas de esas santas mujeres celebrarían tus victorias.

—No desean que se vierta sangre humana.

—Entonces, ¿por qué fuiste á la guerra.

—Esperaba consolar á Danusia y consolarme á mí mismo, pero me engañé.

—En qué lo conoces.

—En que todo me aburre.

—Matar á un enemigo no es pecado, sobre todo cuando es enemigo del pueblo.

—Es verdad.

—¿Estás triste por Danusia?

—Sí, pero á veces, creo que tal vez fué la voluntad de Dios.

—¿Y entonces?

—¡Ay!

—Toma un baño caliente y bebe miel. Todo esto pasará...

—No lo creo, es imposible que haya para mí alegría.

Matzko creyó oportuno abandonar reticencias y díjole:

—Creo que has perdido algo, pero que algo te vas á encontrar.

—¡Quién sabe!

Matzko comprendió haber puesto el dedo en la llaga, y por la noche, cuando llegó Jaghenka, el anciano se apre-

suró á decirle que había descubierto lo que deseaba Zbishko.

—¿Qué quiere?—dijo.

—Tú tienes la medicina.

—¿Yo?

El anciano la abrazó y la dijo al oído algunas frases; la joven se ruborizó.

—¡No puedo creerlo!

—Digo la verdad,—contestó Matzko sonriendo.

IV

Zbishko recordaba á Danusia, pero la veía siempre como á través de un velo de celeste gasa; nada había en ella de terrestre, era un espíritu, un alma pura, y á veces le parecía imposible que aquella mujer hubiera existido, pues antes la imaginaba un ángel que un sér terreno. Su amor se había divinizado, la recordaba con piadoso y casto afectos.

Zbishko convaleció lentamente, y pronto las rosas colorearon sus mejillas y sus cabellos bajaron en espesos rizos sobre los anchos hombros.

Pero el joven, no abandonaba el lecho, porque le placían los cuidados de Jaghenka. Cuando se hallaba á su lado sentíase mejor.

Decía que una vez curado, marcharía de nuevo a batirse con tártaros y sarracenos buscando la muerte libertadora; entonces era cuando Matzko no le contradecía pero llamaba á Jaghenka y cambiaba de parecer.

La joven le amaba ardientemente; en la corte de Plotzk muchos caballeros se arrodillaron ante ella, pero ninguno conmovió su alma como Zbishko, que fué su primer amor.

Al ver convalecer al joven, se avivaba en ella el fuego de la pasión que ni así misma quería confesarse.

Hasta con Matzko era disimulada.

—¡Te cuido tanto, por lo mucho que quiero á tu tío!— decía la joven.

—¿Cambiado? tal vez mi cuerpo, pero no mi alma.

Miráronse largo rato turbados.

A veces, sucedía que en mitad de una conversación quedábanse contemplándose sin proferir frase alguna, entonces sus ojos espresaban con elocuencia sus sentimientos.

La muchacha, palpataba de amor y Zbishko consumiase entre dudas.

Un día, habló á su tío de Jaghenka, el cual le dijo:

—Cuando podía ser tuya, no la quisiste, y ahora temes perderla... peor para tí.

Matzko gozaba atormentándole, y cuando habló de partir á la guerra, le contestó:

—Cuando eras un niño, mi deber fué cuidar de tí, pero ahora eres libre.

Zbishko, asombrado, repuso.

—¿No tratáis de disuadirme?

—No, me duelo que la familia se extinga contigo, pero hasta eso tiene remedio.

—¿Cuál?

—Es verdad que soy algo viejo, pero todavía estoy fuerte; Jaghenka es muy hermosa, fuí amigo de su padre, y...

—Sí que lo fuisteis: pero eso, que...

Callo el joven y Matzko añadió:

— Ya que quieres morir á toda costa, ¿cómo impedirlo?

— ¡Hoy partiré!

— ¡Estúpido!—murmuró el anciano, y salió de la estancia para ir á ver las obras del suntuoso castillo.

V

Matzko propuso á Zbishko ir á Zgogelitz para dar las gracias á Jaghenka por todos los cuidados y atenciones que había tenido por él.

El valiente capitán púsose su traje de gala y peinó cuidadosamente sus cabellos.

En aquellas épocas llevábanlos dentro de una redecilla, pero cuando iban á ver á sus adoradas, los rizaban con esmero, poniéndoles clara de huevo para darles brillantez.

Zbishko deseaba arreglarse la cabeza perfectamente, pero los criados eran ineptos y blasfemaba entre dientes, cuando entraron en la habitación Matzko y Jaghenka, que llegaba inopinadamente.

— Bendito sea el nombre de Jesús,—dijo la joven.

— Amén—contestó Zbishko sonriendo—¿qué buen viento te trae por aquí? Ahora iba yo á tu casa.

Rióse Jaghenka fijándose en la cabeza que le habían puesto los criados.

—¡Qué monstruo!— exclamó,—si bajas al jardín asustarás á los pájaros.

Zbishko contestó:

—Ríe, ríe lo que quieras.

—No me río de tí, sino de las manos que han caído sobre tí; yo sería capaz...

—¡Cál!

—¿Quién peina á Jashko?

—Es tu hermano.

—¿Quizá es más fácil peinar á los hermanos?

Matzko intervino.

—Hay una antigua costumbre,—dijo,—que quiere que un caballero pueda ser peinado por una joven noble, aunque no tenga parentesco con él.

—¿Es verdad que existe tal costumbre?—dijo Jaghenka ruborizada.

—Sí, y vosotros, marcháos,—contestó Matzko, dirigiéndose á los siervos.

—¡Traedme agua caliente! ordenó Jaghenka.

Matzko salió del cuarto; ambos jóvenes quedaron solos. Jaghenka bañó los cabellos de Zbishko con el agua caliente, y luego sentóse á su lado para peinarle.

Formaban aquellos dos seres una pareja bella y enamorada, pero triste y abatida.

La joven hundía con embriaguez sus dedos entre los cabellos del apuesto garzón, quien apenas contenía el ansia de estrecharla contra su pecho.

Zbishko respiraba con anhelo.

—¿Te sientes malo?

—No...

—Tú suspiras...

—Tú también.

Jaghenka vió la mirada apasionada de Zbishko y repuso:

—¿Por qué me miras así?

—¿Te molesto?

—No.

—Jaghenka...

—¿Qué?

Zbishko lanzó un profundo suspiro y solo dijo después:

—¡Jaghenka!...

—Habla.

—Tengo miedo.

—No temas, que no soy ninguna serpiente.

—Matzko dice que te desea, pero no para sí.

—Sí, pero...

—¡Santo Dios! ¿y tú?

—Mi padre, el abad, yo... ¿sabes?

Zbishko abrazó a la muchacha, exclamando:

—¡Jaghenka, Jaghenka, hermosa mía, adorada de mi alma!

Matzko, al oír aquel rumor, apareció en el umbral y comprendió.

—¡Calma! ¡calma!—dijo campechanamente.

Los jóvenes se lanzaron hacia él, que murmuró:

—Bendito sea el nombre de Jesús, se ha cumplido mi deseo, vamos a Zgogelitz. Cuánto daría porque viviesen Zich y el abad; pero yo vivo y os amaré por los dos.

Matzko, conmovido, repetía:

—Vale más oro que pesa; dichoso él.

Cuando abandonó la estancia, viendo en el jardín amarillos girasoles, exclamó:

—Tenéis muchos pétalos, pero mis sobrinillos serán aún más numerosos; Bogdanetz, Spichov, Mocidoli y hasta Fuchof, cuando muera Vilko, serán sus feudos.

Jaghenka y Zbishko acercáronse a los caballos ya ensillados, y el anciano los abrazó una vez más, gritando:

—¡Bendígaos Dios, que al daros la felicidad cumple mis más caros votos!

UNDECIMA PARTE

I

Zbishko y Jaghenka vivían en Moxidoli, mientras el viejo Matzko hacía construir para ellos un viejo castillo en Bogdanetz. Algunas dificultades ofrecía la construcción porque quería el viejo que las paredes maestras fueran todas de piedra y la torre principal de sólidos ladrillos, que abundaban poco en la comarca.

El primer año hizo construir los fosos, lo cual no le costó mucho, porque precisamente el sitio escogido para elevar el edificio estaba rodeado de un terreno bajo, en el cual, con sólo arrancar los arbustos, podía fácilmente ahondar el foso. Al intentar tal operación se descubrió un manantial de agua que inundó las escavaciones, y fué preciso que Matzko mandara hacer algunos desagües para que se pudiera continuar trabajando. Después reunió con sumo cuidado todos los materiales de construcción, jáce-

nas enormes de encina que tres hombres no alcanzaban á abrazar, y por más que los aldeanos de Zgogelitz y de Macidoli se brindaron á ayudarle, el veterano no empezó el edificio hasta un año más tarde, poniendo entonces manos á la obra con gran entusiasmo porque Dios había enviado á Jaghenka unos mellizos.

Alegrísimo estaba el caballero porque sabía desde entonces que el linaje de los «Grady» no se extinguiría y el escudo con la herradura continuaría venciendo al enemigo.

Los gemelos se llamaron Matzko y Jasko, el abuelo de todo corazón como la madre, pasábase el día acariciándoles y no había cosa que quisieran los muñecos que por ellos no hiciera el viejo guerrero.

Zbishko era de todos envidiado, porque su esposa brillaba en el país entre las demás señoras como una flor de un jardín cuidadísimo brilla entre las humildes florecillas de los prados. Había traído en dote su amor, su espléndida belleza, magníficas propiedades, la dignidad y el valor propios de un caballero.

A los pocos días del parto encontrábase tan atrevida como antes de él, y corría con su marido por bosques y montes, desde Macidoli hasta Bogdanetz, desde el amanecer hasta el mediodía, para volver en seguida al lado de sus hijos. El amor sonreía en torno de ella, en quien adoraban su esposo y Matzko y se sentía querida por todos los criados, á quienes siempre trataba con humanidad, y cuando los domingos iba á Kscesno, la acogían las gentes con un murmullo de respeto y veneración.

Su antiguo novio, el terrible Chtan de Rogov, se había casado con la hija de un aldeano, y cuando por las tardes bebía en compañía del viejo Vilko de Bgiosov, murmuraba: «Me batí muchas veces por ella con vuestro hijo; pero tanto valía pelearse por la luna.»

Muchos decían que mujeres como Jaghenka únicamente era posible hallarlas en la corte de Cracovia, porque

además de su belleza, riqueza y modestia, era muy apreciada por su fuerza. «¡Qué mujer! decían todos; es capaz de ir al encuentro de un oso, y no tiene necesidad de los dientes para romper las nueces, pues apretándolas con el puño las destroza». Pero aunque todos envidiaron la fortuna de Zbishko, á nadie extrañaba su fortuna, porque conocían el valor del caballero y ni uno solo se sentía capaz de emular sus gloriosos hechos.

Los jóvenes cantaban las aventuras de Zbishko entre los alemanes, los estragos que causó en las peleas sostenidas á las órdenes de Vitoldo y recordaban que en Malborg había sacado de la silla á doce caballeros, entre los cuales se contaba el hermano del gran maestre Ulrico; alguno afirmaba que Zbishko hubiese podido competir con los mejores caballeros de Cracovia y se alegraban de que Zavisca fuera su amigo y no su adversario.

Había quien no creía lo que se decía respecto del joven, pero siempre que se trataba de escoger caballeros para ir á la guerra, al primero á quien se dirigían era al caballero de Bogdanetz, siguiendo después Chtan y otros inferiores en habilidades caballerescas, y hasta en valor, al sobrino de Matzko.

Las grandes riquezas que poseía contribuyeron también á la estimación y al respeto que Zbishko inspiraba. Aun no contando con lo que había recibido en dote de Jaghenka, tenía el famoso guerrero la posesión de Spichov con todas las riquezas de Jurand; y la gente decía además que el botín adquirido en la guerra por los dos caballeros de Bogdanetz valía por sí solo tanto como dos ó tres aldeas.

Todas aquellas prosperidades indicaban claramente la benevolencia de Dios para con la estirpe de los Grady; en pocos años, el que sólo era dueño de Bogdanetz se había convertido en el primer propietario de la comarca, y allí donde por falta de braceros quedaba la tierra sin cultivar, iba á surgir del suelo un gigantesco castillo.

Al general asombro se unía cierto sentimiento de com-

placencia, imaginando las gentes que quizá la bendición de Dios extendería sobre toda la comarca; así es que los nobles de Bogdanetz no inspiraban envidia, sino admiración, y eran citados como ejemplo de lo que puede obtener un hombre valeroso, fuerte y decidido á combatir sin descanso y sin tregua á favor de su patria y de su rey. Muchos caballeros pensaban que cerca de la frontera enemiga había muchas riquezas que conquistar, y el ejemplo de Matzko y de Zbishko hacía que un estremecimiento de codicia corriera por sus venas, imaginando lo mucho que en poco tiempo era dable hacer cuando á la resistencia del cuerpo se une la indomable actividad del espíritu. El rey, que era partidario de la paz, y sus prudentes consejeros de Cracovia, podían á duras penas reprimir los ímpetus guerreros que alentaban en el fondo del corazón de todos los ciudadanos, pero ninguna potencia humana era capaz de evitar que estallara una guerra si el eterno enemigo del país persistiera en insultar á los indefensos habitantes.

II

Matzko había alcanzado el mayor grado de felicidad posible; á menudo decía que había obtenido cuanto deseaba, y la vejez, aun cuando había blanqueado su cabeza y su barba, no le quitó ni la fuerza ni la salud. Su corazón se alborozaba y la expresión de su rostro, antes muy altiva, era bondadosa, y en sus ojos brillaba una llama de benevolencia. El viejo pensaba que las calamidades y los trabajos habían cesado, y en lo sucesivo nada turbaría los últimos días de su existencia, que transcurría plácida y tranquila como las aguas de un riachuelo límpido y sosegado atraviesan por la umbrosa floresta. Combatir, vencer, poseer y ocuparse después en la vejez de los sobrinillos, tal había sido siempre el sueño de Matzko, y aquel sueño se había realizado. Las tierras daban buenos frutos, los bosques se habían roturado, y allí donde antes crecían los árboles, surgían ahora apretadas espigas; en los prados pacían carneros y caballos.

Matzko daba grandes paseos todos los días por prados y bosques, y observaba que Bogdanetz había cambiado por completo de aspecto; ahora era rico y poblado y desde lejos el viandante advertía su torre maciza y sus altas

murallas que fulguraban bajo los rayos del sol poniente. El viejo Matzko mostrábase contento y nunca replicaba á los que le decían: «Sois un hombre feliz». Un año después de nacer los mellizos, vino al mundo otro niño al que Jaghenka, en memoria de su padre, llamó Zich. Matzko estaba contentísimo y no se preocupaba al pensar que si la joven continuaba por tal camino, las riquezas de la familia tendrían que subdividirse con exceso.

—¿Qué teníamos nosotros?—preguntó un día á Zbishko, que le hablaba de tal asunto.—El viejo Pakosc de Tulavitz tiene sólo una mísera aldea y dos hijos, y sin embargo no mueren de hambre. ¿Acaso no quedan muchas tierras por conquistar en Lithuania? ¿No poseen sinnúmeros castillos y riquezas esos perros cruzados? ¡Ah! si Dios quisiera... el rey podría entrar á sangre y fuego en sus comarcas.

La Orden tenía un infinito poder y riquezas, y con su ejército superaba de mucho las fuerzas que los polacos podían oponer, cuando el viejo veterano pensaba en conquistar los castillos de los cruzados, para que pasaran á ser propiedad de sus sobrinillos. En la vasta extensión de Polonia, muchos eran los que pensaban de aquel modo; en la conciencia del pueblo se agitaban un entusiasmo, una voluntad reprimida que buscaban ancho campo en que esplayarse.

Cuatro años después del matrimonio de Zbishko quedó terminado el castillo á cuya construcción ayudaron no sólo los braceros de los alrededores, sino también los de Zgogelitz, Mocidoli y demás posesiones; el anciano Vilko de Bgiosov también prestó su cooperación y fué gran amigo de Matzko y de sus sobrinos. Lleváronse al castillo el botín de guerra, las riquezas de Jurand, la herencia del abad y la dote de Jaghenka; Zbishko, con la mujer é hijos, pasó á habitar la fortaleza, y un año después estaban terminadas todas las dependencias, las cuales se construyeron de piedra á fin de que durasen mucho tiempo.

Matzko prefirió permanecer en su nido y á los ruegos de Jaghenka y de Zbishko contestaba negativamente justificando así su negativa:

—¡Quiero morir donde he nacido; durante la guerra de los Grimalti con los Nalenci, en Bogdanetz fué todo arrasado, solamente se salvó mi casa. Todos decían que se salvó de las llamas por virtud del musgo que cubría la techumbre; sin embargo, yo sigo creyendo que la clemencia de Dios salvó mi hogar de la destrucción. Cuando estaba lejos de estos queridos lugares quejábanse amargamente de mi destino, sin pensar que aún tenía en este rincón una casa donde cobijarme. Por eso ahora no pensaré jamás en abandonarla.

Y el viejo, aunque allí permaneciese, hacía frecuentes visitas al castillo para gozar de la compañía de Zbishko y de Jaghenka y poder admirar el esplendor y riqueza de la vivienda.

Todo aquello había sido dispuesto por él, todo había pasado por sus manos y volviéndolo á ver, gozaba admirando su obra.

De vez en cuando, Vilko iba en busca de Matzko y junto al fuego echaban un párrafo. Otras veces el viejo señor de Bogdanetz le devolvía la visita. Un día exclamó:

—En este momento no doy crédito á mis ojos; las aventuras de Zbishko en Cracovia, el castillo real,—donde por poco no nos cortan la cabeza—en Masovia, en Malborg, cerca del príncipe Janush... ¿Quién había de decir que llegase el día para mi sobrino de ser también castellano? Cualquiera diría que marido y mujer han pasado la vida entera de esta suerte, tal es el modo de llevar su nueva posición. Son unos verdaderos castellanos. Hay en el castillo un gran salón donde Zbishko y Jaghenka sientan á su mesa á toda la servidumbre; sus asientos más altos que los de sus servidores, siguiendo la costumbre de la corte.

—Que Dios les conceda toda clase de felicidades,—murmuró el viejo Vilko.

Y después, inclinando melancólicamente la cabeza, agregó:

—¡Y mi pobre hijo ha muerto!

—¡Acatemos la voluntad de Dios!

—¡Qué diablo! Tenía cinco hijos y todos han muerto... el último era el más fuerte, y ese también...

—Mejor hubiera sido que muriese Chtan.

—¿Chtan? Es fuerte, sí, pero mi hijo lo ha vencido muchas veces; Chtan es un estúpido que se deja pegar por su mujer.

—Sí, estúpido como un ganso,—repitió Matzko, que no perdía ocasión para atizar el coraje de Zbishko, recordando el combate de Malborg.

Matzko ensalzaba el tacto y pericia de su sobrino en la administración de sus propios bienes, sin los cuales no podría sostener el rango de gran caballero, más queriendo que Vilko se diése cuenta de aquella fortuna, agregó en voz más baja:

—Tenemos muchas riquezas, más de las que cree la gente; pero que nadie lo sepa...

Sin embargo, la gente no era tonta y corrían fábulas estupendas, especialmente de los tesoros que llegaron de Spichov. Decíase que la mayor parte del dinero había llegado de Masovia en enormes barriles y habiendo hecho después Matzko un préstamo al señor de Konetzipol creció la fantasía del pueblo que acabó por creerle dueño de inmensos tesoros.

No faltaban nunca huéspedes en el castillo, y Matzko, aunque avaro, no economizaba nada sabiendo que una mesa bien provista hace honor á una familia.

Festejábanse los bautizos con verdadera pompa y las damas principales del contorno acudían al castillo en unión de los más principales caballeros, celebrándose fiestas brillantísimas.

En una de estas, Matzko decía á Zbishko y á Jaghenka mirándoles complacido:

— ¡Esto es digno de la corte!

Zbishko que había recobrado todo su vigor, parecía rejuvenecido y cuando vestía su traje purpúreo, adornado de oro y plata, no sólo su tío, sino todo el mundo exclamaba:

— ¡Es un verdadero príncipe!

En cuanto á Jaghenka, todos los caballeros que conservaban las costumbres de occidente doblaban ante ella la rodilla proclamándola dama de sus pensamientos, por su belleza y su juventud. El viejo presidente de Konetzpol, que era al propio tiempo gobernador de Serads, la miraba plácidamente y decía que asemejaba al sol que rejuvenece hasta á los viejos.

III

Así pasaron cinco años. En los dominios del viejo caballero de Bogdanetz reinaba la paz y el orden más completos, y sobre la torre del castillo ondeaba la gran bandera en cuyo centro veíase dibujada una herradura.

Jaghenka dió á luz por cuarta vez y al recién nacido se le puso el nombre de Jurand.

Matzko dijo un día á Zbisko:

— Si Dios nos enviase ahora...

Zbishko, comprendiendo, repuso:

—¿La guerra?

—La guerra... moriría contento.

—La guerra por ahora...

—Tal creo; mientras viva el Maestre Kusad la guerra no estallará.

—Es que no vivirá eternamente.

—Yo tampoco viviré eternamente. Por eso pienso...

—¿Qué?

—No me preguntéis mas. Iré á Spichov y quizá á Plotzk y á Cersk.

La respuesta no asombró á Zbishko, porque su tío iba frecuentemente á Spichov.

—¿Y estaréis ausente mucho tiempo?

—Más del que acostumbro.

Algunas semanas después de este diálogo, Matzko partió con carros y armas diciendo que tardaría en regresar.

Habían transcurrido seis meses y el viejo no daba noticias suyas; Zbishko empezó á impacientarse y envió á Spichov un servidor, el cual encontró á Matzko cerca de Serads y siguió en su compañía.

El caballero, que estaba malhumorado, preguntó cómo iban los asuntos del castillo y tranquilizado al saber que todo iba viento en popa, habló de su viaje.

—He estado en Malborg.

—¿En Malborg?—preguntó Zbishko asombrado.

Después añadió:

—¡Santo cielo! ¡yo que me había olvidado de ello!

—Tú has cumplido tu voto,—añadió Matzko,—y yo quiero mantener mi juramento.

El rostro del viejo se nubló, presentaba un aspecto amenazador y orgulloso como en aquel tiempo en que con Vitoldo y Skirvoillo luchaba contra los templarios.

—¿Y qué?

—No ha aceptado mi cartel.

—¿Por qué?

—Porque fué nombrado gran Komtur. (1)

—¿Kuno Lichtenstein gran Komtur?

—Sí, quizá llegará á ser Maestre. ¡Quién sabe! Cree ahora que es un gran príncipe, y afirma que todos los asuntos de la Orden se le consultan y que el gran Maestre no toma ninguna resolución sin su consejo.

—¿Y qué dijeron al veros llegar?

—La princesa Alejandra en Plotzk, me dijo sonriendo: «¡Bravo! desafía si quieres hasta al emperador romano. A Lichtenstein le enviaron carteles Zavisca el Negro, Povala y Pasko de Biskupitz; no los aceptó; no se le puede acusar de cobardía porque sus votos de monje y su alto cargo le impiden combatir.» Hé aquí lo que dijo la princesa.

—¿Y qué le contestasteis?

—Le dije que lo sentía mucho, pero que de todos modos iba á Malborg para poder decir á la gente: «He hecho cuanto era posible.» Rogué á la princesa que me diera algunas cartas de recomendación porque si no es bastante difícil salir con vida de Malborg que es el cubil del lobo. Estaba yo algo intranquilo y pensaba: «De todos modos y á pesar de que no has querido batirte con los otros, cuando en presencia de los nobles y de los huéspedes te agarraré por los bigotes y por la barba, de fijo te batirás conmigo.»

—¡Oh, querido tío!—exclamó Zbishko con entusiasmo.

—Para todo hay remedio mientras queda vida,—añadió Matzko.—El señor hizo que no encontrara en Malborg á Lichtenstein. Me dijeron que había salido como embajador para Viena; yo permanecí indeciso, pues no sabía si quedarme ó marchar. Como conozco un poco á varios de los cruzados, les confié el secreto de mi visita y me dijeron que no conseguiría mi objeto.

—¿Por qué?

(1) Comendador.

—Por la misma razón que me dió la princesa Alejandra. El gran Maestre me contestó: «¿Qué hubieseis pensado si yo aceptara los carteles de desafío de los caballeros polacos ó de los de Masovia?» Habló bien, porque si hubiera aceptado de fijo que estaría muerto hace mucho tiempo. Esto me lo decía en el comedor. ¡Qué rumores, qué gritos! Todos se levantaban en pie diciendo: «Kuno no puede batirse, pero si nosotros.» El Maestro únicamente consintió un duelo con uno de los parientes de Kuno.

—¿Y...?

—He traído su coraza; pero hendida como está no vale un cuarto.

—Pues bien, cumplisteis vuestro juramento.

—Al principio lo creí; pero después reflexionando advertí que el juramento subsistía, y hé aquí por qué no estoy contento.

Zbishko trató de consolar á su tío.

—Ya me conocéis y debéis comprender que en tal materia soy bastante quisquilloso, pues bien, si me hubiese ocurrido lo que á vos, me daría por satisfecho, y estoy seguro de que á todos los caballeros de Cracovia les pasaría lo mismo.

—¿Lo crees así?

—Estoy seguro. Pensad que los mejores caballeros del reino han desafiado también á Lichtenstein y que ni uno siquiera ha tenido la satisfacción que á vos se ha dado. Jurasteis matarle á él y si no lo hicisteis, por lo menos habéis enviado al otro mundo á uno de su familia.

—Sí, así es...—murmuró el viejo,

Zbishko le preguntó:

—Decidme, ¿era joven ó viejo? ¿Combatisteis á caballo ó á pie?

—Tenía unos treinta y cinco años y llevaba toda la barba; nos batimos á caballo y al poco rato echaba sangre por la boca.

—¿Y os quejáis de ser viejo é impotente?

Matzko llevó á su sobrino á la armería y le enseñó la coraza del vencido.

—Preferiría que fuera la de Kuno.—murmuró el veterano.

—No contrariéis la voluntad del Señor y consolaos, porque si Kuno llega á ser gran Maestre no podréis batiros con él hasta que estalle una gran guerra.

—He procurado enterarme de lo que dice el pueblo,—repuso Matzko,—y me parece que las opiniones andan divididas. Unos creen mejor elegir á Ulrico y otros á Kuno.

—Yo preferiría á Ulrico.

—Tienes razón. Ulrico es menos perspicaz que Kuno y más impetuoso. Así aceptaría una guerra para conquistar gloria. ¿Quién sabe si veremos esa guerra?

—¡Ojalá estallase! Hay nuevos motivos de discordia entre polacos y cruzados?

—Sí; los cruzados siempre están pensando en adquirir nuevas posesiones territoriales.

—Entonces me parece que no tardaremos mucho en ver la guerra.

—¡Quién sabe! De todos modos lo mejor es prepararse á todo evento y así no nos cogerán de sorpresa los sucesos.

IV

Jasko de Zgogelitz, hermano de Jaghenka, fué el primero que llevó la noticia á Serads y á Bogdanetz, donde fué recibida con gran alegría.

Jaghenka hizo que Zbishko besara á sus hijos, como si debiera partir, pero el joven sabía que la guerra no estallaría tan pronto. Por lo que pudiera tronar junto con Matzko escogió caballos, armas y escuderos y adiestró á los vasallos que debían seguir sus banderas. En aquella comarca todos estaban ansiosos de ver estallar la guerra, y los domingos, cuando se reunían en el atrio de la iglesia, nobles y pecheros hablaban de la actitud en que suponían que estaba Jaghellon y el gran Maestre.

En Kscesno el pueblo rodeaba á Matzko y á Zbishko porque estos conocían á los templarios y ya se habían batido con ellos; la opinión general era que debía hacerse una guerra sin cuartel: ó aplastar al enemigo ó quedar todos arruinados.

Transcurrían los días pero la deseada guerra no se declaraba. Hablábase de litigios entre el rey y la orden, pero algunos dudaban ya de que llegara ya el día de la lucha,

pues como de costumbre, esos litigios se dirimían por medio de tratados y de embajadores.

Ni el mismo Matzko sabía qué pensar, Partió para Cracovia para saber noticias. Sólo estuvo allí seis semanas y volvió satisfecho y contento.

Cuando llegó á Kscesno le rodearon las gentes del pueblo como de costumbre, pues deseaban que les diera nuevas, y él con ademán grave, y en alta voz, preguntó:

—¿Están puestas las picas? ¿habéis afilado las hachas?

—¡La guerra! ¡la guerra! exclamaron cien voces á un tiempo.—¡Eal! decidnos, ¿qué habéis visto? ¿qué ocurre?

—¿Qué ocurre? Muchas y buenas cosas. ¿Qué he visto? A Zindarm de Moshkova.

—¿Y Dresdenka?

—Es un castillejo que no vale la pena.

—No basta esa cuestión para declarar la guerra, ¿verdad.

—¿Quién sabe? De todos modos,—añadió Matzko,—esperad con paciencia.

Así debían hacerlo; muchos empezaban á dudar ya de que esta vez estallara el conflicto; Matzko esperaba.

Se cazaba continuamente búfalos, ciervos, gamos y se ahumaba la carne que después se almacenaba en Plotzk; era evidente que se recogían víveres para un ejército numeroso.

Matzko sabía por experiencia que Vitoldo se preparaba siempre con gran cuidado antes de emprender una guerra. El techeque que administraba la posesión de Spichov envió á Matzko algunos soldados que querían vengarse de los cruzados á los que odiaban con toda su alma. Estos mataban cuantos fugitivos caían en sus manos pero el pueblo prefería conservarlos á fin de tener noticias de lo que ocurría en la frontera.

De todas partes llegaban viejos mendigos, músicos ambulantes, clerigalla que esplicaban lo que ocurría en Germania. Los preparativos de la guerra, el miedo que sen-

tían los cruzados, el aumento del ejército. En Cracovia los consejeros del rey conferenciaban con los fugitivos y tomaban notas.

Un clérigo escapado de la capital de la Orden, contó que el Maestre Ulrico y muchos cruzados despreciaban á los polacos creyendo que con un golpe vigoroso acabarían con su poder. Repetía las palabras textuales pronunciadas por el gran Maestre en Malborg: «Cuanto más numerosos sean, más baratas venderemos sus pieles en Alemania.»

Los cruzados no se preocupaban poco ni mucho, confiados en su propia fuerza y seguros del auxilio que les prestarían sus aliados.

—El joven castellano de Bogdanetz no se daba punto de reposo; de continuo pensaba en la gloria y los honores que recabaría y sin cesar echaba pullas á su tío como si la guerra dependiera de él.

—La augurasteis y ya veis que ahora...

—¿Tú que tienes buena vista, no ves lo que se prepara?

—El rey quiere la paz, todos lo dicen.

—¿Quiere la paz? ¿pues quién, sino él, ha dicho Dresdenka es mía? Los cruzados la quieren para sí; es verdad que el rey no quisiera verter sangre cristiana; pero sus consejeros le persuaden de la necesidad de hacerlo.

—Me han dicho que Conrado invistió á Dresdenka á pesar de temer al rey.

—Sí, le teme porque sabe la fuerza de Polonia, pero su instinto de latrocinio dispó su temor. En Cracovia supe que el viejo De-Osten, propietario de Dresdenka se hizo súbdito del rey y entonces el gran Maestre le llamó á su castillo y embriagándole obligóle á firmar una carta. Tal es el origen del litigio actual.

—¿Y si los alemanes entregan á Dresdenka?

—No lo creas. Los alemanes no devuelven jamás lo que roban aunque les abran el vientre; esperemos, que muy pronto los vamos á despanzurrar.

—Sí,—exclamó Zbishko.—Conrado quizá hubiese devuelto la presa, pero Ulrico no; es un imprudente.

Mientras los dos señores de Bogdanetz hablaban confiadamente pensando en lo que ocurriría, los acontecimientos se sucedían rápidamente, como la piedra que desprendiéndose de lo alto de una montaña acelera su caída y se precipita con velocidad y adquiere mayor energía.

Cierto día se esparció la nueva de que los alemanes habían asaltado Santok, ciudad polaca, y que el Maestre Ulrico, cuando supo que los asediados le enviaban un embajador se alejó de allí para no recibirlo.

Una de sus primeras disposiciones cuando alcanzó el poder fué la de ordenar que en todos los documentos que se dirigieran al Rey ó á los polacos se usara la lengua alemana en vez de la latina, demostrando así cuales eran sus intenciones. Los consejeros de Cracovia, que en secreto deseaban la guerra, comprendieron que el gran Maestre estaba resuelto á principiarla y á proseguirla.

Los otros jefes de la Orden, menos impetuosos que Ulrico y que conocían mejor á Vitoldo, trataban de captarse sus simpatías por medio de ricos presentes y toda suerte de protestas de amistad.

—Hay dos bienhechores de la Orden,—decían los embajadores de los cruzados inclinándose ante él.—Uno es Dios y otro Vitoldo y todos los deseos de éste son sagrados para los templarios.

Le rogaban que intercediera por ellos á propósito de Dresdenka pensando que quizá así Vitoldo se disgustaría con Jaghellon y sería mucho más fácil vencer aisladamente á cada uno de los príncipes que á los dos reunidos.

Los de la Orden se engañaron al juzgar á Vitoldo. Este no quiso interceder para con ellos ni darles la razón. La hora de la lucha se acercaba.

Una noche, mientras Matzko, Zbishko y Jaghenka to-

maban el fresco en la puerta del castillo, apareció en el camino un caballero que acercándose les echó una verde corona, gritando: «*Vitzi, vitzi*» y se alejó. (1)

Los caballeros se pusieron en pie; el rostro de Matzko tomó una espresión solemne y amenazadora.

Zbishko llamó á su escudero para que se llevase la corona y muy contento repetía:

—¡La guerra! ¡por fin la guerra!

Los criados acudieron y él les dijo:

—Subid á la torre del castillo y tocad á arrebato con la campana; corred á la aldea para propagar la noticia y preparad caballos y carros.

Los siervos no se lo hicieron repetir, porque todos deseaban la lucha, y en un momento todo estuvo listo para entrar en campaña. Sólo faltaba montar á caballo para marchar.

Zbishko preguntó á Matzko:

—¿No queréis permanecer en casa?

—¿Yo?

—Sí, la ley deja la facultad de defender mujeres y niños á los hombres de edad madura.

—No en balde Dios me ha alargado la vida.

La espresión sombría de su rostro indicaba claramente que toda insistencia sería inútil. El buen viejo á pesar de sus años era aun robusto y aun cuando le costaba ya montar á caballo, se consolaba pensando que á muchos caballeros jóvenes les pasaba lo mismo.

Jaghenka no temía quedar sola en casa y al oír las palabras de su consorte le besó la mano y dijo:

—No temas por mí, querido. El castillo está bien defendido, ya sabes que no soy miedosa y que así manejo la lanza como el arco. Es preciso que vosotros salvéis el reino; á nosotros no nos faltará la protección de Dios.

(1) En Polonia se llamaba á los nobles á la guerra por medio de cartas que llevaban el sello del Rey.

Se humedecieron sus ojos y mirando á los niños añadió:

—Si no fuera por estos, me echaría á tus pies y no me levantaría hasta que me permitieras ir contigo á la guerra.

—¡Jaghenka mía!—exclamó Zbishko abrazándola.

Devolvió la joven el abrazo y repitió:

—Vuelve á casa, querido mío, amor mío,

—Dá gracias á Dios de haberte dado mujer parecida,—añadió Matzko.

Una hora después la bandera desapareció de la torre como señal de ausencia del amo.

Zbishko y Matzko habían permitido á Jaghenka que les acompañara con los niños hasta Serads, y después de un suculento almuerzo todos se pusieron en camino. Les seguían los hombres de armas y los carros de provisiones. El día era sereno, no soplabá un hálito de viento. En lontananza y por el camino entre una gran polvareda se veían relucir muchas armas.

—¿Sabéis quienes son?—preguntó Zbishko.—Son las gentes del pueblo que acuden de todos lados.

Así era en efecto; cerca de Bogdanetz salió á su encuentro el hermano de Jaghenka que llevaba consigo veinte soldados. Más lejos apareció el rostro peludo de Chtan de Rogov y aun cuando no fuera amigo de los caballeros de Bogdanetz les gritó:

—¡Marchemos contra esos perros!

También el viejo Vilko de Bgiosov iba á la guerra á pesar de su edad propecta para vengar la muerte de su hijo que pereció á menos de los alemanes.

A medida que Matzko y Zbishko se acercaban á Serads las nubes de polvo eran cada vez más densas; cerca de la ciudad una gran muchedumbre se acercaba al punto de la cita. Viendo aquella multitud compuesta de hombres fuertes, robustos, gallardos, animados del soplo vivificante

de la esperanza, invencibles al hielo, al calor, á las tempestades, el viejo Matzko se alegraba en el fondo de su corazón y predecía como cierta la victoria.

V

La guerra había estallado, y los primeros encuentros no fueron favorables á los polacos.

Los templarios tomaron varios castillos y los tcheques y húngaros se interpusieron, á consecuencia de lo cual, hubo un armisticio tratando el Rey de Bohemia de favorecer á los cruzados. Al terminar la tregua de nuevo se encendió la guerra. Al principiar el verano llegaron los soldados de Vitoldo que venían guiados por el príncipe. Los alemanes eran cien mil.

El Rey quería atravesar el Drevenetz y marchar contra Malborg, pero no pudiendo vadearlo, después de destruir el castillo de la Orden que junto al río se levantaba, sentó sus reales en las márgenes de la corriente.

Se imaginaba, y en esto no discrepaba su parecer de sus consejeros lithuanos y polacos, que muy pronto se libraría una batalla decisiva pero no creía que la lucha empezara tan pronto. Decíase que el gran Maestre, contento con ha-

ber cerrado el paso al Rey, quería conceder reposo á las tropas para hacer más fácil la final victoria.

Los soldados del Rey pernoctaron en Dombrov y aun cuando la toma del castillo no era de gran importancia estratégica, tanto el Rey como Vitoldo, se mostraron satisfechos de poseerlo, porque cogieron prisionera la guarnición y hallaron agua en gran cantidad.

Durante la noche del catorce al quince de Junio llovió abundantemente; el viento causaba estragos; el rayo surcaba el espacio; el trueno resonaba de un modo espantoso. A media noche el tiempo mejoró y fué posible encender fogatas; el inmenso campamento polaco-lituaniano enrojecióse y mientras secaban sus vestidos, los soldados entonaban cantos guerreros.

El Rey celebró consejo con sus capitanes. Trató en él de la presa de Childenburg y como en el asalto tomó parte el cuerpo de ejército de Serads, el Rey llamó al comandante y á Jakub de Konetzpol á fin de que esplicaran como se atrevió á tomar la ciudad á pesar de las órdenes del Rey.

Jakub, temeroso de recibir un castigo, se rodeó de varios caballeros valerosos entre los que estaban Matzko y Zbishko, á fin de que testificaran que la orden del Rey se había recibido cuando estaba ya casi tomado el castillo. Añadió el jefe que en su calidad de comandante de las avanzadas creyó deber suyo destruir todos los obstáculos que encontrara en su camino.

Aquellas palabras gustaron al Rey y á Vitoldo y en vez de sufrir una reprimenda fué alabado el valeroso capitán.

En aquella circunstancia Zbishko y Matzko pudieron ver á los guerreros más célebres. porque además del Rey y de los príncipes de Masovia, Vitoldo capitaneaba á los Lituanos, á los Rusos, Valacos y Tártaros.

Estaban también entre los grandes capitanes, los consejeros cuya fama se extendía más allá de los límites de

Polonia: Zaviscia el Negro, Skarbok Abdanka, Dobko de Vlesnitz, Pasko Zlodsey, Povala de Tacev y otros.

Matzko y Zbishko saludaron complacidos á cuantos conocían y especialmente á Povala con quién hablaron de las antiguas aventuras.

—Sí,—decía éste á Zbishko;—tienes viejas cuentas que saldar con los cruzados y espero que sabrás vengar todas las injurias.

—Ciertamente.

—Kuno de Kichtenstein es comendador de la Orden,—dijo Pashko Zlodsey de Biskupitz.

—Lo sé, y también lo sabe mi tío.

—Si Dios me hubiera permitido encontrarlo,—interrumpió Matzko,—hubiese podido pagar una pequeña deuda que tengo con él.

—También nosotros,—observó Povala,—le hemos desafiado, pero nos contestó que su grado no le permitía batirse en duelo. Ahora...

—Dios decidirá en que manos ha de caer,—contestó con gravedad Zaviscia.

Zbishko contó entonces el viaje de su tío y preguntó á Zaviscia si creía que Matzko hubiese cumplido su voto desafiando y matando á otro Lichtenstein. Todos los presentes dijeron que sí; Matzko murmuró:

—De todos modos estaría más tranquilo si hubiera matado al mismo Kuno.

Entonces hablaron de la presa de Ghilghenburg y de la batalla que preveían; los caballeros hacían cálculos y previsiones, de repente se acercó á ellos un hombre con traje negro y con un birrete negro también en la cabeza. Tendió á Zbishko los brazos y dijo con voz atiplada:

—¡Bien venido seas Zbishko de Bogdanetz!

—¡De-Lorsh!—exclamó Zbishko.—¿También tu te bates?

Se abrazaron.

—Sirvo á mi dueño el príncipe Janush.

—¿Me han dicho que eres el dueño de Dlugoliass?

—Sí; matáronle á su hijo en Babrovniki. Dlugoliass pasó á poder de su hija con quien yo casé hace cinco años.

—¡Bendito sea Dios! ¡dinos, dinos!

De Lorsh saludando al viejo Matzko se limitó á decir:

—Vuestro antiguo escudero, Glava, me dijo que os llamaría aquí, y ahora os espero en mi tienda donde tengo preparada la cena. Mi tienda está en el extremo opuesto del campamento, pero á caballo llegaremos pronto y volviéndose á Povala añadió:

—También á vos os espero caballero, y me honraré con vuestra presencia y compañía.

Povala le contestó:

—Acepto con mucho gusto vuestro convite, pues siempre es grato reanudar antiguas amistades.

El siervo de De-Lorsh trajo las capas. Al acercarse á Zbishko le besó la mano y le dijo:

—Honor á vos, noble señor, soy vuestro antiguo siervo pero no me podréis reconocer á causa de la obscuridad. ¿Os acordáis de Zanderus?

—¿Cómo, eres tú?—preguntó con asombro Zbishko, que de improviso se sintió retraído á otros tiempos.—¿Y qué haces aquí?

—El año pasado estuve de sacristán en la iglesia de Dlugoliass; pero como mi padre era militar, al estallar la guerra el sonido de las campanas se me hizo odioso, y despetó en mí la pasión de los combates.

—¡Hum!...

Zbishko no sabía persuadirse de volver á ver á Zanderus empuñando el hacha y la espada.

El siervo continuó:

—Hace un año que por orden del obispo de Plotzk fui á tierras alemanas y os esplicaré otro día lo que allí me aconteció.

Zbishko subió á caballo y cabalgó al lado de De-Lorsh.

—Estoy muy contento de estar contigo—dijo el señor

de Bogdanetz;—lástima que antes sirvieras con los cruzados...

—Únicamente sirven los que reciben paga,—observó De-Lorsh.—Estuve con los cruzados porque quería merecer las espuelas de caballero. Después he visto de qué parte está la razón, me he casado y ahora no puedo combatir sino con vosotros. Hasta me he acostumbrado á hablar vuestra lengua y he olvidado la mía.

—¿Y tu tierra de Gheldern? Me han dicho que eres pariente del príncipe de Gheldern, y que poseías muchos castillos y pueblos.

—Cedí todos mis derechos á un pariente mío, que en cambio me dió mucho dinero con el que he comprado muchas propiedades en Masovia.

—¿Y cómo fué que te casastes?

—¡Oh!—exclamó De-Lorsh.—Las mujeres son el mismísimo demonio. Figúrate que cuando la cortejaba se burlaba de mí, pero en cuanto la dije que me iba al Asia á guerrear con los moros y no me vería más, exclamó: «Yo me haré monja!» Entonces me eché á sus pies, y á las dos semanas estábamos unidos para siempre.

—¿Tienes hijos?

—Al acabar la guerra, Jaghenka, que tal es el nombre de mi mujer, irá á visitar la tumba de la Reina Edvigia para pedirle fecundidad,—contestó De-Lorsh lanzando un suspiro.

—Bien, dicen que la santa protege siempre á quien ruega por ella. Espero que pronto libraremos un combate decisivo y después haremos la paz.

—Sí.

—Temo que los cruzados te crean un traidor.

—No lo soy; por medio de Zanderus envié un mensaje al obispo de Plotzk en el cual le explicaba, lo mismo que al príncipe Ulrico, los motivos que me indujeron á combatir en vuestras filas.

—¡Zanderus!—exclamó Zbishko riendo;—me ha dicho

que se aburría de oír el sonido de las campanas, lo cual me hace gracia dada su cobardía.

Hubo un momento de pausa. De Lorsh dijo después:

—Os he invitado para cenar pero me parece que vamos á llegar á la hora del almuerzo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada 1625 MONTERREY, MEXICO

Alcanzaron á Matzko y á Povala que iban delante y cuando estuvieron reunidos espolearon á los caballos con dirección al sitio donde ondeaba al viento el estandarte de Masovia.

—Desde que el mundo es mundo,—exclamó Matzko,—no se ha visto un ejército como el que aquí está reunido, parece que se han juntado todos los pueblos de Europa para combatir contra los Templarios.

—Ningún otro rey podría reunir tantos soldados, porque no hay uno solo que gobierne un estado tan poderoso.

Matzko preguntó á Povala:

—¿Cuántas banderas siguen á Vitoldo?

—Cuarenta. El gran Maestre de los cruzados dijo un día que nuestras gentes no saben manejar las armas y sí únicamente las cucharas; espero que se ha equivocado el buen Maestre, y que las cucharas lithuanas servirán para comer la roja sopa de la Orden.

—¿Quiénes son estos que ahora veo?—preguntó De Lorsh.

—Son los tártaros guiados por Saladino.

—¿Se baten bien?

—Los lithuanos les han vencido y ahora les obligan á ser sus auxiliares; los caballeros de Occidente les temen

porque son más sanguinarios en la fuga que en el ataque.

—Veámosles más de cerca, - murmuró De-Lorsh.

Los caballeros se acercaron á las tiendas junto á las cuales ardían varias hogueras.

Los guerreros tenían desnudos los brazos y cubierto el cuerpo con pieles por más que apretaba el calor. Casi todos dormían sobre el duro suelo; otros cantaban acompañados por el ruido de unos huesos de caballo.

Los que no dormían ni cantaban se entretenían en comer piltrafas sanguinolentas, lo cual daba á la escena un carácter de ferocidad y barbarie. Un poco más lejos pacían los caballos, los cuales cuando no halaban yerba se mordían unos á otros costando no poco separarlos.

Cerca de los Tártaros estaban los de Besarabia que llevaban cuernos en la cabeza; Valacos de largo pelo y con corazas de madera que ostentaban pinturas representando diablos, esqueletos y fieras. Seguían los Servios cuyo campamento estaba poco separado, y por fin los soldados de Semud, que á pesar del yugo alemán, no dejaron de acudir al llamamiento de Vitoldo.

El nombre de Zkirvoillo infundía terror á los alemanes.

Cuando los ginetes llegaron cerca del campamento lituano, vieron dos cadáveres que se balanceaban en dos horcas; el viento les balanceaba con tal violencia que los palos crugían con rumor siniestro. Los caballeros se persignaron y alejándose escucharon las palabras que decía Povala:

—El príncipe Vitoldo estaba junto al Rey y yo, cerca de ellos cuando fueron llevados á su presencia estos dos desdichados acusados de insultar cosas sagradas... El príncipe estaba irritadísimo y esos infelices debieron preparar por sus propias manos las horcas de que ahora penden sus cuerpos.

Embebidos estaban en estos coloquios cuando entraron

en el espacio ocupado por los polacos y por tres regimientos rusos, de los cuales el más numeroso era el de Smolensk; en el campamento estaban los mejores hombres de armas, que eran al mismo tiempo los más disciplinados.

Cereca de ellos veíase á los habitantes de la Grande y Pequeña Polonia, que por su fuerza y resistencia al frío y al hambre, dejan muy atrás á los caballeros de Occidente. Sus trages eran sencillos, las corazas de labor grosera, el desprecio que sienten por la muerte grandísimo.

De-Lorsh que conocía perfectamente á la gente polaca, dijo:

—Estos son los más fuertes; de ellos dependerá probablemente la victoria.

—¡Cuánta sangre correrá!—murmuró Matzko.

—El caballero de Kogbug,—observó Povala,—que llevó la carta del Cran Maestre al Rey dijo que los cruzados aseguran que ni el emperador de Oriente, ni ningún otro soberano podrán nunca reunir un ejército parecido al suyo capaz de derribar todos los tronos, de vencer á todos los ejércitos.

—Somos muy numerosos—replicó Zbishko.

—Sí; pero los cruzados no creen que las hordas armadas de Vitoldo puedan hacerles frente, pues imaginan que se dispersarán al primer choque. Si tienen ó no razón, no me incumbe saberlo.

—Sí, y no,—contestó Matzko;—conozco perfectamente á esos soldados, y si bien es verdad que tienen malas armas y que sus caballos son muy pequeños, en cambio poseen corazones de león.

—Los veremos batirse dentro de poco,—observó Povala.

—El Rey, que siente hacer derramar sangre cristiana, procurará obtener la paz; pero los cruzados no querrán oír sus proposiciones.

—Es verdad; he tratado con los guerreros de Cristo; to-

dos les conocemos,—añadió Matzko,—y á nadie asombra su conducta.

Los caballeros estaban ya cerca del estandarte de Masovia, junto al cual se levantaba la tienda de De-Lorsh. De súbito, una voz que partía de un grupo de gentes que miraba al cielo, gritó:

—¡Deteneos! ¡Deteneos!

—¿Quién habla?—preguntó Povala.

—El Preboste de Klebutzk; ¿quién sois vosotros?

—Povala de Tacey, los caballeros de Bogdanetz y el señor de De-Lorsh.

—¡Ah!... Mirad la luna.

Los caballeros alzaron la cabeza; el astro de plata se ponía.

—No veo nada de particular,—murmuró Povala; ¿y vosotros?

—Un monje con capucha combate contra un Rey, ¡mirad! ¡En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!... ¡Qué lucha tan formidable! ¡Dios Santo, ten piedad de mí!

Alrededor del sacerdote el silencio era profundo; después de una pausa, dijo:

—¡Mirad, mirad!

—¡Sí, se ve algo!

—Sí, sí,—murmuraron los caballeros.

—¡Ah! el Rey ha vencido al monje,—exclamó el sacerdote;—apoya el pie en su cabeza; ¡bendito sea el nombre del Señor!

—Amén.

Una nube oscura veló en aquel instante la luna y la obscuridad fué completa. Los ginetes continuaron su camino. Povala preguntó:

—¿Habéis visto algo?

—Al principio, no,—respondió Matzko;—pero después he visto á un monje y á un Rey.

—¡Yo también!

—¡Yo también!—dijo Zbishko.

—Es un aviso del cielo,—observó Povala.—A pesar del deseo del Rey no se firmará la paz.

—Y la batalla será tan tremenda que sobrepujará á cuantas se han librado en el mundo,—afirmó Matzko.

Una ráfaga de viento huracanado esparció los tizones de las hogueras; en el aire se entrechocaban chispas y cenizas.

—¡Cómo sopla!—exclamó Zbishko embozándose en la capa.

—Parecen gemidos humanos,—agregó Matzko.

—El alba está cercana; pero nadie sabe lo que ocurrirá durante el día que nace,—concluyó el caballero de De-Lorsh.

VI

Por la mañana la tempestad en vez de amainar arreció. Tan fuerte era el viento que no permitía levantar la tienda en la cual el Rey desde el principio de la guerra oía misa tres veces al día.

Vitoldo fué hacia él y le rogó que no se cuidara de misas y que no detuviera el movimiento del ejército.

Accedió el Rey; porque tampoco era posible obrar de otro modo.

Las tropas se movieron como una inmensa falange, á las que seguía una larga hilera de carros.

Una hora más tarde el viento se calmó y fué posible desplegar las banderas.

Entonces el ejército, hasta donde alcanzaba la vista, aparecía cobijado bajo una nube multicolor y movediza.

La bandera roja con el águila blanca y la corona era la de Cracovia. Era la que debía guiar al combate á todos los ejércitos. La sostenía en sus manos Mastzin de Vrotzimiritz, un caballero valerosísimo y célebre en todo el mundo.

Seguían la roja bandera los soldados de la corte con la

cruz doble de Lituania. Bajo el estandarte de San Jorge se agrupaban los voluntarios, que eran en su mayor parte griegos y moravos.

Estos eran un pueblo fuerte, salvaje, orgulloso, ardentísimo en la lucha, y ante cuyo empuje retrocedían casi siempre los enemigos.

Combatían únicamente los moravos por el que les pagaba, siendo su sólo oficio el de la guerra, la rapiña, la lucha.

Junto á los tcheques y moravos iban dieciseis regimientos polacos, uno de Becemise, otro de Lvov, otro de Galitcia, tres de Podolia; en el centro marchaba la infantería armada de asconas y hoces.

Los príncipes de Moravia, Zemovit y Janush mandaban los regimientos 21, 22 y 23. Seguían las banderas de los nobles, entre las que se veían las de Jasko, Tarnov, Entrik, Tenein, Spitko, Lelio, Nicola de Machaelov, Zibighe-no de Bgesia, Kuba de Konetzpol y otras.

Centelleaba más allá la bandera hereditaria de los Gritov, Bobosky y de muchos otros que, al empezar la lucha, se agrupaban bajo un mismo estandarte.

Se veía como una oleada de gente; un bosque de lomas de distintos colores, de picas, de alabardas; los regimientos desfilaban lentamente envueltos en un nimbo de polvo.

Sabían los soldados que se acercaba el momento de la lucha, pero teniendo la persuasión de que la guerra era santa y necesaria, se sentían animados de un gran valor y de una inmensa esperanza.

Los ejércitos, después de atravesar las campiñas de Logdav y Tannemberg, se detuvieron en la linde de una selva.

El lugar era propio para un alto y muy seguro contra toda sorpresa que se intentase, porque por una parte se extendía el lago Dombrovsk, por la otra el lago Liubic y por el frente había una extensísima llanura.

Si el enemigo hubiera adelantado, se le hubiese advertido.

Por otra parte, los soldados no podían desbandarse; Cindarm de Maskovitz recomendó el descanso, pero conservando el orden.

Se envió exploradores á caballo en dirección á Grinvald y Tannembergh, y en la orilla derecha del lago se levantó un altar de campaña, para que el Rey pudiera, como de costumbre, oír misa.

Jaghellon, Vitoldo, los príncipes de Masovia y muchos otros jefes, se reunieron bajo la tienda.

Alrededor se agruparon los más célebres caballeros para encomendar su alma á Dios y ver al Rey.

Este parecía triste y preocupado.

Los años no le habían envejecido. No tenía ni arrugas ni cabellos blancos.

Comprendía, sin duda, la gran responsabilidad que pesaba sobre él. Entre los guerreros se decía que muchas veces lloraba á consecuencia del dolor que le producía la necesidad de derramar sangre cristiana. La verdad es que Jaghellon temía la guerra, especialmente contra los que ostentaban una cruz en el manto, y que deseaba la paz.

A pesar de todas las seguridades de los nobles de Polonia y de los embajadores húngaros, á pesar de los juramentos del embajador Pedro Kogbogh, que aseguraba que la Orden se mostraba opuesta á la paz; á pesar de todo, el rey alentaba la esperanza de que el enemigo comprendería al fin la injusticia de sus propias exigencias, y podría así ahorrarse el derramamiento de sangre.

El Rey entró en la tienda, transformada en capilla, con intención de rogar á Dios para que dispusiera que se llegase á un acuerdo con el enemigo.

En otros tiempos, cuando Jaghellon era pagano y príncipe de Lituania, entraba siempre á sangre y fuego en las tierras de la Orden; pero ahora, desde que recibiera las

aguas del bautismo, la vista de las campiñas desiertas, de las aldeas destruidas, de los campos talados, de la sangre vertida, producíale indecible dolor.

No eran las picas, las espadas, las hachas, lo que atemorizaba á los polacos, sino las Santas Reliquias que los templarios poseían.

—¿Cómo levantar la mano contra el Gran Maestro?— se preguntaban los más valerosos.—Tiene junto á la coraza las Santas Reliquias...

Vitoldo, por el contrario, deseaba la guerra y azuzaba á sus soldados; pero el corazón noble y generoso del Rey sufría...

VII

El sacerdote Bartosh de Klobutzk había ya terminado una misa, y Jarosh, con otro sacerdote, iba á empezar otra.

Salió el Bey de la tienda para dar reposo á sus rodillas, cuando de pronto apareció Jauko Ostoikovitz, el cual había estado por los alrededores del campamento explorando el terreno.

Sin desmontar siquiera, sin saludar apenas, gritó:

—¡Los alemanes vienen!

Los caballeros se pusieron en pie. El Rey palideció y, haciendo un supremo esfuerzo, dijo:

—¡Bendito sea el nombre del Señor! ¿Dónde los has visto? ¿Cuántos regimientos son?

—He visto sólo un regimiento cerca de Grinvald,—contestó Janko con voz agitada.—A lo lejos, muy á lo lejos, se advierte una gran polvoreda.

—¡Alabado sea el nombre del Señor!—repitió el Rey.

En aquel instante, Vitoldo, cuyo rostro echaba llamas, apenas habló Janko, se volvió al Rey y dijo.

—Dejemos la segunda misa para mejor ocasión, y ahora, á caballo, señores.

Pero el Rey le puso una mano sobre el hombro y dijo:

—Yo me quedo para oír la segunda misa.

Vitoldo y Zindarm saltaron á caballo y se dirigieron hacia los carros. En aquel instante, otro explorador, Pedro Okscia, se acercó á ellos corriendo y gritó:

—¡Los alemanes! ¡los alemanes! Dos regimientos...

—¡A caballo!—gritaron los capitanes.

De un salto los caballeros subieron á caballo, y en un instante todas las armas estuvieron listas.

Los exploradores llegaban de todas partes señalando la presencia del enemigo, el cual, sin duda, quería cortar el camino al rey y á sus guerreros.

Los soldados se agruparon alrededor de sus banderas.

Pocos fueron los que permanecieron junto al Rey oyendo misa. Una campanilla anunció que ésta había empezado.

Jaghellon levantó las manos y, mirando al cielo, se dirigió lentamente hacia la capilla.

Quando terminó la misa, el Rey salió de la tienda y se convenció por sus propios ojos de que los exploradores no se engañaban, porque en el límite de la llanura se veía avanzar una masa negra, como si la selva hubiese crecido de súbito.

Cerca de Grinvald y Tannembergh se levantaban gigantescas nubes de polvo.

El Rey observó el horizonte amenazador, y luego, dirigiéndose al sacerdote Nicolás, preguntó:

—¿Qué santo celebramos hoy?

—Hoy hace años que Nuestro Señor envió á los apóstoles á predicar á los hombres, contestó el cura.

El Rey suspiró:

—¡Y pensar que en tan fausto día morirán muchos de los mejores guerreros!...

Alrededor del Rey se formó pronto un círculo de unos sesenta guerreros escogidos. Zindarm de Maskovitz se los había enviado para su defensa.

La escolta estaba mandada por Alejandro, hijo menor del príncipe de Plotz, á quien, en premio de sus altas dotes estratégicas, se le había concedido el honor de formar parte del consejo del Rey.

Mandaba el segundo el sobrino del monarca, Zigmosart Koribut, joven de un porvenir espléndido y de carácter aventurero. Estaba también entre los caballeros de la corte real, Jasko Mugik de Dombisva, que era un verdadero gigante de fuerza hercúlea.

También estaba Ginlava, un barón tcheque, de baja estatura, delgado, pero de un valor maravilloso. Había adquirido gran fama en los torneos húngaros, donde derribó á los más renombrados justadores.

Seguían Lokal, Bemash, Verusk, Pedro de Milán, Sem-pauch Pohasolt, el príncipe lituano Lenko, el pariente del rey príncipe Tedushko y el príncipe Jamont.

En suma, los mejores caballeros rodeaban al rey, cerca del cual estaba el sacerdote Nicolás y el secretario particular Zbishko de Olesnitz, joven valiente y de fiero aspecto.

Las armas del Rey iban conducidas por tres escuderos,

Ciaiko de Novodvor, Nicolás de Moravit y Danilko Rusin, el cual llevaba el arco y la lanza.

La escolta se completaba con algunos nobles caballeros de la corte.

Los escuderos habían puesto al Rey una espléndida coraza. Enjaezaron un soberbio corcel que caracoleaba relinchando. Montó á caballo y, embarazando la pica, parecía el Rey transformado.

Su rostro entristecido se animó con el relámpago de su mirada, y cuando el sacerdote levantó la diestra para bendecir á los caballeros, inclinó la cabeza ligeramente.

Entre tanto los alemanes avanzaban lentamente por la vasta llanura, rebasaron Grinvald y Tannembergh, y tomaron por último posiciones.

Desde el campo polaco se oían distintamente las pisadas de los caballos, y los que tenían buena vista podían distinguir el color de las banderas y las enseñas que ostentaban: cruces, espadas, águilas, yelmos, cabezas de búfalo y de oso pintadas en la tela de los estandartes y pendones.

El viejo Matzko y Zbishko que ya habían peleado contra los cruzados conocían el ejército enemigo. Matzko especialmente reconocía casi todas las banderas reunidas allí de distintas partes del mundo. De Ragusa, de Baviera, de Suiza, de la Borgoña de Francia cuyos caballeros como decía el viejo de Bogdanetz bromeaban hasta cuando caían moribundos. De Inglaterra, patria de los mejores arqueros y de la lejana España había valerosos caballeros.

Los nobles de Gerads, de Kscesno, de Bogdanetz, de

Rodov, de Bgiosov y de toda la tierra polaca sintieron un involuntario estremecimiento al pensar que tal vez muy pronto iban á medir sus armas con tan esforzados campeones.

La batalla sería sangrienta; el corazón de los jóvenes latía violentamente, y jóvenes y viejos esperaban el momento solemne.

Algunos probaban sus picas, muchos hacían trotar sus caballos y otros aspirando á pleno pulmón el aire ponían á prueba la resistencia de su pecho.

Los guerreros más espertos aconsejaban prudencia. Los cruzados no podían ver desde sus posiciones sino unas cuantas banderas polacas y así no les era posible adivinar si toda la gente armada del Rey estaba ya reunida.

Aunque cerca del lago veíanse las lucientes armas de los caballeros y las puntas de las lanzas y las picas de los lituanos, desorientábales más por ignorar si eran las avanzadas.

Los fugitivos de Ghildemburgo refirieron al Maestre que todas las fuerzas del Rey se hallaban cerca del lago.

Estas noticias no asustaban al Maestre Ulrico, que desde el principio de la guerra despreciaba la fuerza del enemigo, creyendo siempre segura la victoria de la Orden.

No se cuidaba siquiera de enviar exploradores en dirección del enemigo; su seguridad imprudente hacía creer que no había peligro alguno temible. Cuando uno de sus capitanes le dijo que Jaghellon poseía ejércitos numerosos el Maestre exclamó:

—Qué ejércitos ni qué demonios! no sirven para nada... A excepción de los polacos, todos los demás manejan mejor la cuchara que la espada.

Ulrico deseaba la guerra y se alegraba ahora al ver que el ejército enemigo se alineaba frente á él desplegando sus banderas.

Los alemanes no podían atacar á los polacos porque estos se hallaban diseminados alrededor y en el interior de

la selva; valerosos combatiendo en campo abierto, los cruzados no se atrevían á pelear dentro del bosque.

El Gran Maestre reunió consejo de guerra para ver de qué modo podían arrojar al enemigo de la selva.

—Por San Jorge, exclamó el Gran Maestre, hemos recorrido ya dos millas y nos molesta la sed... debemos esperar que al enemigo le venga en gana de atacarnos?

El conde Vende, hombre entrado en años y muy experimentado, dijo:

—Aún cuando tema que mis palabras han de ser mal acogidas, creo oportuno advertir que los polacos son valientes y su rey desea la paz.

El Maestre contestó:

—Páreceme que ya no es tiempo de pensar en la paz; ahora estamos en la guerra y no queda más recurso que combatir.

—La justicia...

—Basta ya.

Uno de los comendadores, queriendo complacer al Gran Maestre añadió:

—Para mí la muerte vale más que la deshonra; aún cuando debiera combatir solo me lanzaría contra la hueste polaca.

El Gran Maestre Ulrico frunció el entrecejo y dijo:

—Pecaríais contra la disciplina.

Todos expusieron sus opiniones; la que prevaleció fué la de Ghersdof:

Enviar dos embajadores al Rey; se diría á este que el Maestre le enviaba dos espadas y un cartel de desafío para

los polacos; si el campo de la lucha resultaba demasiado estrecho, los alemanes retrocederían.

El Rey tuvo un momento de esperanza cuando le dijeron que del campo enemigo venían unos heraldos encargados de traer un mensaje.

—Quizá es una proposición de paz, exclamó con alegría.

—Ojalá Dios, exclamaron los sacerdotes.

El Rey mandó llamar á Vitoldo.

Los heraldos se acercaban.

Uno de ellos llevaba en el escudo una águila negra sobre fondo de oro y el otro un halcón sobre fondo negro.

Los centinelas polacos dejaron pasar á los heraldos que bajando de los caballos se presentaron al Rey inclinaron la cabeza en señal de respeto.

—El Gran Maestre Ulrico, dijo uno de ellos, desafía á vuestra alteza y al príncipe Vitoldo, y para aumentar vuestro valor, os envía dos espadas.

Después, adelantó el otro heraldo, y dijo á su vez:

—El Maestre Ulrico dice á Vuestra Majestad que hará retroceder á sus tropas á fin de que no tengáis que refugiarnos en el bosque.

Los caballeros que rodeaban al Rey temblaban de ira.

Las últimas esperanzas de Jaghellon se disipaban como la niebla se disipa á los primeros rayos del sol.

Alzando sus ojos bañados en lágrimas al cielo, el Rey contestó:

—Espadas no nos faltan, pero acepto estas como signo de victoria que Dios me envía.

Dos gruesas lágrimas cayeron de sus ojos.

Los caballeros se decían:

—Los alemanes se retiran, abandonan el campo.

Los heraldos se despidieron.

Sus negros caballos les llevaron al otro lado de la llanura.

La hueste polaca se adelantó hacia el llano en correcta formación.

A la cabeza de las filas estaban los mejores caballeros, luego los veteranos, después los demás soldados.

Zindarm y Vitoldo corrían de aquí para allá infundiendo valor á todos con su presencia, dando órdenes, y disponiendo la batalla.

El combate era inminente.

El Gran Maestre miraba el ejército real que avanzaba á su encuentro.

La mirada no podía separarse de aquella masa inmensa, de aquellas alas, que parecían las de un ave colosal, de aquel arco iris de estandartes que se agitaban al viento, y su corazón se estremeció.

Quizá pensaba en los millares de cadáveres, y en los arroyos de sangre que dentro de poco habría en la llanura; quizá sin sentir temor á los hombres, lo sentía por la ira de Dios que desde el cielo dirige las humanas acciones, y es el que otorga el triunfo é inflige la derrota.

Por vez primera, el Gran Maestre sintió vacilar su ánimo y experimentó su sentimiento de terror por la gran responsabilidad en que incurría.

Los comendadores miraban á Ulrico asombrados.

—Qué tenéis señor? preguntó De-Vende.

Uno de Lichtenstein se atrevió á decir:

—Maestre, no comprendo vuestra conducta, en este instante no debéis llorar sino infundir ánimo en el de los soldados.

No contestó Ulrico y siguió llorando:

Finalmente, la voluntad dominó el sentimiento.

—Cada cual á su puesto! gritó Ulrico con voz firme y sonora.

Los caballeros obedecieron en silencio.

—Dame el casco! decía en aquel instante el Rey á su escudero.

En ambos campos se animaban los preparativos para el combate.

Entre los alemanes y las tropas del Rey, cerca de Tan-nembergh, había algunas encinas entre cuyas ramas se colocaron algunos campesinos para presenciar la lucha.

A excepción de estos árboles, toda la llanura aparecía gris, limpia, uniforme.

Soplaba fuerte viento, sobre aquel viento, aleteaba la Muerte.

Los ojos de los combatientes se fijaban involuntariamente en la llanura desierta.

De repente sopló una ráfaga huracanada que arrancó millones de hojas de la selva arrojó contra el centro del ejército de la Orden una nube de polvo.

En aquel instante resonaron las trompas lituanas y las filas armadas se lanzaron como un alud devastador contra los soldados alemanes.

Los Lituanos como de costumbre apretaron los hijares de los caballos y blandiendo espadas y picas, dando alaridos salvajes, se lanzaron contra el flanco derecho de los cruzados donde estaba Ulrico.

Al advertir aquella masa negra que se arrojaba sobre ellos, Ulrico dijo al caballero de Vallenrrod:

—Atención, yo empiezo, seguidme vosotros.

Hizo una señal con la espada, y catorce regimientos alemanes avanzaron hacia el enemigo.

—*Gott mit uns!* (1) vociferó Vallenrrod.

(1) Dios sea con nosotros.

Los cruzados, primero lentamente, después más aprisa, como fieras que se precipitan aumentando su vigor y su carrera á medida que se acerca la presa, acometieron á los lituanos.

La batalla debía empezar en toda la línea; los polacos entonaron el canto de guerra compuesto por G. Voitzecl.

Cien mil cabezas cubiertas de hierro se levantaron al cielo; cien mil voces cantaron; «Virgen María, protégenos y perdona nuestros pecados». En el corazón de aquellos valientes las santas palabras infundían ánimo fe esperanza.

En la derecha la batalla era cruenta; arreciaba.

El rumor de los truenos, el relinchar de los caballos, los ayes de los moribundos, uníanse mezclábanse, formaban un conjunto espantoso.

La lucha era terrible.

Contra los Polacos Ulrico lanzó veinte legiones mandados por Lichtenstein.

Zindarm los vió avanzar y saliendo á su encuentro con la espada enrojecida con el rostro lívido, la coraza destrozada vociferó:

—Adelante!

Los caballeros se pegaron á los caballos estremecidos y en sus flancos anhelantes hundieron las espuelas de acero.

Los Lituanos cedieron bajo el impetu alemán, las primeras filas compuestas de nobles, quedaron desbaratadas, las segundas resistieron mejor, pero ni la fuerza ni el ardimiento pudieron refrenar la marcha destructora de la columna alemana.

¿Y cómo de otro modo si los combatientes tenían poderosos caballos cubiertos de hierro y de la otra únicamente había hombres armados de frágiles picas únicamente cubiertos con su pelo?

Los cruzados hacían estragos; los ayes de los moribundos sonaban como maldiciones. Aquel ataque parecía una vorágine que se tragaba los soldados de Vitoldo regimiento tras regimiento.

Tártaros, Valacos soldados de la Besarabia, Lituanos, se amontonaban muertos sobre la tierra, pisoteados por los herrados cascos de los corceles.

Los tres regimientos de Smolensk debieron retroceder ante los seis regimientos cruzados después de una gran resistencia.

Era una verdadera carnicería.

Los Rusos caían á docenas; los Alemanes regocijábanse estremecidos por la alegría cruel que les causaba la vista de la sangre. Algunos de ellos parecían enloquecidos.

Alaridos salvajes se oían por todas partes contestando al lamento lúgubre de los moribundos.

Un regimiento escogido de Polacos se lanzó al ataque para auxiliar á los Lituanos.

Las tropas de Lichtenstein se encontraban en condiciones desfavorables porque tenían que combatir con adversarios expertos.

Los Alemanes, no solo fueron detenidos en su avance, sino rechazados por los guerreros de Cracovia, de Endrek, de Brochovitz y por los de la costa mandados por Povala de Tacev.

La batalla se recrudeció cuando rotas lanzas y picas, los caballeros empuñaron lanzas y espadas.

Entonces los escudos chocaron contra los escudos, los guerreros se estrecharon en abrazo mortal, y otros guerreros y sus caballos, cayeron ensangrentados para no levantarse más.

Así como el granizo rompe destruye y golpea lo que halla á su paso, así la hueste polaca avanzaba á través de una ola de sangre, de miembros mutilados, de armas rotas y de cuerpos inertes.

La muerte aleteaba inerme é inexorable escuchando el canto de los que morían combatiendo.

Los fuertes caballeros polacos combatían heroicamente; arrojábanse en lo más fuerte de la pelea, invocando en alta voz el nombre de los santos de su devoción.

Liss de Targovisk atacó primero al valeroso Komtur de Osterode, Garmot, el cual, habiendo perdido el escudo, con el manto revuelto al brazo paraba los golpes que se le dirigian.

Liss, con la espada desgarró manto y brazo, y de una estocada atravesó el vientre de Garmot, haciendo crugir siniestramente el hueso de la espina dorsal.

Viendo caer á su jefe, los hombres de Osterode se inflamaron en odio.

Liss se arrojó contra ellos como un águila á quien roban sus hijos, y sostenido por Stashko de Chabrimovitz y Domarat de Kobilian, destruyó, aterró la falange como un oso destruye los débiles arbustos.

Pashko Zlodsci de Bishupitz mató al célebre Kuntz Abelsbech.

Kuntz, cuando vió delante de él aquel gigante con el hacha ensangrentada de la que pendían cabellos humanos, sintió espanto y pidió piedad, pero Pashko le cercenó de un golpe cabeza y casco. Después mató á Lohk de Meklemburg y Klinghenstein y á Limpak de Magonza y Nachtervitz.

Los alemanes atemorizados retrocedían ante él que tiraba tajos á derecha é izquierda levantándose ligeramente sobre los estribos para dar mayor fuerza á los golpes.

Por su parte Endgy de Brochovitz después de romper su espada contra la cabeza de un caballero, le cogió la mano, se la rompió, y arrancando de ella la lanza, atravesó con ella la cabeza del desdichado.

Un poco más lejos, un caballero joven Dingleim, pidió cuartel y Endgy se lo dió porque Dingleim era muy joven y su mirada era infantil.

Povala de Tacev, dotado de una fuerza sobrehumana derribaba hombres y caballos, cortaba yelmos y corazas como si fueran cáscaras de huevo, y se lanzaba á lo más recio de la pelea seguido siempre de Sesko de Goray, de Povala de Vignet, de Mtzislav, de Skscinet de dos tcheques: Lokol y Zbislavek.

La batalla continuaba sin descanso. Contra el regimiento polaco luchaban tres regimientos alemanes; cuando en auxilio de las tropas reales llegó el vigésimo séptimo regimiento mandado por Jaskko de Tarnov, las fuerzas se equilibraron y los alemanes se desbandaron.

Hasta los que habían atacado á los soldados de Cracovia, cayeron y huyeron bajo los golpes de Zindarm y de Zavisicia el Negro, el más terrible de todos los polacos.

A su lado combatían su hermano Farurey, Florian de Koritnitz, Skarbek de Gur, el célebre Liss de Targovisk, Paskko Zlodsei, Jan Nalene y Spahk de Charbimovitz-chantz.

Bajo los golpes de Zavisicia caían todos los guerreros, y

parecía que bajo tal corona no había un hombre sino el dios de la guerra. Tenía la frente bañada en sudor, los ojos inyectados en sangre, los labios rojos y apretados; tranquilo y atento cuidaba de matar como un operario cuida de su trabajo.

El escudo de Zabiscia estaba abollado en cien sitios distintos; al mover su espada oíase el grito angustioso de un cuerpo que caía; Zabiscia no se detenía siquiera y continuaba su carrera destructora.

El joven Zbishko de Bogdanetz se lanzaba como un loco en lo más empeñado de la lucha, y á su lado Matzko asestaba golpe tras golpe, con la calma de un lobo que no quiere herir sino matar.

Buscaba á Lichtensteins, pero no encontrándole, derribaba á los otros caballeros de la Orden odiada, hiriendo con preferencia á los que llevaban corazas más ricas.

A su lado con la cabeza descubierta combatía Chtan de Bogov. Perdió el casco á los primeros golpes, y con la cabeza descubierta infundía terror á los alemanes con su rostro ensangrentado y peludo parecido al de un oso.

El ejército alemán retrocedía.

Pero sucedió que las tropas que los lituanos habían rechazado junto al lago acudieron en socorro de los cruzados y éstos entonces tomando ánimos se precipitaron otra vez contra los Polacos que estaban cansados de tanta lucha.

Los Alemanes comprendieron que en aquel instante la suerte les era favorable, vieron los polacos que el instante era decisivo y la pelea recrudeció; tembló la tierra, el cielo se cubrió de densos nubarrones y en lontananza el trueno pareció responder á los alaridos, á los lamentos de los guerreros agonizantes.

Pareció sonreír la victoria á los Alemanes; en las filas polacas entró el desorden y empezó la desbandada.

Los cruzados entonaron el canto de victoria. El aban-

derado que llevaba el gran estandarte de Cracovia cayó al suelo. Mil manos se tendieron hacia él, mil brazos se alargaron para arrancar el pendón sacrosanto de los Polacos.

Los Alemanes lanzaban alaridos de júbilo pensando que el triunfo definitivo era suyo. No sucedió así.

Los Polacos lanzaron un grito de desesperación al ver que caía al suelo su bandera idolatrada. Pero aquel grito fué de rabia y dióles nuevos bríos en vez de quitárselos.

Parecía que nuevas víctimas, nueva sangre pidiera la tierra sedienta.

Se empeñó una lucha despiadada, bárbara. Como leones enfurecidos chocaron los caballeros de uno y otro bando. Relinchaban los caballos, resonaban bajo los tremendos golpes cascos y corazas, rompíanse las espadas y aquel campo de batalla tenía un aspecto verdaderamente horrible y aterrador.

Los Alemanes perdían valor á la vista de sus infinitos compañeros moribundos; la bandera polaca volvía á tremolar por la región del aire como signo cierto de esperanza de victoria.

El ejército polaco la saludó con un indecible grito de júbilo y de nuevo acometió á los Alemanes con más pujanza.

Estos rodeados por todas partes, sin tregua, sin esperanza, sin orden, batíanse en retirada.

La mayor parte de los mantos que los de la Orden llevaban sobre la coraza se arrastraban por el suelo.

Los jefes sin embargo no desesperaban.

A retaguardia sobre una eminencia había diez y seis regimientos de reserva mandados por el propio Ulrico.

Este que contemplaba desde lejos la cruenta pugna, al ver el movimiento de retroceso de sus tropas, comprendió que había llegado el momento supremo. lanzó una voz de mando y los diez y seis regimientos se precipitaron como un turbión que corre velozmente destruyendo hombres y cosas.

Zindarm no perdía de vista el campo de batalla.

Entre los regimientos polacos de reserva, había algunos destacamentos de robustos tcheques, pero la fuerza principal la constituían los nobles polacos y los campesinos armados de pesadas picas y de hoces.

—Atención,—aulló Zindarm de Maskovitz atravesando como un rayo entre las filas.

—¡Atención!—repetieron los soldados.

Los aldeanos apoyaron las picas y las hoces en las rodillas y después de persignarse, escupieron en las rudas manos, acostumbradas al trabajo.

Aquel escupir amenazador se oyó á lo lejos.

En aquel instante llegó al galope un edecan del Rey y dijo al oído de Zindarm algunas palabras.

—¡Adelante!—gritó éste.

—¡Adelante!—repetieron los capitanes.

—¡Adelante!—contestaron los soldados.

El campo relampagueó al centellear las picas.

—¡Al ataque!—gritó Zindarm.

—¡Al ataque!—repetieron los capitanes.

Los soldados lanzaron un grito de alegría de rabia, el grito llegó amenazador hasta el cielo.

El Rey que hasta entonces se había mantenido apartado de la lucha como siembre espectador, cuando vió combatir á todas sus tropas, sintió una ansia indecible de combatir á su vez.

Los señores de la corte le disuadieron temiendo por su vida, pero el Rey espoleó su caballo y se lanzó á la pelea.

En aquel instante el Maestre Ulrico lanzó sus diez y seis regimientos de reserva hacia la colina donde estaba el Rey.

Todos comprendieron el peligro.

El escuadrón real formó el cuadro.

Los regimientos alemanes avanzaron. Estaban formados por atrevidos guerreros.

El Maestre se dirigió al centro de la pelea, porque habiendo visto en la colina pocos caballeros, no creía que estuviese el Rey.

Un soldado alemán reconoció á Jaghellon y lanzó contra él su caballo. El Rey paró el golpe, y mientras su secretario con el asta de una pica hacia volar el casco del alemán; el monarca le hundió la espada en la frente descubierta.

Así murió el célebre caballero Dipold De-Diber.

Los cruzados se lanzaron para vengarle, pero el Maestre gritó:

- ¡Herum! ¡herum! Y con la mano señaló el punto hacia donde creía decidirse la sangrienta lucha.

Nicolás Kelbass lanzó la señal del combate, porque había reconocido al Gran Maestre que llevaba pendiente del cuello una cajita.

Los caballeros alemanos combatían con valor, pero no con el empuje de los polacos, que ya se creían seguros de la victoria.

Con gritos roncós, con alaridos, con gritos de odio, con rugidos sobrehumanos, lanzábanse sobre los desgraciados templarios, que empezaban á contener sus caballos y á mirar asustados á su alrededor, pensando que era imposible resistir al ímpetu polaco.

Al propio tiempo acudía Zindarm con sus campesinos.

Entonces ocurrió una escena salvaje, una carnicería espantosa. Los yelmos fueron arrancados por las hoces dentadas y las corazas hendidas por las pesadas mazas.

Corrió la sangre por el suelo y surearon el aire miles de chispas.

Los Alemanes habían tirado de la espada, y con ésta querían vender caras sus vidas.

Una gran nube de polvo se levantó hacia el ala derecha.

—¡Los Lituanos vuelven!—gritaron con alegría los Polacos.

La verdad es que los fuertes Lituanos solo habían cedido á la fuerza del número, y volvían ahora con más fuerza á la pelea.

Al verlos, uno de los caballeros gritó á Ulrico.

—¡Salvaos, señor!

—¡Salvaos!

—¡Salvaos!—repitieron los demás capitanes; pero el valeroso Ulrico, con desdén, con fuerza, exclamó:

¡Ay de mí, si huyera de este campo de batalla donde tantos valientes han hallado la muerte!

Y cambiando la espada rota, lanzó un grito, una voz de mando, y se perdió entre el fragor de la pelea.

Los Lituanos chocaron contra los Alemanes.

Ulrico, herido en el rostro, en el pecho y en las manos, luchaba con un último esfuerzo entre las puntas de las picas enemigas.

Una mazada lo echó al suelo y cayó como cae una añosa encina. Los Lituanos lanzaron un grito de alegría.

Verner De-Tettinghen, con algunos regimientos, consiguió abrirse paso entre las huestes enemigas y se salvó con la fuga.

Los otros Alemanes, debieron permanecer en el campo de batalla cediendo al empuje formidable de los Polacos embriagados con la victoria.

La historia no da cuenta de una batalla, de una carnicería tan terrible. Ni las de Romanos y Cartagineses, ni las de los godos contra los hunos, ni la de Carlos Martel contra los árabes fueron tan tremendas.

Cuando los caballeros comprendieron que habían perdido la batalla, saltaron de sus caballos y pidieron misericordia.

La tierra, empapada en sangre, humeaba.

No todos quisieron rendirse.

Algunos prefirieron la muerte.

Las líneas polaco-lituanas se estrechaban cada vez mas, y los Alemanes caían combatiendo hasta perder la vida.

Muchos, levantando la visera del yelmo, se daban el último adiós, otros preferían darse muerte con sus mismas armas, ó pedían á los suyos que les rematasen antes que caer vivos en poder del enemigo.

Los numerosos regimientos de cruzados quedaban reducidos á un corto número de combatientes, pero ni aún cuando solo formaban cortos grupos quisieron los Alemanes rendirse.

Veíase á veces á un caballero solo, batirse contra diez, contra cien Polacos.

La derrota del Occidente era grande, majestuosa.

Alrededor de Arnolde De-Baden había un montón de cadáveres mutilados por su espada, que nunca daba en el vacío.

Zaviscia el Negro se acercó á él, y viendo que el alemán había desmontado, desmontó también movido de un sentimiento caballeresco y le gritó:

—Alemán, entrégate prisionero, ó lucha conmigo.

Zaviscia levantó la visera. Arnolde le reconoció y pensó:

—Ha llegado mi última hora. De éste nadie escapa.

Sin atemorizarse, Arnolde se precipitó contra el polaco.

Zaviscia dió un tajo tremendo.

La espada rompió el pesado escudo como un martillo rompe un vaso de cristal, y la cabeza de Arnolde quedó partida en dos como un melón maduro.

Enrique Comptur de Ciluchomsk, enemigo atroz del pueblo polaco, pensó que lo mejor sería huir y escapó como una liebre que huye de los cazadores.

Zbishko de Bogdanetz le cortó el camino. El Comptur gritó:

—¡Ten piedad de mí!

Zbishko no consiguió desviar el golpe, y su espada se hundió en el rostro ancho y carnoso del alemán.

Los siervos lo ataron y lo llevaron á reunirse con los demás prisioneros.

El viejo Matzko no había desistido de hallar á Lichtenstein, y el destino, que aquel día favorecía á los polacos, hizo que lo hallara junto al bosque.

El veterano fué hacia él, y levantándose la visera, le dijo:

—Lichtenstein, ¿me reconoces?

El alemán frunció el entrecejo y contestó:

—Te he visto en la corte de Plotz.

—También me viste en la corte de Cracovia, cuando te rogué por mi sobrino condenado á muerte por tu causa. Entonces juré batirme contigo.

—Ya lo sé,—contestó Lichtenstein con desprecio, pero palideciendo.—Soy tu prisionero y no debes levantar la espada contra mí.

—Kuno de Lichtenstein; no soy vil, no levanto la mano armada contra quien no tiene armas, pero si rehusas batirte conmigo, haré que te claven á un árbol.

—Entonces, batámonos,—contestó el comendador.

—Batámonos,—dijo Matzko echando al alemán una espada.

Los dos caballeros pelearon.

Kuno era más joven y más ágil que Matzko, pero éste tenía más fuerza y serenidad.

Kuno cayó; Matzko se echó encima.

—¡Perdón!—gimió el alemán.

—¡No!—vociferó Matzko; y hundiendo el puñal en la garganta del odiado guerrero de Cristo, lanzó un grito de alegría.

La sangre salió á oleadas de la desgarrada garganta; el alemán estertoró con el estertor de los que mueren.

No solamente la Orden, sino todos los alemanes tuvieron que doblar la cabeza ante Jagellon.

De los setenta mantos que llevaban los setenta capitanes germanos que representaban otras tantas provincias, solo quince pudieron escapar de la batalla.

Más de cuarenta mil cadáveres yacían tendidos en la llanura.

Todas las banderas teutonas cayeron en poder de los polacos.

Jagellon, con voz conmovida, decía:

— ¡Dios lo ha querido!...

— Entre los prisioneros más importantes, estaban Abdank, Sckarbek, el príncipe Casimiro, Frunsnovsky, Conrado de Olestnitz, Pscedfeldko Kofridlovsky y Jorge Ghersdoff, gravemente herido.

Veintidos pueblos habían tomado parte en la pelea como auxiliares de los cruzados.

Los polacos tomaban nota del nombre de los prisioneros, que rogaban al rey que les dejara volver á su patria, comprometiéndose á pagarle rescate.

¡El ejército de la Orden estaba completamente destruído.

Hundíase el sol en el ocaso.

Ante Vitoldo y Zindarm fué llevado el cadáver de Ulrico.

Estaba horriblemente desfigurado por las heridas y las pisadas de los caballos.

El Rey le miró y dijo.

— Ved aquí al que esta misma mañana creía ser el monarca más poderoso de la tierra. ¡Ha muerto como un héroe; honremos sus despojos!

Dispuso que se le diera cristiana sepultura, envuelto en el manto de su Orden.

También aparecieron los cadáveres de Kuno de Lich-

tensteid, de Vallenrode, del conde Sevarberg y de De-Vende.

Había más de seiscientos caballeros heridos.

En los ojos y en las facciones de los cadáveres podían aún leerse el odio, el orgullo, la ira.

Sobre la colina, el Rey y los guerreros contemplaban la llanura sembrada de cadáveres; parecía un prado segado por una segur inexorable.

Terrible había sido la lucha; terribles fueron sus efectos.

Las caras de Polacos y Lituanos revelaban el interno regocijo; aquellos hombres fuertes, que durante tantos años sufrieron injusta opresión, comprendían que se habían vengado.

—La Orden ha quedado aniquilada,—dijo el rey.

El secretario Nicolás, que conocía la profecía de Santa Brígida, murmuró:

—¡Día vendrá en que sus manos serán cortadas y arrancados sus dientes.

La luna, en el alto cielo, lucía pálidamente.

El campo tenía un aspecto fantástico, terrible.

La gran llanura se había convertido en un inmenso cementerio.

Sobre el duro suelo se veían esparcidos miembros aun palpitantes, brazos, cabezas, piernas, sangrientos despojos de la muerte.

Polacos y Lituanos ceminaban lentamente por el desmedido cementerio, recogiendo armas y corazas.

En el aire se cernían bandadas de cuervos y buitres que acudían al olor de la sangre.

Graznaban horriblemente.

Era un canto de alegría por el festin que se les otorgaba.

No solamente la Orden, sino toda la Alemania, todos los usurpadores de las tierras polacas aparecían vencidos.

El hierro del justo había llegado al corazón del opresor del malvado.

A tí, pasado sacrosanto y glorioso, á tí, sangre del sacrificio, la gloria y el honor de los venideros!

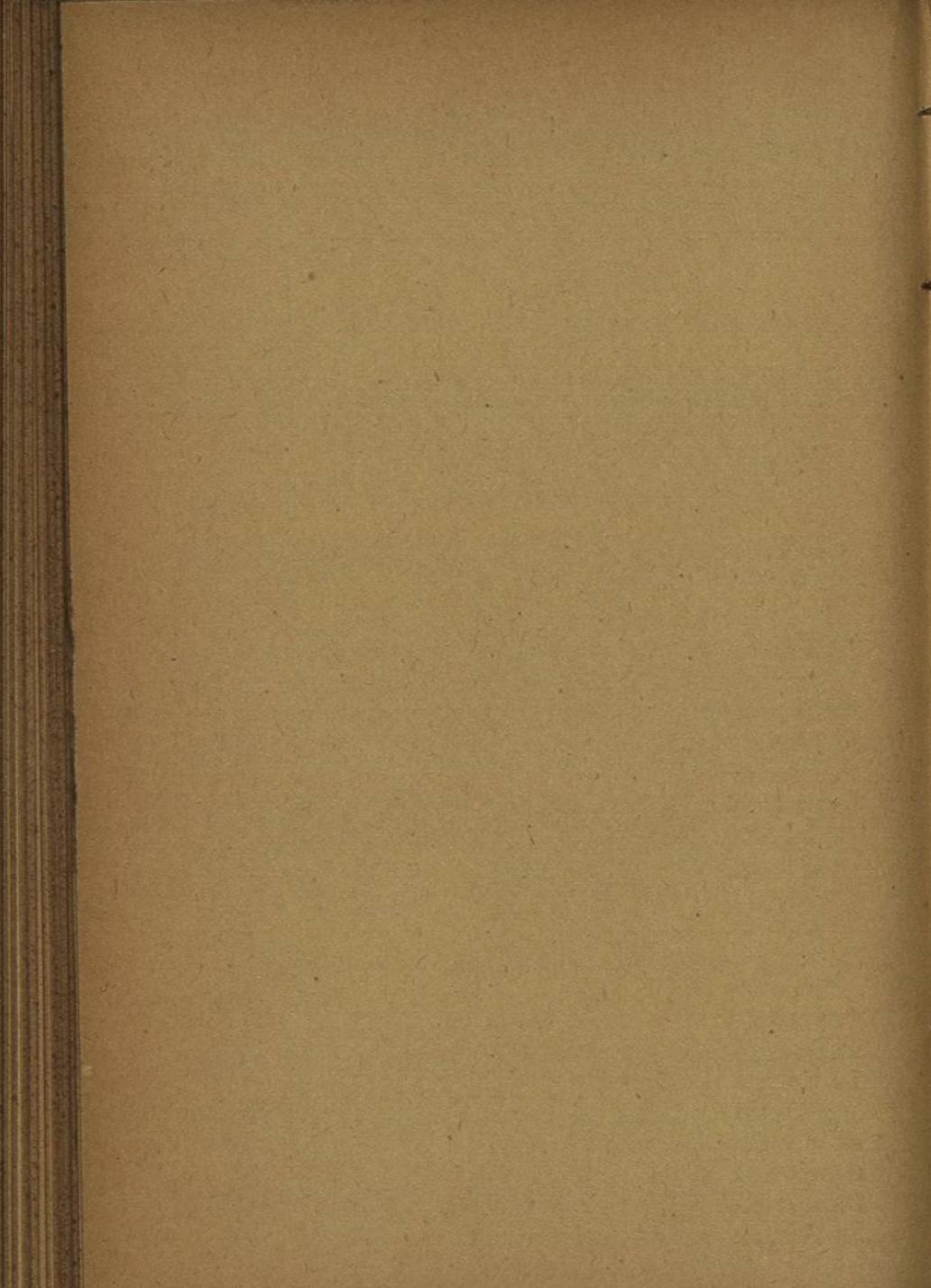
Matzko y Zbishko volvieron á Bogdanetz.

El anciano caballero vivió aún muchos años en compañía del sobrino.

Había lucido por fin el día del triunfo, tanto tiempo anhelado.

Por la puerta de Malborg salió por última vez el Gran Maestre Ulrico; por la misma puerta entró el supremo comandante polaco para ocupar, en nombre del rey, las ciudades y el país hasta donde el Báltico rompe en espuma sus olas.

FIN



CASA EDITORIAL MAUCCI

Mallorca 226 y 228. — Barcelona. — Apartado Correos 189

Extracto del Catálogo General

OBRAS DE AUTORES ILUSTRES

L' Assommoir , por Emilio Zola. 2 tomos ilustrados.	2 Ptas.
Naná , por Emilio Zola. 2 tomos ilustrados.	2 »
Los Misterios de Marsella , por Emilio Zola.	1 »
Teresa Raquin , por Emilio Zola.	1 »
Lourdes , por Emilio Zola, dos tomos impresos en buen papel, tipos nuevos y elegantes.— Edición única en España.	4 »
Roma , por Emilio Zola, dos tomos de 500 págs. cada uno, (segunda edición).	4 »
París , por Emilio Zola, edición ilustrada con 16 láminas, única en España: dos tomos rústica	4 »
Fecundidad , por Emilio Zola (tercera edición).. . . .	4 »
Trabajo , por Emilio Zola, dos tomos.	4 »
La Sonata de Kreutzer. — El Matrimonio (2 novelas juntas), por el conde León Tolstoy	1 »
Amo y Criado , por íd.	1 »
Resurrección , por íd. 2 tomos.	3 »
Imitaciones. — Los Cosacos , por íd.	1 »
La Esclavitud Moderna , por íd.	1 »

Horas de Recreo , por E. De Amicis. Un tomo ilustrado	1 Ptas.
La Carrozza di Tutti . (Una novela en tranvía), por Edmundo De Amicis. 2 tomos ilustrados	3 >
España , por Edmundo de Amicis.	1 >
Rafael-Graziella (2 novelas juntas), por Lamartine.	1 >
El Manuscrito de mi Madre , por id.	1 >
Misterio! ... por Hugo Conway.	1 >
Un Secreto de Familia , por id. (ilustrada)..	1 >
Sin Madre , por id.	1 >
El Secreto de la Nieve , por id..	1 >
Confusión , por id.	1 >
Atala. — René. — El Último Abencerraje. — Viaje al Mont-Blanc (4 novelas juntas), por Chateaubriand.	1 >
Noventa y tres , por V. Hugo. 2 tomos ilustrados	2 >
Los Trabajadores del Mar , por id., id.	2 >
El Hombre que Ríe , por id., id..	2 >
Nuestra Señora de París , por id. (ilustrada)	2 >
Han de Islandia ó El Hombre Fiera , por id. Dos tomos ilustrados.	2 >
Sor Filomena , por E. J. de Goncourt	1 >
Las Cartas de mi Molino , por A. Daudet.	1 >
Fromont y Risler , obra premiada por la Academia Francesa, por A. Daudet.	1 >
Tartarin de Tarascón , por id.	1 >
Poquita Cosa , por id.	1 >
El Nabab , por id. 2 tomos.	2 >
Escenas de la vida de Bohemia , por E. Murger	1 >
María (novela americana) por Jorge Isaacs.	1 >
Vida de Jesús , por Ernesto Renan (ilustrada).	1 >
Los Apóstoles , por id. 2 tomos ilustrados.	2 >
Un matrimonio del gran mundo , por Octavio Feuillet (de la Academia Francesa).	1 >

Dora , por Carlota M. Braemé, id.	1	Plas.
Azucena , por id.	1	»
Una Lucha de Amor , por id.	1	»
Corazón de Oro , por id.	1	»
Su Unico Pecado , por id.	1	»
En su Mañana de Bodas , por id.	1	»
La Señorita Giraud, mi mujer , por A. Belot. .	1	»
Los Compañeros del Silencio , por Paul Féval		
Dos tomos ilustrados.	2	»
La Sala Misteriosa , por Paul Féval.	1	»
El Posadero de Aldea , por E. de Conciencia. .	1	»
La Ciudad Negra , por Jorge Sand.	1	»
La Venus de Gordes , por A. Belot y E. Daudet	1	»
El Beso de una Muerta , por Carolina Inver-		
nizio.	1	»
La Venganza de una loca , por id.	1	»
La Huérfana de la Judería , por id.	1	»
Pasiones y Delitos , por id.	1	»
El Espectro del Pasado , por id.	1	»
Los Amores de Marcelo , por id.	1	»
El Crimen de la Condesa , por id.	1	»
El Resucitado , por id.	1	»
El Triunfo de la Muerte , por G. D' Annunzio.		
2 tomos ilustrados.	3	»
El Placer , por id. 2 tomos ilustrados.	3	»
El Fuego , por id. 2 tomos.	3	»
Las Vírgenes de las Rocas , por id. 1 tomo. .	1'50	»
El Inocente , por id. 1 tomo	1'50	»
Historia de un Muerto , por Francisco Cal-		
cagno, ilustrada con ocho láminas	1	»
Don Quijote de la Mancha , por Miguel de		
Cervantes, 2 tomos ilustrados con láminas. .	2	»
El Jardín de los Suplicios , por Octavio Mirbeau.	1	»
La Señora de Bovary , por Gustavo Flaubert.	2	»
Salammbó , por id.	1	»

Quo Vadis? por Enrique Sienkiewicz. 4. ^a edición completa é ilustrada. 2 tomos.	2 Ptas
A Sangre y Fuego , por E. Sienkiewicz. 2 tomos	2 »
El Diluvio , por id. 2 tomos.	2 »
Pan Miguel Volodyovski , por id. 2 tomos.	2 »
La Familia Polaniecki . 2 tomos.	2 »
Más allá del Misterio , por id. 1 tomo.	1 »
Luchar en vano , por id. 1 tomo.	1 »
¡Sigámosle! por id. 1 tomo.	1 »
Hania , por id. 1 tomo.	1 »
Liliana , por id. 1 tomo.	1 »
En busca de felicidad. (Por el pan) , por id. 1 tomo.	1 »
Mariquita León , por José Nogales y Nogales. (1 tomo ilustrado).	1'50 »
El Ultimo Patriota , por id.	1 »
La Muerte de los Dioses , por Dmitri Merejowski. 2 tomos.	2 »
La Señorita de Maupin , por Teófilo Gautier.	1 »
Jack , por Alfonso Daudet. 2 tomos.	2 »
El Gallo de Sócrates. Cuentos , por Leopoldo Alas (Clarín).	1 »
La Monja , por Diderot.	1 »

Estas obras se hallan, igualmente, encuadradas en tela y planchas doradas, con aumento de 50 centimos el tomo,



Primer DICCIONARIO ILUSTRADO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

con la representación gráfica por medio de millares de grabados, de voces de Arquitectura, Arqueología civil y religiosa, Heráldica, Numismática, Indumentaria, Pintura, Escultura, Grabado, Música, Agricultura, Agronomía, Botánica, Agrimensura, Zoología, Mineralogía, Artes y Oficios, Física, Química, Mecánica, Hidráulica, Metalurgia, Medicina, Cirugía, Farmacia, Astronomía, Geología, Geodesia, Comercio, Navegación, Marina, Arte militar, Etnografía, Antropología, Caza, Pesca, Equitación, etc., etc.

POR

D. Luis de Bustamante y Ríos y D. José del Vilar

AUTORES DE VARIAS OBRAS

*con la colaboración de distinguidos escritores españoles
y americanos*

Dos tomos de gran tamaño, ilustrados con más de doce mil grabados, ricamente encuadernados con lomo de piel y tela en el plano, con planchas doradas.

Precio de la obra completa: 50 Ptas.

NOVÍSIMO
DICCIONARIO UNIVERSAL DE AGRICULTURA
(EDICIÓN HISPANO-AMERICANA)

QUE COMPRENDE

todo lo referente á Horticultura, Arboricultura, Viticultura, Olivicultura, Plantas alimenticias, Cultivos, Jardines, Enfermedades de los árboles y plantas y sus remedios, Aguas, Riegos, Abonos, Máquinas, Instrumentos y aparatos agrícolas, Agreología, Agronomía y Agrimensura, Arquitectura rural, Meteorología agrícola, Ganadería, Zootecnia general y especial, Legislación y economía rurales, Bibliografía agrícola y en general todo lo que tiene relación con la Agricultura y sus ciencias auxiliares.

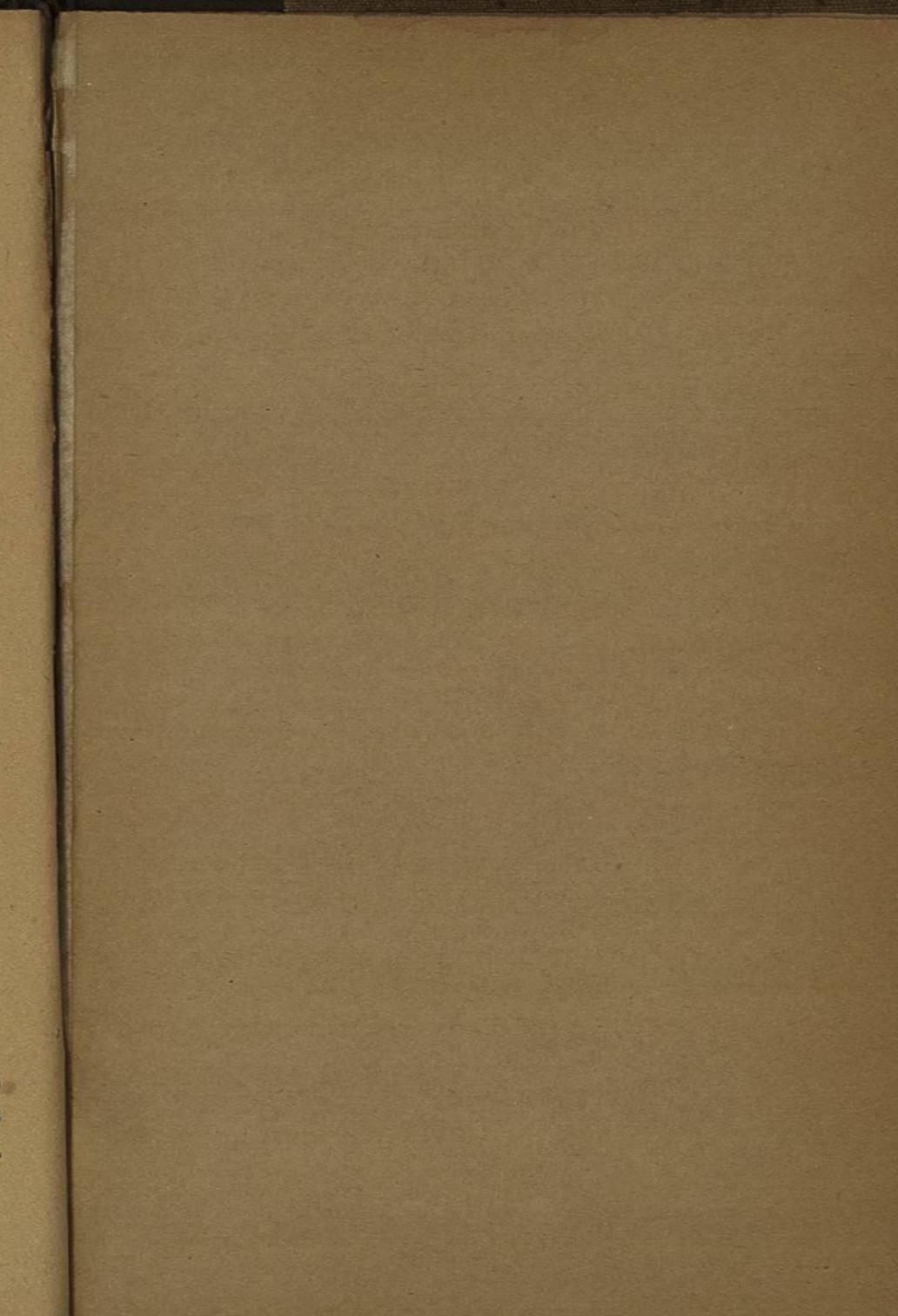
OBRA ESCRITA POR

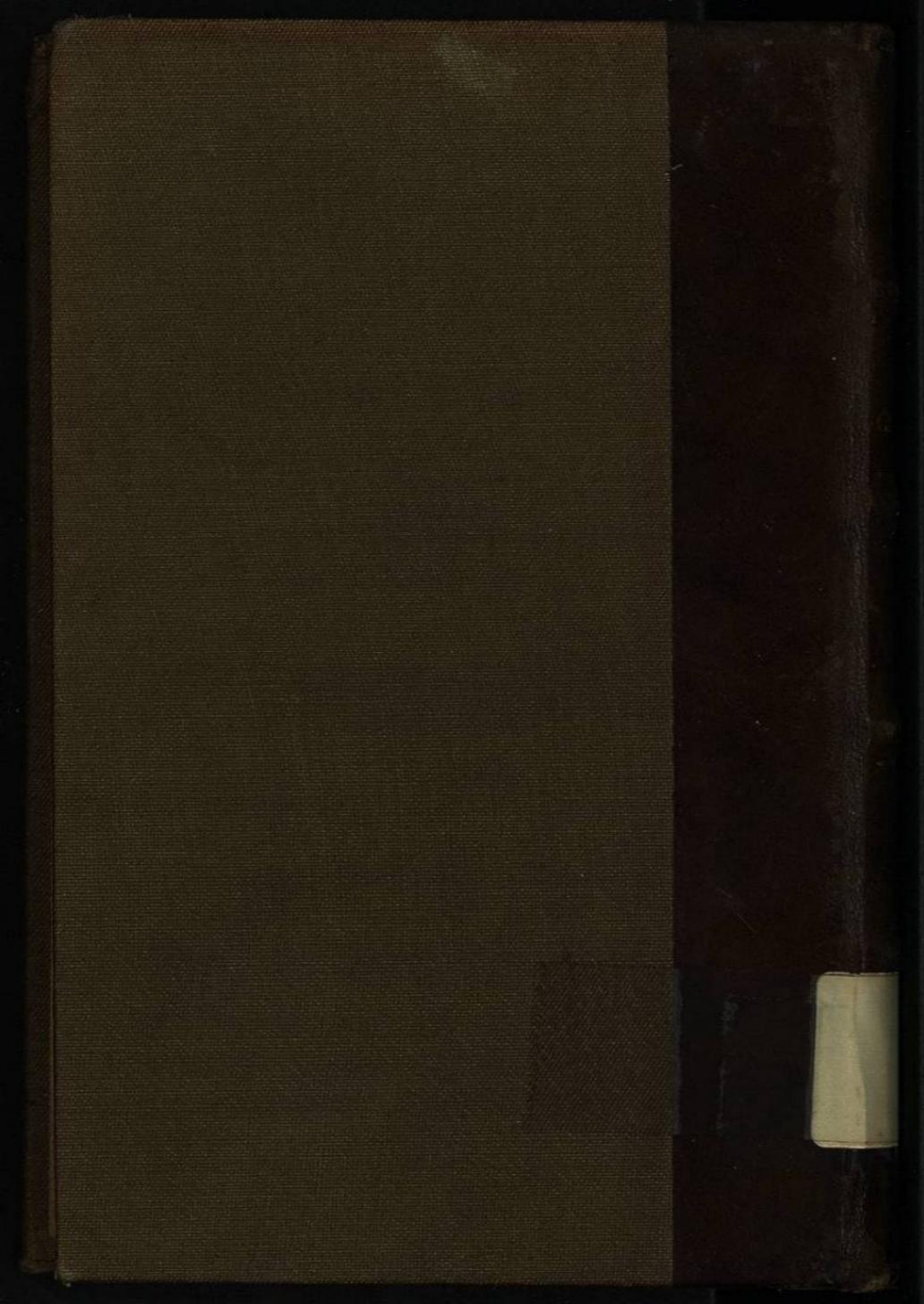
J. T. MÜLLER

Autor de célebres obras de Agricultura, traducido y copiosamente adicionado en vista de las mejores obras escritas en España y en el extranjero por la Redacción Agrícola Ilustrada

Tres tomos de gran tamaño, ilustrados con más de diez mil grabados intercalados, y ricamente encuadernados con lomo de piel y tela en el plano con planchas doradas.

Precio de la obra completa: 60 Ptas.





SIENKIEWICZ

LOS
CRUZADOS

2

PG7158

.S4

C78

v.2